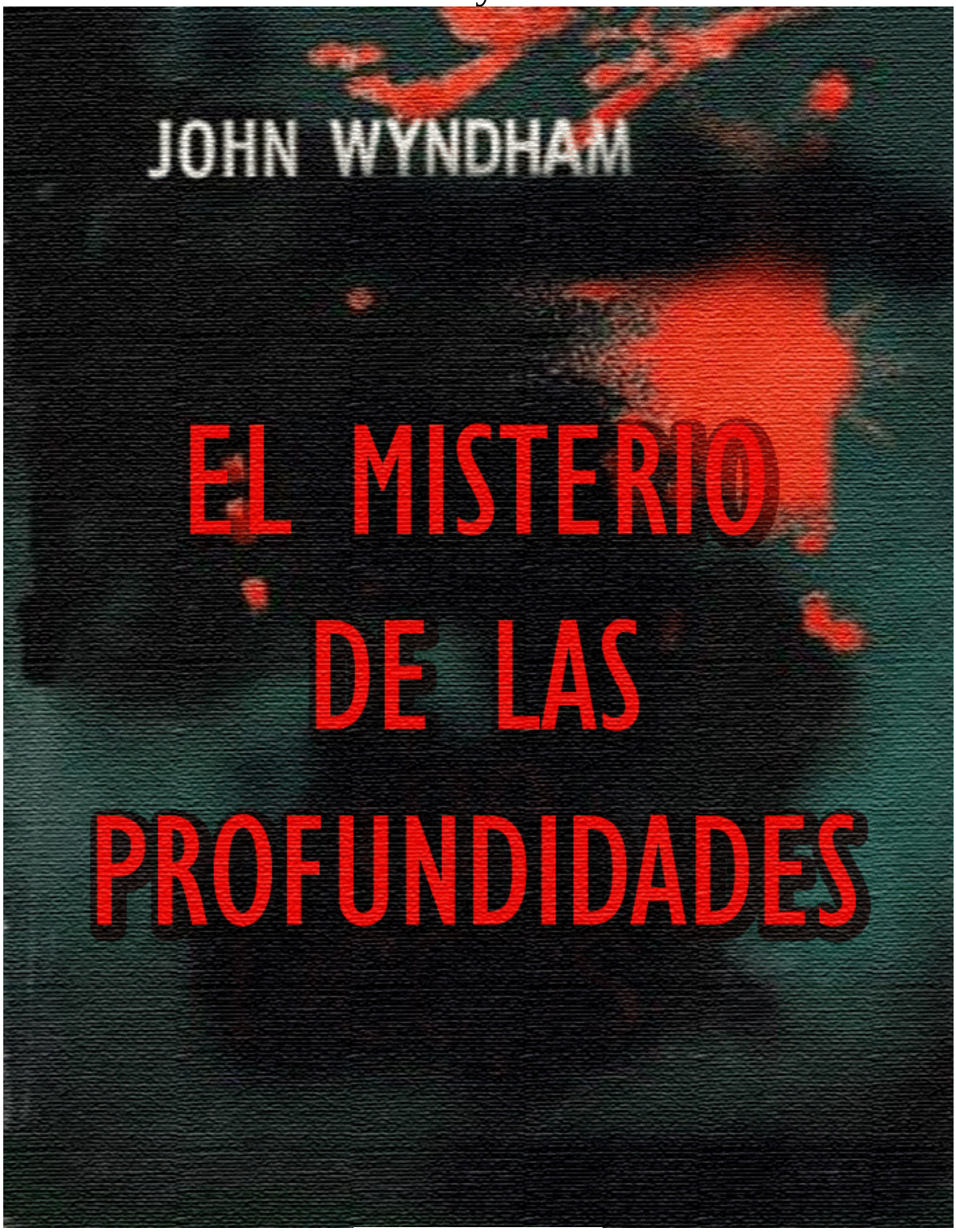
El Misterio De Las Profundidades
John Wyndham



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

FASE 1

Yo soy un testigo digno de crédito; usted es un testigo digno de crédito; prácticamente, todos los hijos de Dios somos, según estimación propia, testigos dignos de crédito..., lo cual da lugar a que, de un mismo asunto, se tengan versiones e ideas muy diferentes. Casi las únicas personas que yo conozco que estaban completamente de acuerdo en todos los puntos sobre lo que vieron la noche del 15 de julio eran Phyllis y yo. Pero, como daba la casualidad de que Phyllis era mi esposa, la gente decía -a espaldas nuestras, naturalmente- que yo la había «convencido a pesar suyo», idea que sólo podía ocurrírsele al que no conociera a Phyllis.

La hora era las once y cuarto de la noche; el lugar, latitud treinta y cinco, unos veinticuatro grados al oeste de Greenwich; el barco, el *Guinevere*; la ocasión, nuestra luna de miel. Sobre estos datos no existe discusión posible. El crucero nos había llevado a Madeira, las Canarias, las islas de Cabo Verde, y había vuelto hacia el norte para enseñarnos las Azores en nuestro viaje de regreso a casa. Nosotros, Phyllis y yo, paseábamos por cubierta, tomando el aire. Del salón llegaban hasta nosotros la música y el jaleo del baile, y el *crooner* aullaba por alguien. El mar se extendía ante nosotros como una llanura plateada a la luz de la luna. El barco navegaba tan suavemente como si lo hiciera por un río. Nosotros contemplábamos en silencio la inmensidad del mar y del cielo. A espaldas nuestras, el *crooner* continuaba berreando.

-Estoy tan contenta que no siento como él; debe de ser devastador -dijo Phyllis-. ¿Por qué la gente, cuando forma masa, produce estos aterradores sollozos?

Yo no tenía respuesta preparada para eso, y ya había conseguido encontrar una a propósito cuando la atención de Phyllis quedó captada de repente por otra cosa.

-Marte parece enfadado esta noche, ¿no te has dado cuenta? Espero que eso no sea de mal agüero -dijo.

Miré hacia donde ella señalaba; un punto rojo entre miríadas de puntos blancos, y experimenté cierta sorpresa. Por supuesto, Marte siempre está rojo, pero yo nunca lo había visto tanto como aquella noche... aunque tampoco las estrellas, vistas desde casa, eran tan brillantes como lo eran aquí. Bueno, acaso en los trópicos fuera así.

-Sí, está un poco encendido -convine con ella.

Por unos instantes contemplamos el disco rojo. Luego, Phyllis dijo:

-Tiene gracia. Produce la impresión de que se va haciendo más grande.

Expliqué que eso era una alucinación producida por mirar fijamente. Continuamos mirando, e indiscutiblemente iba aumentando de tamaño. Además:

-Hay otro. No pueden ser dos Marte -dijo Phyllis.

Y no cabía duda de que era así. Un punto rojo más pequeño, un poco más arriba y a la derecha del primero. Ella añadió:

-Y otro. A la izquierda... ¿Lo ves?

También tenía razón en eso, y esta vez el primero brillaba como la cosa más notable y destacada del cielo.

-Debe de tratarse de un vuelo de aviones de cierta clase, y lo que estamos viendo es una nube de vapor luminoso –sugerí.

Observamos que los tres puntos se hacían, poco a poco, más brillantes y descencían por el cielo hasta situarse a poca distancia por encima de la línea del horizonte, reflejando en el agua un reguero rojizo que se dirigía hacia nosotros.

-Ahora, cinco -dijo Phyllis.

Desde aquel momento nos han pedido a nosotros dos que los describiéramos; pero acaso no estábamos dotados de una vista adecuada para los detalles, como algunas otras personas. Lo que nosotros dijimos en su momento, y lo que aún decimos, es que en aquella ocasión no existía un verdadero modelo visible. El centro era de color rojo fuerte, y la especie de pelusa que le rodeaba era menos roja. La mejor sugerencia que puedo hacer es que se trataba de una luz roja muy brillante, vista a través de una espesa niebla, que la rodeaba como un fuerte halo. Ésta es la mejor descripción que puedo hacerles.

Otras personas paseaban por cubierta, y, honradamente, acaso debería mencionar que ellas parecieron ver aquellas luces con forma de cigarros, de cilindros, de discos y de ovoides, e, inevitablemente, de platillos. Nosotros, no. Lo que es más: nosotros no vimos ocho, ni nueve ni una docena. Vimos cinco.

El halo podía ser o no podía ser debido al chorro de un avión a propulsión; pero no indicaba ninguna gran rapidez. Las cosas crecían de tamaño muy lentamente a medida que se acercaban. Hubo tiempo suficiente para que la gente regresara al salón y avisara a sus amigos para que las vieran; de ese modo, se formó un grupo de pasajeros a lo largo de la cubierta, mirándolas y haciendo conjeturas.

Por no tener escala a mano, no podíamos juzgar sobre el tamaño ni sobre la distancia a que se encontraban. De todo lo que podíamos estar seguros era de que descendían con gran parsimonia, como si no tuvieran prisa.

Cuando el primero de ellos tocó el agua, se produjo una especie de surtidor que se abrió en forma de pluma sonrosada. Luego, rápidamente, surgió otro chorro más bajo, pero más ancho, que había perdido el matiz sonrosado, y era simplemente una nube blanca a la luz de la luna. Empezaba a esfumarse cuando el ruido que producía nos llegó como un silbido seco. El agua que rodeaba el sitio burbujeó, hirvió y espumeó. Cuando el vapor de humo desapareció, nada quedaba por ver allí, excepto una mancha de turbulencia que se iba amortiguando paulatinamente.

Entonces, el segundo de ellos se introdujo en el mar, de la misma forma que el anterior y casi en el mismo sitio. Uno tras otro, los cinco se sumergieron en el agua con gran expansión de líquido y silbido de vapor. Luego este vapor de humo aclaró, dejando ver solamente unos cuantos parches contiguos de agua perturbada.

A bordo del *Guinevere* sonaron las campanas y cambió la pulación de las máquinas. Empezamos a cambiar de ruta. La tripulación se dispuso a tripular los botes; los hombres se prepararon a arrojar los salvavidas...

Cuatro veces recorrimos lentamente el área, buscando. No había rastro de nada. El agua se extendía en torno nuestro, a la luz de la luna, tranquila, vacía, imperturbable...

A la mañana siguiente envié mi tarjeta al capitán. Por aquellas fechas yo tenía mi trabajo pendiente con la E.B.C., y le expliqué que, seguramente, estarían dispuestos a admitir un relato mío sobre los sucesos de la noche anterior.

Me dio la respuesta corriente:

-¿Querrá usted decir con la B.B.C.?

La E.B.C. era, por entonces, una emisora recién inaugurada. La gente, acostumbrada desde hacía muchísimo tiempo al monopolio que la B.B.C. ejercía sobre el espacio británico, encontraba aún dificultad en acostumbrarse a la idea de un servicio de radio competitivo. La vida hubiera sido mucho más sencilla también si alguien no hubiese tenido la idea, en los primeros momentos de la emisora, de titularla, contra viento y marea, la English Broadcasting Company. Fue una de esas tonterías que nos creó dificultades a medida que pasaba el tiempo y que nos llevaba a dar explicaciones como la que di entonces:

-La B.B.C., no; la E.B.C. La nuestra es una emisora de radio comercial, la más amplia de Inglaterra..., etcétera.

Y cuando ya hube aclarado eso, añadí:

-Nuestro servicio de noticias exige exactitud, y como cada pasajero tiene su propia versión de este hecho, espero que usted acceda a que le exponga la mía, accediendo usted, a su vez, a exponerme la suya, que será la oficial.

Asintió, aprobando mi punto de vista.

-Adelante. Explíqueme su versión -me invitó.

Cuando acabé, me enseñó la anotación que había hecho de su puño y letra en el diario de a bordo. Sustancialmente, coincidíamos en casi todo, en el hecho de que eran cinco y en la imposibilidad de atribuirle una forma determinada. Sus indicaciones sobre la rapidez, el tamaño y la posición de los objetos eran, lógicamente, de tipo técnico. Observé que habían sido registrados en las pantallas del radar, y que se tenía la pretensión de que eran aviones de tipo y modelo desconocidos.

-¿Cuál es su opinión particular? -le pregunté-. ¿Ha visto usted algo semejante a eso en anteriores ocasiones?

-No, nunca -respondió.

Pero pareció dudar.

-¿Por qué duda? -pregunté.

-Bueno, es que no hubo informe -dijo-. He oído hablar de dos casos, casi semejantes, el año pasado. Una vez fueron tres objetos, durante la

noche; otra media docena, durante el día..., y ambos casos parecían ser lo mismo: una especie de pelusa azulada. Además, fue en el Pacífico, no por esta parte.

-¿Por qué no hubo «informe»? -pregunté.

-En ambos casos, sólo hubo dos o tres testigos... y a ningún marino le agrada crearse cierta reputación por ver «cosas», ¿comprende? Las leyendas circulan solamente entre la profesión, por decirlo así. Entre nosotros no somos tan escépticos como los hombres de tierra: de cuando en cuando suceden cosas extrañas en el mar.

-¿No puede usted sugerir una explicación que yo pueda citar?

-En el campo profesional, prefiero no darla. Sólo me atengo a mi informe oficial. Claro que, esta vez, el informe tiene que ser diferente. Tenemos un par de cientos de testigos... o más.

-¿Considera usted que vale la pena intentar una investigación? Tiene usted el sitio pespunteado.

Movió la cabeza.

-Hay mucha profundidad allí..., más de cinco mil metros. Es demasiada profundidad.

-¿Tampoco hubo en los otros casos rastro alguno de naufragio?

-No. Eso hubiera sido una prueba para llevar a cabo una investigación. Pero no hubo pruebas.

Hablamos un poco más, pero no pude obtener de él ninguna teoría. Así, pues, me fui a escribir mi relato. Más adelante, cuando llegué a Londres, grabé un disco para la E.B.C. Se radió aquella misma noche como relleno, sólo como una curiosidad que hizo fruncir las cejas a unos cuantos nada mas.

Por tanto, fue una casualidad que yo figurase como testigo en esa primitiva etapa..., casi el principio, porque no fui capaz de encontrar ninguna referencia a fenómenos idénticos anteriores a los que me refirió el capitán. Aún ahora, años más tarde, aunque estoy bastante seguro de que aquello fue el principio, no puedo ofrecer pruebas de que no fuera un fenómeno aparte. Prefiero no pensar demasiado intensamente en cuál pueda ser el final que seguirá, con el tiempo, a este principio. También preferiría no pensar constantemente en el hecho en sí, aunque los pensamientos estuvieron siempre bajo mi control.

Empezó de forma tan confusa... Hubiera sido más evidente, y aun así es difícil ver qué se hubiera podido hacer eficazmente, aunque hubiéramos reconocido el peligro. El reconocimiento y la prevención no van necesariamente cogidos de la mano. Nosotros reconocimos bastante rápidamente los peligros potenciales de fisura atómica...; sin embargo, no podíamos hacer mucho respecto a ellos.

Si hubiéramos atacado inmediatamente..., tal vez. Pero hasta que quedó perfectamente establecido el peligro, no teníamos idea de que *fuéramos* a ser atacados, y entonces ya era demasiado tarde.

Sin embargo, no hay por qué pregonar nuestra negligencia. Mi propósito consiste en hacer un sucinto relato, tan exacto como me sea

posible, de cómo surgió la situación presente, y, para empezar, diré que surgió de mala manera...

A su debido tiempo, el *Guinevere* atracó en Southampton sin que volviera a amenazarle ningún otro fenómeno curioso. No esperábamos ninguno más, pero el hecho había sido memorable. En efecto, tan bueno casi como para estar en condiciones de decir en alguna remota ocasión futura: «Cuando tu abuela y yo hacíamos nuestro viaje de luna de miel, vimos una serpiente de mar».

Aunque no fuera eso exactamente.

Sin embargo, fue una maravillosa luna de miel. Nunca esperé otra mejor. Y Phyllis dijo algo al respecto mientras paseábamos por cubierta, observando el bullicio de abajo.

-Excepto -añadió- que no veo por qué no la íbamos a tener tan buena...

Así, pues, desembarcamos, pensando en nuestro nuevo hogar en Chelsea, y yo volví a la E.B.C. el lunes siguiente por la mañana para descubrir que, *in absentia*, me habían rebautizado con el sobrenombre de Fireball Watson. Esto fue debido a la correspondencia. Me la entregaron en un gran paquete, diciéndome que «puesto que yo lo había inspirado, sería mejor que hiciera algo». Una carta, refiriéndose a un reciente experimento en las islas Filipinas, me confirmó lo que había contado el capitán del *Guinevere*. Algunas otras merecían tenerlas en cuenta también..., especialmente una que me invitaba a reunirme con su redactor en La Pluma de Oro, donde siempre es buena ocasión para comer.

Acudí a esa cita una semana más tarde. Resultó que mi anfitrión era un hombre dos o tres años mayor que yo, quien pidió cuatro copas de Tío Pepe, declarándome después que el nombre con el que me había escrito no era el suyo, sino que él era teniente aviador de la R.A.F.

-Como se dará cuenta, fue un pequeño truco -confesó-. Por el momento, me consideran como un individuo que ha sufrido una alucinación; pero si se presentan pruebas suficientes para demostrar que *no fue así*, entonces es casi seguro que lo conviertan en secreto oficial. Delicado, ¿verdad?

Convine que así debía ser.

-Sin embargo -continuó-, el asunto me preocupa, y si usted ha recogido pruebas, me gustaría conocerlas..., aunque tal vez no haga uso directo de ellas. Lo que quiero indicar es que no deseo estar en boca de nadie.

Asentí comprensivo. Y él continuó:

-Ocurrió hace tres meses. Realizaba uno de mis vuelos de reconocimiento a unos cuatrocientos kilómetros, aproximadamente, al este de Formosa...

-No sabía que nosotros... -empecé a decir.

-Hay innumerables cosas que no se dan a la publicidad, aunque no son estrictamente secretas -respondió-. Como le decía, yo estaba allí. El radar recogió esas «cosas» cuando yo aún no las veía, porque estaban detrás de mí, pero se acercaban a gran velocidad, procedentes del oeste...

Había decidido investigar, y ascendió para interceptarías. El radar continuaba señalando a los aviones, exactamente detrás y encima de él.

Intentó comunicar, pero le fue imposible ponerse en contacto con ellos. En aquel momento, consiguió ver el techo de las naves, semejantes a tres manchas rojas, completamente brillantes, aun a la luz del día; pero iban a una velocidad fantástica, mucho mayor que la de él, y eso que su avión marchaba a más de quinientos kilómetros por hora. Intentó de nuevo comunicarse con ellos por radio, pero sin éxito. Ellos le adelantaron, siempre por encima de él.

-Bueno -dijo-, yo me hallaba allí en misión de reconocimiento. Comuniqué, por tanto, a la base que se trataba de aviones de modelo desconocido, completamente desconocido..., si es que eran aviones..., y, como no querían entablar conversación conmigo, propuse atacarlos. O hacía eso o los dejaba marchar..., y en este caso, ¿para qué estaba allí en vuelo de reconocimiento? La base estuvo de acuerdo conmigo, recomendándome cautela...

Hizo una pausa.

-Lo intenté una vez más, pero maldito el caso que hicieron de mí y de mis señales. Y a medida que se iban acercando, más dudaba yo de que fueran aviones. Eran, exactamente, lo que usted indicó por la radio: una pelusa sonrosada, cuyo centro era intensamente rojo. Podrían haber sido, según mi opinión particular, soles rojos. De cualquier forma, cuanto más los observaba, menos me agradaban; así, pues, preparé las ametralladoras controladas por radar y dejé que me adelantaran... Cuando pasaron por mi lado, reconocí que debían de ser setecientos o más. Algunos segundos después, el radar captó los primeros, y las ametralladoras funcionaron... No hubo dilación ninguna. La cosa pareció estallar en cuanto las ametralladoras dispararon. ¡Y estallaron, muchacho! De pronto, se hincharon inmensamente, transformándose de rojo en rosa, de rosa en blanco, pero conservando algunos puntos rojos en diversos sitios. Luego, mi avión se vio envuelto en medio de la confusión y, acaso, tropezara con alguno de los restos. Durante algunos segundos me consideré perdido, y, probablemente, tuve mucha suerte, porque cuando conseguí recuperar el control me di cuenta de que descendía a gran velocidad. Algo se había llevado las tres cuartas partes de mi ala derecha y manchado el extremo de la otra. Así, pues, consideré que había llegado el momento de utilizar el propulsor, que funcionó con gran sorpresa mía.

Hizo una pausa para reflexionar. Luego añadió:

-No sé qué más decirle a usted sobre esto que sirviera de confirmación; pero hay otros puntos. Uno, que son capaces de volar a una velocidad inconcebible para nosotros; otro, que, sean quienes fueren, son altamente vulnerables.

Otra cosa que deduje de la información que él me proporcionó, y que tenía gran importancia, fue que no se desintegraron en secciones, sino que estallaron completamente. Y eso era algo que había que tener en cuenta.

Durante las semanas que siguieron recibí varias cartas, sin que añadieran nada al asunto; pero, luego, el caso empezó a tomar una importancia que me recordó la del monstruo de Loch Ness. Todo vino a parar a mí, porque la E.B.C. consideró que el caso de las bolas rojas me correspondía por derecho propio. Varios observadores se confesaron

extrañados por haber visto pequeños cuerpos rojizos cruzando a gran rapidez; pero en sus informes eran extraordinariamente cautos. En realidad, ningún periódico le daba publicidad; porque, según opinión editorial, aquélla tenía demasiada semejanza con el caso de los platillos volantes, y los lectores preferían otras novedades más sensacionales. Sin embargo, las reseñas fueron acumulándose breve y lentamente..., aunque tardaron casi dos años en que adquirieran una publicidad seria y atrajeran la atención de la gente.

E5ta vez fue un vuelo de trece. Una estacíón de radar, en el norte de Finlandia, lo captó primero, estimando su velocidad en unos dos mil quinientos kilómetros a la hora, y señalando que seguían dirección suroeste. Al pasar la información, describieron los objetos simplemente como «aviones no identificados». Los suecos los captaron cuando cruzaron su territorio, consiguiendo situarlos visualmente y describiéndolos como puntitos rojos. Noruega lo confirmó; pero consideró su velocidad por debajo de los dos mil doscientos kilómetros a la hora, aunque visibles a simple vista. Dos estaciones de Irlanda informaron su paso por encima de ellas, en dirección oeste-sudoeste. La más meridional de las dos estaciones dio su velocidad máxima en mil quinientos kilómetros por hora, advirtiendo que eran «perfectamente visibles». Un barco, situado a sesenta y cinco grados al norte, dio una descripción que coincidía exactamente con las primeras bolas de fuego, calculando que su velocidad era de casi mil kilómetros por hora. No fueron vistos por nadie más.

A partir de eso, hubo un rápido aumento de obervaciones de bolas de fuego. Los informes llegaban de todas partes con tal abundancia que se necesitaba una gran imaginación para separar lo que valía de lo que no valía, aunque me di cuenta de que, entre ellos, había algunos que hacían referencia a bolas de fuego que descendían y penetraban en el mar exactamente igual que las observadas por mí... Claro que no podía estar seguro de que tales informaciones no tuvieran su origen en el relato que hiciera yo por la radio. Todo aquello olía a fantasía y no me enseñó nada. No obstante, me chocó un punto negativo: ni un solo observador decía haber visto una bola de fuego caer en tierra. Subordinado a eso, ninguna de esas caídas se habían observado desde la costa: todas, desde barcos o desde aviones que volaban sobre el mar.

Los informes sobre estas observaciones cayeron sobre mí durante un par de semanas en cantidades más o menos abundantes. Los escépticos comenzaron a disminuir; solamente los más obstinados sostenían aún que se trataba de alucinaciones. Sin embargo, tales informes no nos enseñaron más de lo que ya sabíamos. No había nada preciso. Frecuentemente, cuando se posee un arma, las cosas se ven desde un ángulo más consistente. Y eso fue lo que ocurrió a un conglomerado de bolas de fuego que arremetió contra un individuo que tenía un arma... literalmente hablando.

En este caso concreto, el individuo era un barco correo: el *U.S.S. Tuskegee.* Recibió el mensaje, desde Curaçao, de que una escuadrilla de ocho bolas de fuego se dirigía directamente hacia él, en el momento que zarpaba de San Juan de Puerto Rico. El capitán abrigó la ligera esperanza de que violaran el territorio, e hizo sus preparativos. Las bolas de fuego,

fieles a su símbolo, proseguían su carrera en una mortal línea recta que las llevaría a cruzar por encima de la isla, y casi por encima del propio barco. El capitán observaba con gran satisfacción en el radar cómo se acercaban. Esperó hasta que fue indiscutible la violación técnica. Entonces dio orden de disparar seis *missiles* dirigidos con tres segundos de intervalo, y subió a cubierta para observar el oscurecido cielo.

Con sus gemelos vio cambiar seis de las bolas rojas, al estallar una tras otra, en grandes humaredas blancas.

-Bueno, ésas ya tienen lo suyo -exclamó, complacido-. Ahora será muy interesante ver quiénes protestan -añadió, mientras contemplaba cómo desaparecían hacia el norte las dos bolas de fuego que habían quedado.

Pero pasaron los días y no protestó nadie. Ni tampoco disminuyó el número de informes sobre las bolas de fuego.

Para muchas personas, aquella política de silencio indicaba sólo un camino, y comenzaron a considerar la responsabilidad tan buena como justificada.

En el transcurso de la semana siguiente dos bolas de fuego más, que tuvieron la poca cautela de pasar los límites de la estación experimental de Woomera, pagaron su temeridad, y otras tres fueron estalladas por un barco en las afueras de Kodiak, después de volar sobre Alaska.

Washington, en una nota de protesta a Moscú, en la que insistía sobre las repetidas violaciones de su territorio, terminaba por observar que, en los varios casos en que se habían llevado a cabo acciones radicales, lamentaba el dolor que hubiesen causado a los familiares de los tripulantes de las aeronaves, pero que la responsabilidad era, no de los que pilotaban dichas aeronaves, sino de quienes los enviaban con órdenes que violaban los acuerdos internacionales.

El Kremlin, tras unos cuantas días de gestión, rechazó la protesta, diciendo que no se sentían impresionados por las tácticas de atribuir a otros los propios crímenes de uno, y aprovechaba la ocasión para señalar que sus propias armas, recientemente descubiertas por los científicos rusos para garantizar la paz, habían destruido ya más de veinte de esas aeronaves sobre territorio soviético y que, sin vacilación alguna, concederían el mismo tratamiento a cualesquiera que fuera detectada en su misión de espionaje...

Así, pues, la situación no se resolvió. El mundo no ruso estaba dividido en dos partes: los que creían todo cuanto afirmaban los soviéticos y los que no creían nada en absoluto. Para los primeros, no existía problema alguno: su fe era inquebrantable. Para los segundos, la interpretación era menos fácil. Así, por ejemplo, ¿había que deducir de aquello que todo era mentira?... ¿O bien que cuando los rusos admitían haber destruido veinte bolas de fuego no habían hecho estallar, en realidad, más que cinco o seis?

Una situación violenta, constantemente punteada por cambios de notas, se alargó durante meses. Indudablemente, las bolas de fuego fueron más numerosas de las que se vieron; pero, ¿cuántas fueron? ¿Cuánto más numerosas? ¿Cuánto más activas? Era muy difícil

determinarlo. En varias partes del mundo se destruyeron, de cuando en cuando, algunas bolas de fuego más, y también, de vez en vez, se anunciaría el número de bolas de fuego capitalistas destruidas sobre territorio soviético, señalando las penas que sufrirían aquellos que ordenaban realizar espionaje sobre el territorio de la única verdadera Democracia del Pueblo.

El interés del público debía concentrarse en conservar la vida; y, como menguada novedad, se estableció una era de insistentes explicaciones.

Sin embargo, en el Almirantazgo y en los cuarteles generales de las Fuerzas Aéreas distribuidos por todo el mundo, las notas y los informes llegaban juntos. Las rutas se fueron dibujando sobre los mapas. Gradualmente empezó a surgir el diseño de algo.

En la E.B.C. yo era considerado como la persona más idónea en todo cuanto se relacionaba con las bolas de fuego, y aunque el asunto estuviera, por el momento, en punto muerto, yo conservaba mis archivos al día por si el caso revivía. Mientras tanto, contribuí en pequeña escala a realizar el cuadro mayor, que pasé a las autoridades, valiéndome de todos los retazos de información que consideré que podían interesarles.

Cierto día me encontré con que había sido invitado por el Almirantazgo para mostrarme algunos de los resultados.

Fue el capitán Winters quien me recibió, explicándome que, aunque lo que iban a enseñarme no constituía exactamente un secreto oficial, preferirían que no hiciera uso público de ello. Cuando acepté tal condición, empezó a enseñarme mapas y cartas marinas.

El primero fue un mapa mundial cruzado de finas líneas, todas numeradas y fechadas con números diminutos. La primera ojeada me produjo la impresion de que una araña había hilado su tela sobre el mapa; en varios lugares había racimos de puntitos rojos, que se semejaban mucho a las arañas que la habían hilado.

El capitán Winters cogió una magnífica lupa y la dirigió sobre la región sureste de las Azores.

-Aquí está su primera contribución -me dijo.

Mirando a través de la lupa, distinguí entonces un punto rojo marcado con el número 5, y la fecha y la hora en que Phyllis y yo paseábamos por la cubierta del *Guinevere* y observamos las bolas de fuego desvanecerse en el mar. Había otros muchos puntitos rojos en aquella área, todos rotulados: la mayoría de ellos dirigidos hacia el nordeste.

-¿Cada uno de estos puntitos indica el descenso de una bola de fuego? -pregunté.

-De una o de más -me respondió-. Por supuesto, las líneas se refieren únicamente a aquellas de las que poseemos información suficiente para determinar la ruta. ¿Qué piensa usted de esto?

-Bueno -dije-, mi primera reacción ha sido darme cuenta de que existe un número considerablemente superior del que yo me imaginaba. La segunda ha sido preguntarme por qué demonios estarían agrupadas en sitios, como así se indica aquí.

-¡Ah! -respondió-. Sepárese del mapa un poco. Estreche los ojos y capte una impresión de luz y de forma.

Así lo hice, dándome cuenta de lo que quería decir.

-Areas de concentración -dije.

-Cinco áreas principales, y otras de menor importancia. Un área densa al sudoeste de Cuba; otra, a mil kilómetros aproximadamente al sur de las islas de los Cocos; fuerte concentración en las afueras de Filipinas, Japón y las Aleutianas. No pretenderé que las proporciones de densidad sean las mismas... En realidad, estoy casi seguro de que no lo son. Así, por ejemplo, puede usted ver un número de rutas que convergen hacia un área al nordeste de las Falkland, pero allí sólo hay tres puntitos rojos. Es muy verosímil que eso signifique solamente que hay allí unas cuantas personas capacitadas para observarlas. ¿Nada le choca a usted?

Moví la cabeza, al no comprender qué quería decir. Sacó una carta barométrica y la extendió al lado del primer mapa. Miré.

-¿Todas las concentraciones se producen en áreas de aguas profundas? -sugerí.

-Exactamente. No existen muchos informes de descensos en lugares donde las aguas tienen menos de seis mil seiscientos metros, y ninguna en absoluto donde tienen menos de tres mil.

Medité sobre eso, sin que me llevara a ninguna conclusión.

-Bueno..., ¿y qué? -inquirí.

-Justamente -respondió-. ¿Y qué?

Durante un rato meditamos sobre la proposicion.

-Todas descienden -observé-. No hay ningún informe sobre ascensión...

Sacó mapas a gran escala de varias áreas principales. Después de estudiarlos un rato, pregunté:

-¿Tiene usted alguna idea de lo que significa todo esto... o no quiere decírmelo, aunque la tenga?

-Sobre la primera parte de su pregunta, he de decirle que solamente tenemos un número de teorías, todas poco satisfactorias por una u otra razón; así, pues, la segunda parte no tiene contestación.

-¿Qué me dice sobre los rusos?

-No hay nada que hacer con ellos. En realidad, están tan preocupados como nosotros. Sospechar de los capitalistas es algo que ellos han mamado del pecho materno; ahora bien: no pueden concebir que nosotros estemos al cabo de algo, ni siquiera figurarse que el juego sea posible. Pero de lo que ambos, ellos y nosotros, estamos completamente convencidos es de que las cosas no son un fenómeno natural, ni que están realizadas sin un proposito determinado.

-¿Y no cree usted que sea otro país quien las lance?

-No... De eso no hay duda.

De nuevo observamos en silencio los mapas.

-La otra pregunta que parece evidente formular es: ¿qué hacen?

-Sí -respondió.

-¿No hay indicios?

-Vienen –respondió-. Quizá van. Pero seguramente vienen. Eso es todo.

Miré los mapas, las líneas entrecruzadas y las áreas llenas de puntitos rojos.

-¿Están ustedes haciendo algo relacionado con esto?... ¿O no debo preguntar?

-¡Oh! Ese es el motivo de que esté usted aquí. Iba a hablarle de ello -me contestó-. Vamos a intentar una inspección. Sólo que no consideramos el momento oportuno para explicarlo directamente por la radio, ni para darle publicidad; pero ha de recogerse en discos, y nosotros necesitaremos uno. Si sus jefes se consideran suficientemente interesados para enviarle a usted con algunos instrumentos, a fin de que realice el trabajo...

-¿En dónde se llevará a cabo? -inquirí.

Con un dedo rodeó una extensa zona.

-Pues... mi esposa siente apasionada devoción por el sol tropical, especialmente por el de la India Occidental -dije.

-Bien. Me parece recordar que su esposa escribió algunos relatos muy bien documentados -observó.

-Y es lo que la E.B.C., si no los consiguiera, lamentaría después -reflexioné.

Hasta que hicimos nuestra última visita y nos alejamos y perdimos de vista la tierra, no nos permitieron ver el objeto que se hallaba en un lecho construido especialmente para él, a popa. Cuando el teniente comandante encargado de las operaciones técnicas ordenó que levantaran la lona embreada que lo tapaba, fue una verdadera ceremonia de descubrimientos. Pero el revelado misterio constituyó algo así como un anticlímax: era simplemente una esfera de metal de unos tres metros de diámetro. En varias partes de ella estaban practicados agujeros circulares: ventanas semejantes a tronera. En lo alto se hinchaba formando una protuberancia que producía la impresión de un lóbulo de oreja macizo. El teniente comandante, tras contemplar aquello con ojos de madre orgullosa de su vástago, se dirigió a nosotros en plan discursivo.

-Este instrumento que están ustedes viendo -dijo, impresionado-, es lo que nosotros llamamos «batiscopio».

Hizo una pausa para apreciar el efecto causado.

-¿No construyó Beebe...? -susurré a Phyllis.

-No -me respondió-. Eso era una batisfera.

-¡Oh! -exclamé.

-Ha sido construido -continuó el teniente comandante- de forma que resista una presión de dos toneladas, aproximadamente, por centímetro cuadrado, dándole una profundidad teórica de mil quinientas brazas. En la práctica no pensamos utilizarlo a una profundidad mayor de mil doscientas brazas; de tal forma, conseguiremos un factor de seguridad de trescientos kilogramos por centímetro cuadrado, aproximadamente. Aunque este aparato supera considerablemente las hazañas del doctor Beebe, que descendió algo más de quinientas brazas, y de Barton, que alcanzó una profundidad de setecientas cincuenta brazas...

Continuó de esta forma durante cierto tiempo, dejándome algo detrás. Cuando vi que se había adelantado un poco, dije a Phyllis:

-No me es posible pensar en brazas. ¿Cuánto significan en metros?

Ella consultó sus notas.

-La profundidad que intentan alcanzar es de dos mil ciento sesenta metros; la profundidad que *pueden* alcanzar es dos mil setecientos metros.

-A pesar de todo, me parecen muchos metros -dije.

Phyllis, en cierto modo, es más precisa y práctica.

-Dos mil ciento sesenta metros son solamente dos kilómetros y pico -me informó-. La presión será un poco más de una tonelada y un tercio.

-¡Ay! No sé qué sería de mí sin ti.

Miré al batiscopio.

-De todas formas... -añadí, dudoso.

-¿Qué? -me preguntó.

-Bueno, aquel chico del Almirantazgo, Winters... me habló en términos de cuatro o cinco toneladas de presión..., queriendo decir, seguramente, a una profundidad de ocho o diez kilómetros.

Me volví al teniente comandante.

-¿Qué profundidad existe en el lugar adonde vamos destinados? -le pregunté.

-Se trata de una superficie llamada Cayman Trench, entre Jamaica y Cuba -respondió-. En algunas partes alcanza casi cuatro mil...

-Pero... -empecé a decir frunciendo el ceño.

-Brazas, querido -intervino Phyllis-. Es decir, unos siete mil doscientos metros.

-¡Oh! -exclamé-. Eso es... algo así... como siete kilómetros y pico, ¿no?

-Sí -respondió mi esposa.

-¡Oh! -exclamé otra vez.

El teniente comandante reanudó su discurso, como si se dirigiese a un público.

-Ése es el límite actual de nuestra potencia para hacer observaciones visuales directas. Sin embargo...

Hizo una pausa para hacer un gesto parecido al que haría un conjurado a un grupo de marineros y se quedó observándolos mientras ellos quitaban la lona de otra esfera similar, aunque más pequeña.

-Aquí tenemos un nuevo instrumento -continuó-, con el que esperamos poder hacer observaciones a una profundidad dos veces mayor a la alcanzada por el batiscopio, o quizás algo más. Es completamente automático. Además, registra las presiones, la temperatura, las corrientes y todo eso... y transmite sus lecturas a la superficie. Está equipado con cinco pequeñas cámaras de televisión: cuatro de ellas cubren toda la superficie de agua horizontal que lo rodea, y una quinta transmite la visión vertical debajo de la esfera.

Hizo una pausa.

-A este instrumento -continuó otra voz, excelente imitación de la suya propia- le llamamos «telebaño».

El chiste no es capaz de detener en su carrera a un hombre como el comandante. Continuó, pues, su discurso. Pero el instrumento había sido bautizado y se quedó con el nombre de telebaño.

Se ocuparon los tres días después de nuestra llegada al lugar señalado con pruebas y ajustes de ambos instrumentos. En una prueba, Phyllis y yo fuimos invitados a hacer una inmersión de mil metros,

aproximadamente, metidos en el batiscopio, sólo para «que experimentáramos la sensación de aquello». No experimentamos envidia de nadie que hiciera una inmersión más profunda. Cuando todo estuvo a punto, se anunció oficialmente el verdadero descenso para la mañana del cuarto día.

Tan pronto como salió el sol, nos reunimos alrededor del batiscopio, colocado en su lecho. Lo dos técnicos navales, Wiseman y Trant, que harían el descenso, se introdujeron por la estrecha abertura que servía de entrada. La ropa de abrigo que necesitarían en las profundidades fue introducida detrás de ellos; porque, si se la hubieran puesto antes, no habrían podido entrar. A continuación se metieron los paquetes de provisiones y los termos con bebida caliente. Se despidieron por última vez. La tapa circular, transportada por la gavia, se abatió sobre ellos, ajustándose perfectamente, atornillándose y echándose los cerrojos. El batiscopio fue izado fuera de bordo, permaneciendo suspendido en el aire y balanceándose ligeramente. Uno de los hombres que iban dentro manipuló la cámara de televisión que tenía en la mano y nosotros aparecimos en la pantalla como vistos desde dentro del instrumento.

-Perfecto -dijo una voz desde el altavoz-. Puede comenzar el descenso.

La manivela comenzó a girar. El batiscopio descendía y el agua lo lamió. Al fin, desapareció bajo la superficie del mar.

El descenso fue tarea larga que no tengo el propósito de describir detalladamente. Con franqueza, visto en la pantalla del barco, era un hecho emocionante para los no iniciados. La vida en el mar parecía existir en unos niveles perfectamente definidos. En las capas más habitadas, el agua está llena de plancton, que constituye una especie de ininterrumpidos residuos de tempestad que lo oscurece todo, a menos que se acerque uno mucho. En los otros niveles, donde no hay plancton para comer, existen, por consiguiente, pocos peces. Como adición al aburrimiento producido por las limitadas visiones o por la vacía oscuridad, la continua atención a una pantalla enlazada con una cámara oscilante y que gira lentamente produce un efecto desagradable, rayando en el vértigo. Phyllis y yo nos pasamos la mayor parte del tiempo que duró el descenso con los ojos cerrados, confiando en que el altavoz telefónico atrajera nuestra atención hacia algo interesante. En algunas ocasiones salíamos a cubierta a fumar un cigarrillo.

No se hubiera podido elegir otro día mejor para la tarea. El sol pegaba fuerte en las cubiertas, que de cuando en cuando regaban para enfriarlas. La enseña colgaba floja del mástil, sin apenas moverse. El mar se extendía como una balsa de aceite hasta encontrar la bóveda del cielo, que estaba cubierto, al norte, sobre Cuba quizá, de un bajo banco de nubes. Tampoco se oía ruido alguno, a excepción de la susurrante voz del altavoz de la mesa, el suave y apagado chirrido de la cabria y, de vez en cuando, la voz de un estibador llevando la cuenta de las brazas.

El grupo sentado a la mesa apenas hablaba; ahora dejaba que lo hicieran los hombres que estaban bajando al fondo del mar.

A intervalos, el comandante preguntaría:

-¿Todo en orden ahí abajo?

Y, simultáneamente, dos voces responderían:

-Sí; sí, señor.

Una voz preguntó:

-¿Usaba Beebe un traje calentado por electricidad?

Nadie lo sabía.

-Me descubro ante él si no lo tenía -dijo la voz.

El comandante observaba con mirada penetrante los cuadrantes al mismo tiempo que la pantalla.

-Alcancen un kilómetro. Corto -dijo.

La voz de abajo contó:

-Novecientos noventa y ocho..., novecientos noventa y nueve... ¡Ya! Mil metros, señor.

La cabria continuaba girando. No había mucho que ver. De cuando en cuando se veían manadas de peces corriendo en la oscuridad. Una voz se lamentó:

-Hay un condenado pez que cuando dirijo la cámara hacia una tronera se asoma por la otra.

-Quinientas brazas. Han rebasado ustedes ya la profundidad adquirida por Beebe -dijo el comandante.

-Adiós, Beebe -dijo la voz-. Pero da la sensación de que es lo mismo.

Una pausa.

La misma voz dijo ahora:

-En estos alrededores hay más vida. Está esto lleno de calamares, grandes y pequeños. Probablemente los verán ustedes... Aquí hay algo, delante, al filo de la luz... Una cosa grande... No puedo precisarla... Tal vez sea un calamar gigante... ¡No! ¡Dios mío! *¡No puede ser* una ballena!... En estas profundidades no puede haberlas...

-Es improbable, pero no es imposible -dijo el comandante.

-Bien, en ese caso... ¡Oh, sea lo que fuere, se está alejando! ¡Vaya! También nosotros hacemos un poco los mamíferos...

A su debido tiempo llegó el momento en que el comandante anunció:

-Ahora están ustedes rebasando la profundidad alcanzada por Barton.

Y añadió, con inesperado cambio de modales:

-Ahora, muchachos, todo depende de ustedes. ¿Se encuentran bien ahí? Si no están bien, no tienen más que decirlo...

-Estamos perfectamente, señor. Todo funciona bien. Continuaremos.

En cubierta, la cabria giraba pesadamente.

-Alcanzados los dos kilómetros -anunció el comandante.

Cuando tuvo confirmación de ello, pregunto:

-¿Cómo se encuentran ahora?

-¿Cómo está el tiempo ahí arriba? -fue la contestación.

-Muy bueno. Calma chicha. No hay olas.

Los dos de abajo conferenciaron.

-Continuaremos bajando, señor. Acaso tardemos semanas en encontrar un día con las magníficas condiciones de hoy.

-De acuerdo..., si los dos están seguros.

-Lo estamos, señor.

Muy bien. Entonces, desciendan trescientas brazas más aproximadamente.

Hubo una pausa. Luego:

-Despoblado -observó la voz de abajo-. Ahora todo está oscuro y despoblado. No se ve nada. Es gracioso cómo están separados los niveles... ¡Ah! Ahora empezamos de nuevo a ver algo... Calamares otra vez..., peces luminosos... Poca concurrencia, ¿lo ven? ¡Oh Dios, Dios!...

Se interrumpió y, simultáneamente, algo semejante a un pez horroroso, de pesadilla, apareció en nuestra pantalla.

-Uno de los momentos más alegres de la Naturaleza -observó.

Continuó hablando y la cámara siguió dándonos visiones de increíbles monstruosidades, grandes y pequeñas.

Ahora, el comandante anunció:

-Paren ya. Mil doscientas brazas.

Cogió el teléfono y habló con cubierta. La cabria empezó a girar más lentamente, hasta que al fin se paró.

-Eso es todo, muchachos -dijo.

-¡Hum! -respondió la voz de abajo, tras una pausa-. Bueno, lo que veníamos a buscar aquí, fuese lo que fuere, no lo hemos encontrado.

La cara del comandante no mostraba ninguna expresión. Me era imposible decir si él esperaba o no resultados tangibles. Supuse que no. En realidad, me hubiera asombrado de que lo esperase alguno de nosotros. Después de todo, estos centros de actividad eran todos profundos. Y de ello parecía deducirse que la razón debía de encontrarse en el fondo. El ecograma dio el fondo de aquellos parajes a una profundidad de seis kilómetros aproximadamente más abajo de donde se encontraban en aquel momento los dos hombres...

-Atención, batiscopio -dijo el comandante-. Comenzaremos a subirlos. ¿Preparados?

-Sí; sí, señor. Todo dispuesto -dijeron las dos voces.

El comandante cogió el teléfono.

-¡Arriba!

Pudimos oír cómo la cabria empezaba a girar lentamente en sentido contrario.

-¡En marcha!... ¿Todo va bien?

-Todo correcto, señor.

Hubo un intervalo de diez minutos o más, en el que nadie habló. Luego, una voz dijo:

-Hay algo aquí, en el exterior... Algo grande... No puedo verlo claramente... Permanece justo en el límite de la luz... No puede ser esa ballena otra vez... En estas profundidades es imposible... Intento mostrárselo a ustedes...

La imagen de la pantalla se movió y, al fin, se detuvo. Pudimos ver los rayos de luz atravesando el agua y el brillante moteado de minúsculos organismos captado por el chorro de luz.

Al final, se adivinaba una mancha ligeramente mayor. Era difícil asegurarlo.

-Parece que nos está rodeando. También tengo la impresión de que nos están envolviendo en una especie de telaraña ... ¡Ah! Ahora lo veo un poco mejor... Desde luego, no es una ballena.., ¿Oiga?... ¿Lo ven ahora?...

Esta vez era indudable que captábamos un parche más iluminado. Era toscamente ovalado, pero indistinto. Era imposible darlo a escala.

-¡Hum! -dijo la voz de abajo-. Ése es seguramente nuevo. Puede ser un pez..., o quizás algo semejante a una tortuga. De cualquier forma, un monstruo de tamaño fenomenal. Ahora nos hallamos un poco más cerca de él, pero aún no consigo distinguirlo claramente, no puedo precisar ningún detalle. Lleva el mismo camino que nosotros...

De nuevo nos mostró la cámara una vista de la cosa cuando pasó por una de las troneras del batiscopio; pero no pudimos darnos cuenta de lo que era. La imagen resultaba demasiado pobre para estar seguros de que se trataba de algo.

-Ahora se eleva. Sube más de prisa que nosotros. Permanece fuera de nuestro ángulo de visión. Debía de haber una tronera en lo alto del aparato... Ahora lo hemos perdido de vista. Está en alguna parte, encima de nosotros. Tal vez...

La voz quedó cortada de pronto. Simultáneamente, hubo en la pantalla un breve y vívido resplandor que también desapareció. El chirrido de la cabria cambió mientras giraba con mayor rapidez.

Permanecimos sentados mirándonos unos y otros sin hablar. La mano de Phyllis apretó la mía y noté que temblaba.

El comandante inició el gesto de alargar la mano hacia el teléfono, pero cambió de idea y salió sin decir palabra. Ahora la cabria giraba a mayor velocidad.

Tardó mucho tiempo en reliar más de dos mil metros de grueso cable. El grupo sentado en el comedor se dispersó torpemente. Phyllis y yo subimos a proa y nos sentamos allí sin apenas hablar.

Tras lo que pareció una larguisima espera, la cabria aminoró su marcha. De común acuerdo nos pusimos en pie y juntos nos dirigimos a proa.

Al fin apareció el extremo del cable. Supongo que todos nosotros esperábamos ver el final deshilachado, con los cabos sueltos como si fuera una escobilla.

Pero no eran así. Los cabos estaban fundidos, formando un todo. Tanto el cable principal como los de comunicación terminaban en una masa de metal fundido.

Todos lo mirábamos fijamente, enmudecidos.

Por la noche, el capitán leyó el servicio y se dispararon tres salvas sobre el lugar.

El tiempo continuaba bueno y el barómetro se mantenía firme. A las doce de la mañana del día siguiente, el comandante nos reunió en el comedor. Parecía enfermo y muy cansado. Dijo, brevemente y sin emoción:

-Mis órdenes son continuar la investigación empleando nuestra máquina automática. Si podemos completar nuestros cálculos y nuestras pruebas y el tiempo continúa favoreciéndonos, reanudaremos la operación mañana por la mañana, comenzándola en cuanto amanezca. Estoy decidido a bajar la máquina hasta el punto de destrucción porque no habrá otra oportunidad para la observación.

A la mañana siguiente, la colocación en el comedor fue diferente a la de la primera ocasión. Nos sentamos de cara a una fila de cinco pantallas de televisión: cuatro para cada uno de los cuatro cuadrantes de la máquina y una para observar verticalmente debajo de ella. También había un tomavistas para fotografiar las cinco pantallas simultáneamente para el archivo.

De nuevo observamos el descenso a través de las capas oceánicas; pero esta vez, en lugar de comentarios, tuvimos una serie asombrosa de gorjeos, raspaduras y gruñidos recogidos por los micrófonos montados en el exterior del aparato. El fondo del mar es, en sus capas habitadas más bajas, un lugar, al parecer, de horrenda cacofonía. Hubo algo de alivio cuando se hizo el silencio al alcanzar los mil quinientos metros, y alguien musitó:

-¡Hum! ¡Y pensar que esos micrófonos nunca habían sufrido la presión!...

El despliegue continuó. Los calamares aparecían y desaparecían en las pantallas. Cientos de peces huían nerviosos; otros eran atraídos por la curiosidad: monstruosos, grotescos, enormes, que causaban daño a la vista. Y se continuaba bajando: dos mil metros, tres mil metros, cuatro mil, cinco mil... Al alcanzar esta profundidad, algo se hizo visible que atrajo la atención de todos hacia las pantallas. Algo en forma de óvalo, ancho, incierto, que se movía de pantalla en pantalla como si circundara a la máquina que descendía. Durante tres o cuatro minutos continuó mostrándose en una u otra pantalla, aunque siempre atormentadoramente mal definido y nunca lo bastante bien iluminado para que se pudiera estar seguro de su forma. Luego, gradualmente, subió hacia el extremo superior de la pantalla, terminando por desaparecer.

Treinta segundos después, todas las pantallas se oscurecieron.

¿Por qué no elogiar a la esposa de uno? Phyllis es capaz de escribir un relato tremendamente bueno... y éste fue uno de los mejores. Fue una lástima que no fuese recibido con el inmediato entusiasmo que se merecía.

Cuando estuvo terminado, lo enviamos al Almirantazgo para que lo examinaran. Una semana después nos llamaron por teléfono, citándonos. Nos recibió el capitán Winters. Felicitó a Phyllis por el relato tan bien como supo, como si no hubiese estado tan seducido por él como en realidad lo estaba. Sin embargo, una vez que estuvimos acomodados en nuestros asientos, movió la cabeza apesadumbrado.

-Siento tener que pedirle a usted que lo guarde durante una temporada -dijo.

Phyllis le miró desolada. Había trabajado concienzudamente en ese relato. No por dinero, claro está. Había intentado al escribirlo rendir un tributo a los dos hombres, Wiseman y Trant, que habían desaparecido con el batiscopio. Bajó la vista y se miró la punta de los zapatos.

-Lo siento -dijo el capitán-. Pero ya advertí a su marido que no se podía dar a la publicidad inmediatamente.

Phyllis levantó los ojos hasta él.

-¿Por qué? -preguntó.

Eso era algo que yo ansiaba saber también. Mis propios informes sobre los preparativos del breve descenso que ambos hicimos en el batiscopio y de los variados aspectos que no figuraban en el informe oficial sobre la bajada, también habían sido puestos en cuarentena.

-Explicaré lo que pueda. Es evidente que les debemos a ustedes una explicación -respondió el capitán Winters.

Se sentó, inclinándose hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas y los dedos entrecruzados, y nos miró alternativamente.

-El quid del asunto..., y, por supuesto, ustedes se dieron cuenta de ello hace mucho tiempo..., está en esos cables fundidos -dijo-. La mente se tambalea un poco ante la idea de un ser capaz de morder esa maraña de acero..., y, al mismo tiempo, sólo puede admitirse comprensiblemente la posibilidad. No obstante, cuando surge la sugerencia de que existe un ser capaz de cortarlos como si fuera una llama de oxiacetileno, se retrocede. Se retrocede y, definitivamente, se rechaza.

Hizo una pausa.

-Ustedes vieron lo que sucedió a esos cables, y me imagino que estarán de acuerdo conmigo en que «eso» abre un aspecto a la cuestión completamente nuevo. Una cosa como ésa no es sólo un azar del descenso al fondo del mar..., y nosotros queremos saber más acerca de qué clase de azar es antes de darle publicidad.

Hablamos del asunto durante un rato. El capitán era comprensivo, pero tenía sus órdenes.

-Honradamente, capitán Winters..., y aparte del informe, si usted quiere..., ¿tiene usted alguna idea de qué puede haberlo hecho?

Negó con la cabeza.

-Con informe o sin informe, mistress Watson, no puedo dar ninguna explicación que tenga visos de verosimilitud..., y aunque esto no es para publicarlo, dudo de que alguien más del Servicio la tenga.

Así, pues, con el asunto en un estado nada satisfactorio, nos marchamos.

Sin embargo, la prohibición duró un tiempo más breve del que esperábamos. Una semana después, cuando íbamos a sentarnos a la mesa para comer, nos telefoneó. Phyllis cogió el auricular.

-¡Hola, mistress Watson! Me alegro de que sea usted. Tengo buenas noticias para ustedes -dijo la voz del capitán Winters-. Acabo de hablar con los directivos de la E.B.C. y les he dado permiso, en cuanto a lo que nosotros nos concierne, para que radien el relato de ustedes: es decir, la historia completa.

Phyllis le dio las gracias por la noticia.

-Pero ¿qué ha sucedido? -preguntó.

-Sea lo que fuere, el asunto ha trascendido. Lo oirán ustedes esta noche en las noticias de las nueve, y lo leerán mañana en los periódicos. Teniendo en cuenta las circunstancias, he considerado que ustedes debían quedar libres para actuar tan pronto como fuera posible. Sus

señorías comprendieron el hecho... En efecto, quieren que el relato de usted sea radiado inmediatamente. Esto es lo que hay. Y les deseo un gran éxito y mucha suerte.

Phyllis volvió a darle las gracias y colgó.

-Bien. ¿Qué supones que ha sucedido? -inquirió.

Tuvimos que esperar hasta las nueve para averiguarlo. La noticia dada por la radio oficial era breve pero suficiente desde nuestro punto de vista. Informaba, sencillamente, que una unidad naval americana, que realizaba investigaciones en las profundidades de las aguas próximas a las islas Filipinas, había experimentado la pérdida de una cámara de profundidad, con una tripulación de dos hombres.

Casi inmediatamente después, la E.B.C. llamó por teléfono para decir muchas cosas sobre la prioridad. Alteró su programa y radió el relato.

El locutor nos dijo más tarde que el relato había sido un éxito. Radiado inmediatamente después del anuncio americano, conseguimos el máximo de interés popular. Sus señorías estaban encantadas también. Aquello les proporcionó la oportunidad de demostrar que ellos no iban siempre a la zaga del gobierno americano..., aunque no creo que hubiera necesidad de haber hecho a los Estados Unidos el regalo de una primera publicidad. De todas formas, a la vista de lo que siguió, supongo que no es de gran importancia.

Phyllis volvió a escribir una parte de su relato, haciendo más hincapié en lo referente a la fusión de los cables. A nuestras manos llegó una oleada de correspondencia; pero después de examinarse todas las explicaciones y todas las sugerencias ninguno de nosotros sabía más que antes.

Apenas podía esperarse que ocurriera otra cosa. Nuestros oyentes no habían visto nunca los mapas, y en este estudio no se le había ocurrido al público en general que hubiera podido haber alguna relación entre las catástrofes submarinas y el, en cierto modo *demodé*, tópico de las bolas de fuego.

Pero si, como parecía, la Marina Real estaba dispuesta simplemente a descansar durante una temporada y examinar el problema teóricamente, la Marina de los Estados Unidos no lo estaba. Extraoficialmente, nos enteramos de que ellos estaban preparándose para enviar una segunda expedición al mismo lugar donde ocurriera la pérdida del batiscopio. Nosotros solicitamos inmediatamente ser incluidos en ella, pero fuimos rechazados. No sé cuántas otras personas solicitaron lo mismo que nosotros, pero fueron bastantes para formar una segunda pequeña expedición. Nosotros no ocuparíamos tampoco sitio en esa otra. Todos los espacios estaban reservados a sus propios corresponsales y comentadores, que cubrirían también a Europa.

Bueno, era un espectáculo propio. Pagaron por ello. De todas formas, lamenté no haber ido, porque, aunque no creíamos verosímil que perdieran de nuevo sus aparatos, nunca se nos cruzó por la imaginación que perdieran también el barco...

Aproximadamente una semana después volvió uno de los hombres de N.B.C., que formaban parte de la expedición. Nos la compusimos para invitarle a comer y darle un poco de coba personal.

-Nunca presencié nada parecido -nos dijo-. Era como si el rayo hubiese surgido del fondo del mar. Sí, eso era lo que parecía. Las chispas corrieron por encima del barco durante unos segundos. Luego, llenó el aire con su volumen. Voló.

-Nunca oí nada semejante a eso -dijo Phyllis.

-Desde luego, porque no está en el informe -respondió-. Pero alguna vez será la primera.

-No es muy satisfactorio -comentó Phyllis.

Él nos miro.

-Puesto que sé que ustedes dos estuvieron en aquella partida de caza británica, he de suponer que saben ustedes para lo que estábamos allí.

-No me sorprendería -le contesté.

Él asintió.

-Escuche: a mí me han dicho que no es posible colocar una alta carga, algo así como un millón de voltios, para que estalle sólo un navío en alta mar; por tanto, debo aceptar eso. No es de mi incumbencia. Todo lo que digo es que si fuera posible, entonces supondría que el efecto sería aproximadamente el que yo vi.

-Habría cables aislados también... para las cámaras, los micrófonos, los termómetros y todo eso -dijo Phyllis.

-Claro que sí. Y había un cable aislado que unía la televisión con nuestra barca; pero no podía llevar esa carga y hacerla estallar..., lo cual hubiese sido una condenada cosa para nosotros. Eso me hubiera parecido a mí, que seguía al navío principal... si no hubiesen estado allí los físicos.

-¿No hicieron sugerencias alternativas? -pregunté.

-Claro que sí. Varias. Algunas hasta parecían convincentes..., pero para quien no viera lo que sucedió.

-Si está usted en lo cierto es, desde luego, una cosa muy extraña -dijo, pensativa, Phyllis.

El hombre de la N.B.C. le miró.

-Una agradable declaración británica..., pero bastante rara, aun para mí -dijo, modestamente-. Sin embargo, aunque ellos dan una explicación aparte para eso, los físicos están desconcertados aún por esos cables fundidos; porque, sea lo que fuere, la rotura de esos cables no pudo ser accidental...

-Por otra parte, ¿toda esa presión, toda esa...? –preguntó Phyllis.

El hombre movió la cabeza.

-No hago conjeturas. Necesito más datos de los conseguidos, aun para eso. Puede ser que los consigamos muy pronto.

Le miramos interrogadores.

Él bajó la voz.

-Puesto que sé que están ustedes metidos en el asunto, les diré, pero estrictamente para su capote, que ahora han conseguido un par de pruebas más. Pero no habrá publicidad esta vez... El último lote dejó mal sabor de boca.

-¿Dónde las consiguieron? -preguntamos simultáneamente.

-Una, en algún lugar cerca de las Aleutianas; la otra, en un lugar profundo, en la bahía de Guatemala... ¿Qué están haciendo sus gentes?

-No lo sabemos -respondimos honradamente.

Movió la cabeza.

-Es preferible que permanezcan atentos -dijo cordial.

Y permanecimos atentos. Durante las semanas siguientes permanecimos con los oídos muy abiertos para captar noticias de las dos nuevas investigaciones, pero hasta que el hombre de la N.B.C. pasó por Londres de nuevo, un mes después, no supimos nada. Le preguntamos qué había pasado.

Frunció el ceño.

-De Guatemala no sacaron nada en limpio -dijo-. El barco situado al sur de las Aleutianas estuvo transmitiendo por radio mientras se llevaba a cabo el descenso. Pero, de pronto, dejó de transmitir. Se consideró como pérdida absoluta.

El reconocimiento oficial de estos casos permaneció «bajo tierra», si es que este término puede considerarse aceptable para sus investigaciones submarinas. De cuando en cuando podíamos captar un rumor que demostraba que el interés no había decaído, y, de tiempo en tiempo, se hacían algunos intentos, aparentemente aislados, aunque tenían cierta relación entre sí, para dar sugerencias. Nuestros contactos navales aseguraban una cordial evasión, y encontrábamos que nuestros numerosos oponentes al otro lado del Atlántico no lo estaban haciendo mucho mejor con sus recursos navales. Lo consolador era que cualquier progreso que ellos hacían llegaba inmediatamente a nuestros oídos; así, pues, guardábamos silencio para dar a entender que estaban atascados.

El interés público por las bolas de fuego bajó a cero, y pocas personas se molestaron ya en enviar informes sobre ellas. Yo aún conservaba mis archivos al día, aunque eran tan poco representativos que, en realidad, no podía determinar cuál incidente era realmente pequeño en apariencia.

Según lo que yo sabía, los dos fenómenos nunca fueron relacionados públicamente, y en la actualidad ambos permanecen inexplicados, como si se tratara de una cosa que no tenía importancia.

En el transcurso de los tres años siguientes, nosotros mismos perdimos interés por el caso, hasta el punto de desaparecer casi por completo de nuestro pensamiento. Otros asuntos nos preocupaban. Tuvo lugar el nacimiento de nuestro hijo William... y su muerte, año y medio después. Para ayudar a Phyllis a superar esa crisis, me las agencié para procurarme la redacción de una serie de artículos sobre viajes, vendí la casa, y durante una temporada corrimos de un lado para otro.

En teoría, el contrato era mío; pero, en la práctica, lo que más gustaba a la E.B.C. eran los comentarios y las notas de Phyllis y la mayoría de las veces, cuando ella no estaba arreglando mis crónicas, trabajaba en sus propios relatos. Cuando regresemos a casa, nuestro prestigio había aumentado mucho, teníamos gran cantidad de material para trabajar y poseíamos la sensación de hallarnos en una situación más firme y estable.

Casi inmediatamente se registró la pérdida de un crucero americano en aguas de las islas Marianas.

El informe fue breve: un mensaje de agencia, ligeramente hinchado; pero había algo en ello..., sólo una especie de presentimiento. Phyllis lo leyó en el periódico, y le chocó también. Extendió el mapa y observó el área que rodeaba a las Marianas.

-En tres de sus cuatro costas, la profundidad es muy grande -dijo.

-El informe no da detalles exactos. Me sería imposible señalar con el dedo el punto sobre el mapa. Creo que la proximidad que indican está un poco fuera de la realidad.

-Será mejor que nos enteremos directamente -decidió Phyllis.

Así lo hicimos, pero sin resultado. No era que nuestras fuerzas estuvieran agotadas; pero parecía que había un apagón en alguna parte. No conseguimos más que una reseña oficial: este crucero, el *Keweenaw*, se había hundido, sencillamente, con buen tiempo. Habían sido recogidos veinte supervivientes. Habría una investigación.

Posiblemente la hubo. Nunca me enteré del resultado. El incidente fue, en cierto modo, sofocado por el inexplicable hundimiento de un barco ruso, que realizaba una misión nunca especificada, al este de las Kuriles, ese cordón de islas situado al sur de Kamchatka. Puesto que era axiomático que cualquier desgracia soviética se atribuyera, de algún modo, a los *chacales* capitalistas o a las reaccionarias *hienas fascistas*, este asunto asumió una importancia que eclipsó por completo la pérdida americana, y la acre insinuación continuó levantando ecos durante mucho tiempo. Entre el ruido de vituperación, la misteriosa desaparición del navío de reconocimiento *Utskarpen*, en el Océano Austral, pasó casi inadvertida fuera de su natal Noruega.

Le siguieron varios otros; pero yo ya no tengo mis archivos para dar detalles. Mi impresión es que fueron media docena de navíos, todos, al parecer, dedicados, de una forma u otra, a investigaciones oceánicas, los que desaparecieron antes de que los americanos sufrieran una nueva pérdida en las Filipinas. Esta vez perdieron un destructor y, con él, la paciencia.

El ingenuo anuncio de que, puesto que las aguas circundantes de Bikini eran demasiado poco profundas para realizar una serie de pruebas de bombas atómicas submarinas, el lugar de tales experimentos sería trasladado en unos dos mil kilómetros, aproximadamente, más al oeste, posiblemente pudo engañar a una parte del público general; pero en la radio y en los círculos periodísticos se hicieron gestiones para determinar el hecho.

Phyllis y yo estábamos mejor situados ahora y también éramos afortunados. Emprendimos el vuelo, y pocos días después formábamos parte del complemento de un número de navíos que fondearon a una distancia estratégica del punto donde había desaparecido el *Keweenaw*, en aguas de las Marianas.

No puedo decir a ustedes cómo eran esas bombas de profundidad especialmente diseñadas, porque nunca las vimos. Todo lo que nos permitieron ver fue una balsa que transportaba una especie de cabaña de metal semiesférica que contenía la propia bomba, y todo lo que nos dijeron

fue que era semejante a uno de los modelos más vulgares de bomba atómica, pero con una envoltura maciza que, si era necesario, resistiría la presión a diez mil metros de profundidad.

A las primeras luces del día de la prueba, un remolcador llevó a remolque la balsa, alejándose hacia el horizonte con ella. A partir de entonces, tuvimos que presenciar todo por medio de las cámaras de televisión automáticas montadas en boyas. De esta forma vimos cómo el remolcador abandonaba la balsa y se alejaba a gran velocidad. A continuación, hubo un intervalo mientras el remolcador se alejaba de la zona peligrosa y la balsa proseguía con calculado impulso hacia el lugar exacto donde desapareció el *Keweenaw*. La pausa duró por espacio de unas tres horas, con la balsa inmóvil en las pantallas. Luego, una voz por los altavoces nos informó de que el descenso de la bomba se realizaría dentro de treinta minutos, aproximadamente. Continuó recordándonoslo a intervalos, hasta que el tiempo fue lo suficientemente corto para empezar a contar al revés, lenta y pausadamente. Había una completa quietud en las pantallas mientras las mirábamos y escuchábamos la voz contando:

-...tres..., dos..., uno... ¡Ahora!

A la última palabra, de la balsa surgió un cohete, que arrastró un humo rojo mientras se elevaba.

-¡Bomba al fondo! -gritó la voz.

Esperamos.

Durante largo rato, según me pareció, todo estuvo intensamente quieto. En torno a las pantallas de televisión, nadie hablaba. Todos los ojos estaban fijos en uno u otro de los marcos, que mostraban la balsa flotando tranquilamente sobre el agua azul, resplandeciente de sol. No hubo señal alguna de que nada ocurriese allí, salvo la pluma de humo rojo que ascendía lentamente. A la vista y al oído, la serenidad era absoluta; para el ánimo existía la sensación de que el mundo entero contenía la respiración.

Y entonces sucedió... La tranquila superficie del mar vomitó repentinamente una enorme nube blanca que se fue extendiendo, e hirvió mientras ella se retorcía hacia arriba. Un temblor sacudió el barco.

Abandonamos las pantallas y corrimos al costado del buque. La nube se hallaba ya sobre nuestro horizonte. Aún continuaba retorciéndose sobre sí misma, de una forma que, en cierto modo, era obscena, mientras subía monstruosamene hacia el cielo. Sólo entonces nos llegó el ruido, como de un tremendo golpe. Mucho después vimos, extrañamente dilatada, la línea negra que era la primera ola de agua turbulenta que avanzaba hacia nosotros.

Aquella noche nos sentamos a la mesa de Mallarby, del *The Tidings*, y Bennell, del *The Senate*. Era la oportunidad de Phyllis, y ella los llevó más o menos a donde quería entre el primer plato y el asado. Discutieron largo rato sobre lineas familiares; pero, después de cierto tiempo, el nombre de Bocker empezó a sonar con creciente frecuencia y alguna acrimonia. Al parecer, este Bocker tenía cierta teoría sobre las perturbaciones

submarinas que no había llegado a nuestros oídos, y no parecía tener buena reputación por otra parte.

Phyllis estaba al acecho como un halcón. Nunca hubiera adivinado uno que ella estuviese tan completamente en la oscuridad, por la forma judicial con que preguntó:

-Sin embargo, no se puede rechazar por completo la teoría de Bocker, ¿verdad?

Y frunció un poco el ceño mientras hablaba.

Produjo efecto. En poco tiempo estuvimos adecuadamente informados sobre el punto de vista de Bocker, y, si alguno de ellos adivinó hasta qué punto estábamos interesados, se enteró de ello por primera vez.

El nombre de Alastair Bocker no era completamente desconocido para nosotros, por supuesto: era el de un eminente geógrafo, un nombre que corrientemente iba seguido de varios grupos de iniciales. Sin embargo, la información que de él nos dio ahora Phyllis era, en cierto modo, completamente nueva para nosotros. Cuando reordenó y reunió todo, llegó a esto: Bocker había presentado, casi un año antes, un memorándum al Almirantazgo en Londres. Porque era Bocker, tuvo suerte de que lo leyeran en alguno de los altos niveles, aunque la clave de su argumentación era como sigue: los cables fundidos y la electrificación de cierto navío debían ser considerados como indiscutible prueba de inteligencia de ciertas partes más profundas de los océanos.

En esas regiones, condiciones tales como la presión, la temperatura, la perpetua oscuridad, etc., hacían inconcebible que cualquier forma inteligente de vida pudiera desenvolverse y desarrollarse allí..., y esta declaración la respaldó con algunos argumentos convincentes.

Había que presumir que ninguna nación era capaz de construir mecanismos que pudiesen operar a tales profundidades como las indicadas por la prueba, ni se podía comprender qué propósitos pudieran tener al intentar una cosa así.

Pero si la inteligencia en las profundidades submarinas no era indígena, entonces debía de provenir de otra parte. También debía de estar envuelta de alguna forma capaz de resistir una presión de toneladas por centímetro cuadrado...; con toda seguridad, dos toneladas en la presente prueba; probablemente, cinco o seis, y hasta siete, si era capaz de existir en las más hondas profundidades submarinas. Ahora bien: ¿existía algún lugar en la Tierra donde una forma móvil pueda encontrar condiciones para desarrollar tal presión? Evidentemente no.

Muy bien. Entonces, si no podía desarrollarse en la Tierra, debería desarrollarse en alguna otra parte...; digamos, en un amplio planeta donde la presión fuese normalmente muy elevada. Si era así, ¿cómo hacían para cruzar el espacio y llegar hasta aquí?

Entonces, Boker reclamó atención hacia las bolas de fuego, que habían sido motivo de especulación algunos años antes, y que aún se contemplaban en algunas ocasiones. Nunca se había visto descender ninguna de ellas sobre la Tierra; en realidad, no se había visto descender a ninguna en parte alguna, excepto en áreas de aguas muy profundas. Además, algunas de ellas, tocadas por los *missiles*, habían estallado con tal violencia que sugerían que habían sido conservadas a un grado

altísimo de presión. También era significativo que esas bolas de fuego hubieran sido vistas solamente en las regiones de la Tierra en donde las condiciones de alta presión eran compatibles con el movimiento.

Por ese motivo, Bocker deducía que nosotros estábamos en proceso de sufrir, aunque casi ignorándolo, una especie de inmigración interplanetaria. Si se le hubiera preguntado el origen de ello, habría señalado a Júpiter como el planeta más verosímil de llenar las condiciones de presión.

Su memorándum terminaba con la observación de que tal incursión no necesitaba ser contemplada con hostilidad. A él le parecía que los intereses de un tipo de creación que existían en quince libras por pulgada cuadrada eran inverosímiles para que se comparasen en serio con los de una forma que requería varias toneladas por centímetro cuadrado. Por consiguiente, abogaba porque se debería hacer el mayor esfuerzo posible para llevar a cabo algo que significara un acercamiento armónico hacia los nuevos moradores de nuestras profundidades, con el ánimo de facilitar un intercambio de ciencia, empleando la palabra en su sentido más amplio.

Los puntos de vista expresados por sus señorías sobre estas explicaciones y sugerencias no fueron dados a la publicidad. No obstante, se sabe que no pasó mucho tiempo sin que Bocker arrancara su memorándum de sus antipáticos pupitres y que poco tiempo después lo presentara a la consideración del editor de *The Tidings*. Indudablemente, *The Tidings*, al devolverlo, actuó con su habitual tacto. El editor observó, sólo en beneficio de sus hermanos de profesión, lo siguiente: «Este periódico ha logrado subsistir más de un siglo sin una nota cómica en sus páginas, y no veo la razón de romper ahora su tradición».

A su debido tiempo, el memorándum apareció ante los ojos del editor de *The Senate*, que le echó una ojeada, pidió una sinopsis, alzó las cejas y dictó un cortés «lo siento».

A continuación, dejó de circular, y sólo fue conocido de boquilla en un círculo reducido.

-Lo mejor que puede decirse de él -decía Mallarby- es que incluye más factores que cualquier otro..., y que todo lo que incluye, incluso la mayoría de los factores, es de lo más fantástico. Nosotros debemos censurarlo por todo esto hasta que surja algo mejor... Es todo cuanto podemos hacer.

-Es verdad -dijo Bennelí-. Pero, piensen lo que piensen sobre Bocker los hombres que ocupan la jerarquía naval, está bastante claro que ellos también han supuesto, durante algún tiempo, que *hay* algo sensato en él. No se dibuja ni se hace una bomba especial como esa en cinco minutos, ¿comprenden? De todas formas, si la teoría de Bocker es o no es humo de paja, ha perdido su punto de apoyo principal. Esta bomba no era el acercamiento amistoso y simpático que él propugnaba.

Mallarby, tras hacer una pausa, movió la cabeza.

-Me he reunido con Bocker en diversas ocasiones. Es hombre civilizado, librepensador..., con las perturbaciones habituales de los librepensadores, que ellos creen, además, que son otras. Posee una inteligencia suprema, inquisitiva... Procura no sujetar su pensamiento medio cuando encuentra algo nuevo que señalar, y dice: «Es mejor

machacarlo o suprimirlo, rápidamente». Lo cual es otra demostración de cómo actúa su pensamiento medio.

-Pero si, como usted dice -objetó Bennell-, creen oficialmente que la pérdida de esos barcos fue causada por una inteligencia, entonces existe en ello un motivo de alarma, *y no puede usted* considerar el asunto como algo tan fuerte como una represalia.

Mallarby movió la cabeza.

-Querido Bennell, no sólo puedo, sino que lo hago. Supongamos que algo descendiera sobre nosotros, procedente del espacio, colgado de una cuerda, y supongamos también que eso emitiera rayos en una longitud de onda que nos molestara extraordinariamente y, quizá, hasta nos causara daño. ¿Qué haríamos? Sugiero que lo primero que haríamos sería cortar la cuerda, despojándola de toda acción. Luego, examinaríamos el extraño objeto para averiguar, hasta donde nos fuera posible, todo lo referente a él. Y si alguno más seguía al primero, daríamos sin dilación los pasos necesarios para terminar con ellos..., lo cual podría hacerse con propósito de acabar, simplemente, con una molestia, o con cierta animosidad o mala fe, considerándolo como... una represalia. Ahora bien: ¿a quién, a la vista de ello, se debería culpar del hecho, a nosotros o a la cosa que llegó de arriba?

-Es difícil imaginar cualquier clase de inteligencia que no se resintiera de lo que acabábamos de hacer. Si ésta fuera la única profundidad donde hubo perturbación, no habría ninguna inteligencia que no se resintiera; pero éste no es el único lugar, como usted sabe. Desde luego que no. Así, pues, ese resentimiento muy natural, ¿qué forma tomará para que nosotros lo veamos?

-¿Cree usted, realmente, que habrá alguna clase de respuesta? -preguntó Phyllis.

Se encogió de hombros.

-Vuelvo a repetir mi hipótesis: supongamos que alguna acción violentamente destructiva descendiera del espacio sobre una de nuestras ciudades. ¿Qué haríamos?

-Bueno, ¿qué *podríamos* hacer? -preguntó, bastante razonablemente, Phillys.

-Pues lanzaríamos contra ella los medios más adecuados para desbaratarla, y con la mayor celeridad posible. No -continuó, moviendo la cabeza-, me temo que la idea de fraternidad de Bocker tenga las mismas posibilidades de prosperar que la de encontrar una aguja en un pajar.

Yo creo que eso era tan verosímil como Mallarby decía. De todas formas, si existió alguna vez alguna probabilidad, había desaparecido en el momento en que nosotros llegamos a casa.

En cierto modo, y al parecer durante la noche, el público puso «los puntos sobre las íes». El experimento poco entusiasta para representar la bomba de profundidad como una de una serie de pruebas, había fracasado por completo. Al vago fatalismo con que fue recibido la pérdida del *Keweenaw* y los otros barcos, sucedió una calurosa sensación de

violencia, una satisfacción de que se había dado el primer paso hacia la venganza y una demanda para más.

La atmósfera era similar a la de una declaración de guerra. Los flemáticos y los escépticos de ayer se transformaron, de pronto, en férvidos predicadores de una cruzada contra la..., bueno, contra lo que quiera que fuese que había tenido la insolente temeridad de interferirse en la libertad de los mares. El acuerdo sobre este punto de vista cardinal fue virtualmente unánime desde que esa masa de especulación se irradió en toda dirección, de forma que no sólo las bolas de fuego, sino que cualquier otro fenómeno inexplicable ocurrido hacía años, fue atribuido del mismo modo al misterio de las profundidades, o, al menos, relacionado con él.

La ola de excitación que se extendió a lo ancho de todo el mundo nos alcanzó cuando nos detuvimos un día en Karachi, de regreso a nuestro país. El lugar hervía en cuentos sobre serpientes de mar y visitas del espacio, y era evidente que, cualesquiera que fuesen las restricciones impuestas a Bocker sobre la circulación de su teoría, muchos millones de personas habían llegado a una explicación similar por otros caminos. Esto me dio la idea de telefonear a la E.B.C. de Londres para averiguar si Bocker estaría decidido ahora a concederme la entrevista.

Me contestaron que otros habían tenido la misma idea, y que Bocker celebraría una rueda de prensa restringida el miércoles. Como a ellos les gustaría que nosotros estuviéramos presentes, nos buscarían invitaciones. Así lo hicieron, y llegamos a Londres con un par de horas de anticipación a la celebración de la misma.

A Alastair Bocker se le conocía por sus fotografías, pero ellas no le habían hecho justicia. La principal arquitectura facial, con sus cualidades de niño de edad mediana más bien llenito, las anchas cejas, el mechón de cabellos grises echados hacia atrás, la forma de la nariz y de la boca, eran familiares; pero las cámaras fotográficas, con su poca habilidad, no habían captado la viveza de sus ojos, la movilidad de su boca y de toda la cara, ni su calidad de movimientos semejantes a los de un gorrión, con lo que su personalidad quedaba mixtificada.

-Uno de esos crecidos muchachitos tan llenos de inquietudes -observó Phyllis, estudiándole antes que empezara la rueda de prensa.

Durante algunos minutos más, la gente continuó llegando y acomodándose; luego, Bocker anduvo hasta la mesa que estaba frente a ellos. La forma en que lo hizo daba a entender que no había acudido allí para atraerse a la gente ni ponerse de acuerdo con ella.

Cuando cesó el murmullo de voces, permaneció unos instantes mirándonos fijamente. A continuación, empezó a hablar, sin apuntes ni notas.

-No creo en absoluto que esta reunión tenga utilidad alguna -dijo-. No obstante, como yo no la he solicitado, no me interesa si tengo o no tengo buena prensa...

Hizo una pausa.

-Hace un par de años, habría agradecido la oportunidad de esta publicidad. Hace un año intenté obtenerla, aunque mis esperanzas de que

nosotros fuésemos capaces de desviar el probable curso de los acontecimientos no eran, aun entonces, más que ligerísimas. Encuentro en cierto modo irónico, de todas formas, que ustedes me honren de este modo ahora que dichas esperanzas han desaparecido.

Hizo otra pausa.

-Tal vez haya llegado a ustedes una versión de mis argumentos, verosímilmente una versión mixtificada; pero trataré de resumirlos ahora, con el fin de que sepamos, al menos, de lo que estamos hablando.

El resumen difirió poco de la versión que nosotros conocíamos ya. Al final, hizo una nueva pausa.

-Ahora, espero sus preguntas, señores -dijo.

A tanto tiempo de distancia, no puedo pretender recordar qué preguntas se hicieron ni quiénes las hicieron; pero sí recuerdo que las primeras preguntas, de una fatuidad abrumadora, fueron barridas con gran agudeza. A continuación, alguien preguntó:

-Doctor Bocker, creo recordar que, originariamente, hizo usted algunos juegos deliberados con la palabara «inmigración»; pero sólo ahora habla usted de «invasión». ¿Ha cambiado de idea?

-Me la han hecho cambiar -respondió Bocker-. Por cuanto yo sé, tal vez hubiese sido, en intención, una inmigración pacífica solamente..., pero la prueba es que eso no es así ahora.

-Por tanto -dijo alguien-, lo que usted nos está repitiendo es nuestra vieja cantilena: que, al fin, estallará la guerra interplanetaria.

-Sí, puede ser expuesto así,... por los facciosos -dijo Bocker, tranquilo-. Es, con toda seguridad, una invasión... y desde algún lugar desconocido, ignorado.

Hubo otra pausa.

-Casi igualmente notable -continuó- es el hecho de que en este mundo buscador de sensaciones haya conseguido, por lo que es, sentar plaza casi irreconocida. Es sólo ahora, varios años después de su período inicial, cuando empieza a ser tomada en serio.

-De todas formas, a mí no me parece, ahora, que sea una invasión interplanetaria -observó una voz.

-Eso podría atribuirlo a dos causas principales -dijo Bocker-. Primero: constipación de la imaginación; segundo, influencia del difunto míster H. G. Wells.

Echó una mirada a su alrededor.

-Uno de los inconvenientes de los escritores clásicos -continuó- es que imponen un modelo de pensamiento. Todo el mundo los lee, resultando de ello que todo el mundo cree que conoce exactamente no sólo la forma en que debe realizarse una invasión interplanetaria, sino también cómo debe llevarse a cabo. Si un misterioso cilindro cayese en estos momentos, mañana, en las cercanías de Londres o de Washington, todos reconoceríamos en él inmediatamente un objeto propicio a sembrar la alarma. Parece haberse olvidado que míster Wells utilizó simplemente uno de los numerosos inventos que pudo emplear para una obra de ficción; así, pues, puede señalarse que no pretendió sentar una ley para la dirección de campañas interplanetarias. Y el hecho de que su elección permanezca como el único prototipo del lance en tantas mentes es el

mejor elogio a su destreza en escribir lo que está en el pensamiento de todas esas mentes calenturientas.

Otra pausa.

-Existe gran variedad de invasiones contra las que no serviría para nada llamar a los marinos. Algunas de ellas serían más difíciles de detener que la de los marcianos de míster Wells. Y aún quedaría por ver si las armas que pudiéramos emplear para hacerles frente serían más o menos eficaces que las imaginadas por él.

Alguien señaló:

-Perfectamente. Aceptamos, como tema de discusión, que esto sea una invasión. Ahora bien: ¿podría usted decirnos por qué hemos sido invadidos?

Bocker le miró durante un buen rato; luego, contestó:

-Supongo que ese «¿por qué?» fue el grito de todos los países que fueron invadidos a lo largo de la Historia.

-Pero debe de haber una razón –musitó el que interrogaba.

-¿Debe de haber?... Bueno, supongo que debe de haberla en el más amplio sentido de la palabra. Pero de eso no se deduce que haya una razón que debamos comprender, aunque la sepamos. No creo que los americanos primitivos comprendieran mucho las razones que tenían los españoles para invadirlos... En realidad, lo que usted está preguntando es que yo debería explicar a ustedes los motivos que animan a cierta forma de inteligencia demencial. Modestamente, debo declinar el honor de hacer un loco de mí mismo. La forma de averiguar, aunque no la de comprender tal vez, hubiera sido entrar en comunicación con esas cosas de nuestras profundidades. Pero si alguna vez existió la posibilidad de hacerlo, me temo que ahora hayamos perdido ya la ocasión de conseguirlo.

El interrogador no se quedó satisfecho con eso.

-Pero si no podemos asignar una razón -dijo-, entonces con toda seguridad, todo el asunto se convierte en algo que se diferencia muy poco de un desastre natural..., algo semejante, digamos, a un terremoto o a un ciclón...

-Bastante cierto -estuvo de acuerdo Bocker-. ¿Y por qué no? Supongo que es justamente así como el pájaro se parece al insecto. Para el vulgo, envuelto en una gran guerra, tampoco existe mucha diferencia entre eso y un desastre natural. Sé que todos ustedes han enseñado a sus lectores a esperar explicaciones supersimplificadas de todo, sin excluir al mismo Dios, en palabras de una sola sílaba; así, la cosa va adelante, y satisface su inclinación por la sabiduría. Nadie les puede contradecir a ustedes. Pero si intentan colgarme sus explicaciones, les demandaré.

Pausa.

-Iré aún más lejos: sólo puedo creer en dos motivos *humanos* para la emigración a través del espacio, y, si fuera posible, en cualquier escala: uno sería la simple expansión y el engrandecimiento; el otro, huir de las intolerables condiciones del planeta humano. Pero esas «cosas» de las profundidades no son, con toda seguridad, humanas, sean las que fueren; de todas formas, sus razones y motivos pueden ser similares a los motivos humanos, aunque es mucho más verosímil que no lo sean.

Hizo otra pausa, mirando de nuevo en torno suyo.

-Escuchen: este «¿por qué?» es un gesto inútil de respiración. Si nosotros tuviéramos que ir a otro planeta, y la población que encontráramos allí nos recibiera a bombazos, el «¿por qué?» de nuestra ida allí no tendría ninguna importancia; sencillamente determinaríamos que, si no dábamos los pasos necesarios para detenerlos en su ataque, nos exterminarían. Y, posiblemente, hemos hecho algo parecido con esas «cosas» de las profundidades... La fuerza de la vida, de cualquier forma que se la considere, debe ser, colectiva o individualmente, la voluntad de sobrevivir, o muy pronto dejaría de ser.

-Entonces esto, según su opinión definitiva, ¿es una invasión *hostil*? -preguntó alguien.

Bocker le miró con interés.

-Mire, no hay que sacar las cosas de quicio. Lo que yo digo es que esto *es* una invasión, que *es* hostil ahora; pero que, de intento, *no ha debido ser* hostil... Y ahora -terminó-, todo cuanto les pido a ustedes es que convenzan a sus lectores que esto no es una broma, sino un asunto muy serio... Claro que hasta donde se lo permitan la política editorial y propietaria.

Lo que sucedió en realidad fue que casi todos los periodistas presentaron a Bocker como un excéntrico, subrayado con el siguiente comentario: «Es lo que uno sería capaz de creer si también fuese un excentrico... Claro que uno no lo es: uno es hombre sensible...».

Existían indicios de que el espectáculo no era accidental. El público se hallaba en un estado que hubiese admitido todo, pero habíase desperdiciado la oportunidad de explorar la situación. No; hasta el momento no ocurría nada sensacional que interrumpiese el apaciguado proceso.

Luego, gradualmente, surgió una sensacion de que ésta no era en absoluto la forma en que se había esperado una guerra interplanetaria. Por supuesto, de ahí a decidir que los culpables eran los rusos no había más que un paso.

Los rusos, dentro de su dictadura, siempre eran dados a sospechar de los beligerantes capitalistas. Cuando los rumores de la noción interplanetaria consiguiese de algún modo atravesar el telón de acero, se apresurarían a declarar que: *a)* todo aquello era mentira: sólo era una pantalla verbal de humo para encubrir los preparativos de los fabricantes de armamentos; *b)* que era verdad, y los capitalistas, fieles a su conducta, habían atacado inmediatamente a los no sospechosos extranjeros con bombas atómicas; *c)* que fuera verdad o no, la U.R.S.S. lucharía denodadamente por la paz con todas las armas que poseía, excepto las bacterias.

El balanceo continuaba. Se oía decir a la gente:

-¡Oh!... ¿Esa tontería interplanetaria? No me importa decirle a usted que, durante algún tiempo, me obsesionó; pero, naturalmente, ¡cuando ahora se empieza a *pensar* en ello!... ¿Asombrarse de que sea, realmente, un juego de los rusos?... Tendría que haber sido algo muy grande para que se emplease contra ello las bombas atómicas...

Así, pues, en un plazo de tiempo muy breve quedó establecido el *status quo ante bellum hypotheticum*, y nosotros regresamos a la comprensible base familiar de sospecha internacional. El único resultado duradero fue que el seguro marino subió un uno por ciento.

Un par de semanas después celebramos una pequeña reunión con comida. El capitán Winters se sentó a la derecha de Phyllis. Parecían estar en excelentes relaciones. Más tarde, en la intimidad de nuestro dormitorio, inquirí:

-Si no tienes demasiado sueño, podríamos hablar. ¿Qué te contó el capitán?

-¡Oh!, muchas cosas agradables. Creo que tiene sangre irlandesa.

-Bueno; pero, pasando a las cosas realmente interesantes que ocurren por el mundo... -continué impaciente.

-No fue muy locuaz, pero lo que me contó no era nada estimulante. Algunas cosas eran demasiado horribles.

-Cuéntame.

-Bueno, la situación principal no parece haber cambiado mucho en la superficie; pero, respecto a lo que está ocurriendo «abajo», se muestran cada vez más preocupados, más alarmados. No me dijo que, actualmente, la investigación no había hecho progresos; pero lo que dijo lo daba a entender.

Hizo una pausa.

-Por ejemplo, dijo que las bombas atómicas se habían desechado, por el momento al menos. Pueden utilizarse en lugares aislados solamente, y, aun así, la radiactividad se propaga fantásticamente. Los expertos en ictiología de ambos lados del Atlántico han puesto el grito en el cielo, porque dicen que es debido a los bombardeos el que ciertas manadas de peces hayan desaparecido de sus lugares acostumbrados. Maldicen las bombas por trastornar la ecología, en cualquiera de sus ramas, y afectar a las corrientes migratorias. Sin embargo, algunos de los ellos dicen que la fecha no es suficiente para estar absolutamente seguros de que sean las bombas quienes han causado tal trastorno; pero algo tiene que haber seguramente, y eso puede causar graves trastornos alimentarios. Así, pues, como nadie parece estar completamente convencido de que las bombas hayan cumplido la misión que todos esperábamos y, en cambio, han matado y espantado peces en grandes cantidades, se han hecho impopulares... Y hay algo más: dos de esas bombas que lanzaron a las profundidades han desaparecido.

-¡Oh! -exclamé-. ¿Y qué inferimos de ello?

-No sé. Pero los tiene muy preocupados, muy alarmados. Escucha: la forma en que operan es a base de una profundidad dada, forma sencilla y muy segura.

-¿Quiere eso decir que las bombas no han alcanzado nunca la verdadera zona de presión?... ¿Qué se han quedado enganchadas en alguna parte mientras descendían?

Phyllis asintió.

-Y eso hace que se muestren extremadamente ansiosos.

-Además, es incomprensible. No me sentiría muy tranquilo si hubiese perdido un par de bombas en perfecto uso -admití-.¿Qué más?

-Han desaparecido inexplicablemente tres navíos de los que se dedican a la reparación de cables. Uno de ellos fue silenciado en mitad de un mensaje radiado. Se sabía que estaba, en aquellos momentos, extrayendo un cable defectuoso.

-¿Cuándo ocurrió eso?

-Hace seis meses, uno; hace tres semanas, otro, y el tercero, la semana pasada.

-¿No pudieron hacer nada para evitarlo?

-No pudieron..., aunque todo el mundo está seguro de que lo intentaron.

-¿No hubo supervivientes para contar lo ocurrido?

-No.

Al cabo de un rato pregunté:

-¿Algo más?

-Déjame pensar... ¡Oh, sí! Están tratando de poner en práctica una especie de *missil* de profundidad dirigido que será altamente explosivo, aunque no atómico. Pero aún no han hecho las pruebas.

Volvía a mirarla con admiración.

-Eso es magnífico, *darling.* Eres una verdadera Mata Hari.

Phyllis ignoró la ironia.

-Lo más importante de todo es que me dará una tarjeta de presentación para el doctor Matet, el oceanógrafo.

Se puso en pie.

-Pero, *darling*. la Sociedad Oceanográfica ha amenazado más o menos con la excomunión a todo aquel que trate con nosotros después del último relato que hicimos... Eso forma parte de su línea anti-Bocker.

-Bueno. Pero resulta que el doctor Matet es amigo del capitán. Ha visto sus mapas sobre las incidencias de los globos de fuego, y es un medio convencido. De cualquier forma, nosotros no somos unos hinchas de Bocker, ¿verdad?

-Lo que nosotros creemos que somos no es necesario que lo crean otras personas. Sin embargo, si él lo desea... ¿cuándo podremos verle?

-*Espero* verle dentro de pocos días, *darling*.

-¿No crees que yo debería?

-No. Pero sería estupendo por tu parte que confiaras en mí.

-Sin embargo...

-No. Y me parece que ya es hora de que nos vayamos a la cama -dijo Phyllis, firmemente.

El comienzo de la entrevista de Phyllis fue, según informó, casi normal.

-¿La E.B.C.? -dijo el doctor Matet, alzando las cejas, como si fueran dos tapas de miniaturas-. Creí que el capitán Winters había dicho la B.B.C.

Era un hombre de cara ancha, casi barbilampiño, que daba a su cabeza el aspecto de pertenecer a una cara mucho más ancha aún. Su atezada frente era alta, y muy pulimentada hasta la coronilla. Según dijo Phyllis, le produjo la impresión de ser sobresaliente.

Ella suspiró para sí, comenzando la rutinaria explicación sobre la existencia de la English Broadcasting Company, manejándole con tacto hasta que consiguió llevarle a la posición desde donde nos considerase como personas suficientemente amables que se esfuerzan por superar las desventajas de ser consideradas como oráculo ligeramente de segunda clase. Luego, tras aclararle que cualquier material que pudiera suministrarnos permanecería en el más absoluto anonimato, se hizo más locuaz.

Lo malo fue, desde el punto de vista de Phyllis, que se expresó en un estilo completamente académico, empleando innumerables palabras raras y ejemplos que ella tuvo que interpretar lo mejor que pudo. En resumen, lo que quiso decir fue lo siguiente:

Hacía un año se empezó a informar sobre ciertas alteraciones de color (decoloración) en las corrientes de cierto océano. La primera observación de esta clase se había efectuado en la corriente de Kuroshio, en el Pacífico Norte... Se trataba de una suciedad desacostumbrada que flotaba hacia el noroeste y que se hacia menos visible a medida que se ensanchaba a lo largo del West Wind Drift, hasta que ya no era perceptible a simple vista.

-Se cogieron muestras y se enviaron para su examen, por supuesto, ¿y qué cree usted que resultó ser esa alteración de color, esa decoloración? -preguntó el doctor Matet.

Phyllis le miró, mostrando enorme expectación.

-Principalmente, limo radiolariano, pero con un apreciable porcentaje de limo diatomáceo.

-¡Qué cosa tan notable! -exclamó Phyllis, con seguridad en sí-. ¿Y qué cosa en el mundo produciría un resultado semejante?

-¡Ah! Ésa es la cuestión -respondió el doctor Matet-. Una perturbación en una escala tan notable... Sin embargo, en muestras tomadas al otro lado del océano, a lo largo de la costa de California, siempre hubo gran impregnación de ambos limos.

Y continuó, continuó, hasta que Phyllis consiguió, al fin, interrumpirle.

-Lo cual quiere decir que algo, no sólo fue, sino que aún es, que aún está allí abajo, ¿no?

-Sí, algo -respondió, de acuerdo con ella y mirándola fijamente. Luego, descendiendo rápidamente a la lengua vernácula, añadió-: Pero, para ser sincero con usted, solamente Dios sabe lo que es.

-Demasiada geografía -dijo Phyllis-, y demasiada oceanografía, y demasiada batiografía: demasiado de todas las «ografías». Afortunadamente, escapé de la ictiología.

-Cuéntame -dije.

Ella contó todo, con notas.

-Y me gustaría saber -concluyó- qué escritor sería capaz de hacer un relato con todo esto.

-¡Hum! -dije.

-No hay «¡hum!» que valga. Cualquier «ógrafo» daría una charla sobre esto para personas pasmadas y concienzudas; pero, aunque fuera inteligible, ¿dónde las conseguiría?

-Esa es siempre la clave de la cuestión -observé-. Sin embargo, poco a poco van reuniéndose los trozos. Este es otro trozo. De todas formas, tú, en realidad, no crees que volverás allá con ellos para completar tu relato, ¿verdad? ¿No te sugirió el doctor cómo podría encadenarse esto con el resto?

-No. Le dije que era muy extraño que todo pareciese haber sucedido últimamente en las partes más inaccesibles del océano, y unas cuantas cosas más por el estilo; pero no soltó prenda. Estuvo muy cauto. Creo que, en el fondo, lamentaba haberme concedido la entrevista; por eso se limitó a hechos comprobables. Nada halagador... por lo menos en la primera reunión. Admitió que podía comprometer su reputación de la misma forma que la había comprometido Bocker.

-Escucha -dije-: Bocker tiene que haberse enterado de todo eso tan pronto como cualquier otro. Debe tener sus puntos de vista sobre ello, y es muy probable que esté tratando de averiguar qué hacen ellos. Su selecta rueda de prensa, a la que nosotros asistimos, pudo ser muy bien una presentación. Podemos aprovecharnos de ello.

-Ten en cuenta que, después, se mostró muy esquivo –dijo Phyllis-. En realidad, nada tuvo de sorprendente. Sin embargo, nosotros no nos encontramos entre los que le atizaron públicamente... En verdad, fuimos muy objetivos.

-Echemos a suerte a ver quién de nosotros le telefoneará -ofrecí.

-Le telefonearé yo.

Así, pues, me recliné en mi sillón y escuché cómo Phyllis se las componía para aclarar al teléfono que ella pertenecía a la E.B.C.

He de decir en favor de Bocker que, habiendo expuesto ampliamente una teoría, de la que se hizo solidario, no había retrocedido ni un paso cuando se dio cuenta de que era impopular. Al mismo tiempo, no quiso verse envuelto en controversias de mayor alcance. Hizo esta aclaración cuando nos reunimos con él. Nos miró fijamente, con la cabeza ladeada, el mechón de pelo gris cayéndole ligeramente hacia adelante y las manos con los dedos entrecruzados. Asentía meditativo, y, a continuación, dijo:

-Ustedes necesitan de mí una teoría porque nada puede explicarles este fenómeno. Perfectamente: tendrán una. No creo que la acepten; pero si hacen algún empleo de ella, les ruego que lo hagan anónimamente. Cuando la gente acuda de nuevo a mí, yo estaré dispuesto; pero ahora prefiero que mi nombre no se haga público en ningún reportaje sensacional... ¿Está claro?

Asentimos. Estábamos acostumbrándonos a este deseo general hacia el anonimato.

-Lo que nosotros tratamos de hacer -explicó Phyllis- es colocar en su sitio todas las piezas de un rompecabezas. Si usted puede ayudarnos a poner en el lugar adecuado alguna de ellas, se lo agradeceríamos eternamente. Si, por otra parte, usted cree que no debemos dar publicidad a su nombre..., bueno, ése es asunto suyo.

-Exactamente. Bien. Ustedes ya conocen mi teoría sobre el origen de las inteligencias de las profundidades marinas; así, pues, no volveremos

sobre el asunto. Nos enfrentaremos con el actual estado de cosas. Según mi opinión, ocurre lo siguiente: habiéndose asentado en el lugar más conveniente para ellos, estas criaturas creían que podrían desenvolverse en ese lugar de acuerdo con sus ideas sobre lo que constituye una conveniente, ordenada y eventualmente condición civilizada. Están ,¿comprende?, en la situación de..., bueno, no: *actualmente* son pioneros, colonialistas. Una vez que llegaron sanos y salvos, se asentaron, improvisando y explorando su nuevo territorio. Lo que tenemos que averiguar son los resultados de su incipiente trabajo en la tarea.

-¿Qué están haciendo? -pregunté.

Se encogió de hombros.

-¿Cómo sería posible decirlo? Pero, a juzgar por la forma en que los hemos recibido, hay que imaginarse que su primera labor será proveerse de alguna forma de defensa contra nosotros. Por tal motivo, necesitan, presumiblemente, metales. Sugiero a ustedes, por mi parte, que en algún sitio de las profundidades de Mindanao Trench y también en alguna parte de las profundidades del sureste de Cocos-Keeling Basin, encontraríamos, si pudiéramos llegar hasta allí, que se están realizando excavaciones, en progreso actualmente.

Vislumbré la razón de su demanda de anonimato.

-Bueno, pero... ¿trabajar los metales en semejantes condiciones? -insinué.

-¿Cómo podemos adivinar la técnica que ellos desarrollan? Nosotros mismos estamos plagados de técnicos que hacen cosas que al principio pudieron parecer imposibles en una presión atmosférica de ocho kilogramos por centímetro cuadrado; también existen cosas inverosímiles que podemos hacer debajo del agua.

-Pero cuando la presión se mide por toneladas, la oscuridad es continua y... -empecé a decir, pero Phyllis me interrumpió con esa decisión que me obligaba a callar y a no discutir.

-Doctor Bocker, hace un instante indicó usted dos profundidades -dijo-. ¿Por qué lo hizo?

Se volvió hacia ella.

-Porque ésa me parece la única explicación razonable donde pueden incluirse ambas. Puede ser, como míster Holmes hizo observar una vez al ilustre tocayo de su marido, «un error capital teorizar antes que se tenga una fecha»; pero es un suicidio mental emponzoñar la fecha que uno tiene. No sé nada, no puedo imaginar nada que pueda producir el efecto de que el doctor Matet hablaba, excepto alguna máquina excesivamente potente para las continuas excavaciones.

-Pero -respondí con poca firmeza, porque ya estaba molesto y cansado de verme anulado por el fantasma de míster Holmes-, si están haciendo excavaciones, como usted sugiere, ¿por qué se debe la decoloración al limo y no a la arenilla?

-Bueno, en primer lugar habrán tenido que extraer gran cantidad de limo antes de alcanzar la piedra; inmensos depósitos, lo más verosímil. En segundo lugar, la densidad del limo es poco mayor que la del agua, mientras que la arenilla, por ser más pesada, se posaría durante mucho

tiempo en el fondo antes de alcanzar, por muy fina que fuera, alguna porción cercana a la superficie.

Antes que pudiera proceder contra eso, Phyllis me cortó de nuevo.

-¿Qué hay respecto a otros lugares? -preguntó-. ¿Por qué mencionó usted solamente esos dos, doctor?

-No sé si en otros lugares habrá habido también excavaciones; pero sospecho que, por sus situaciones, pudieran tener otros propósitos.

-¿Cuáles? -preguntó rápidamente Phyllis, mirándole con expectación muy juvenil.

-Comunicaciones, sospecho. Por ejemplo, el área donde empezó a surgir la decoloración en el Atlántico ecuatorial, aunque a bastante profundidad, se une con el Romanche Trench. Es una especie de garganta a través de las montañas sumergidas del Atlántico Rigde. Ahora bien: cuando se considera el hecho de que forma el único enlace profundo entre el Atlántico este y el Atlántico oeste, parecen algo más que una coincidencia esas señales de actividad que aparecen allí. En efecto, ello me sugiere fuertemente que algo de abajo no está a gusto con el estado natural de ese Trench. Es absolutamente verosímil que esté bloqueado en algunos sitios a causa de derrumbamientos de piedras. Puede ser que, en algunos lugares, sea estrecho y difícil; y es casi seguro de que, si existiera propósito de utilizarlo, fuera conveniente limpiarlo del limo depositado sólidamente abajo. *No lo sé*, claro está; pero el hecho de que algo está afincándose, sin duda alguna, en ese estratégico Trench, me conduce a pensar que, indudablemente, lo que está allá abajo se halla dispuesto a perfeccionar sus métodos para poder moverse en las profundidades..., de la misma forma que nosotros hemos perfeccionado los nuestros para movernos sobre la superficie.

Hubo una pausa mientras meditábamos sobre ello y sus implicaciones. Phyllis habló la primera.

-Bueno..., ¿y el otro lugar de que usted habló primero..., el del Caribe..., el que está al oeste de Guatemala?

El doctor Bocker nos ofreció cigarrillos, encendiendo el suyo.

-Bueno -respondió reclinándose en un sillón-, ¿no creen ustedes posible que un túnel que comunicara las profundidades de ambos lados del istmo ofrecería a un ser de las profundidades ventajas casi idénticas a las obtenidas por nosotros de la existencia del canal de Panamá?

La gente puede decir lo que guste de Bocker; pero nunca puede pretender, verídicamente, que el alcance de sus ideas sea mediano o nulo. Es más: nadie ha demostrado hasta ahora que esté equivocado. Su principal defecto está en que él, corrientemente, exponía unos hechos tan amplios y tan poco digeribles que se le quedaban a uno atragantados en el gañote... hasta en el mío, y eso que yo podría calificarme como hombre de enormes tragaderas. Esto tuvo, no obstante, una reflexión subsiguiente. En el clima de la entrevista, yo estuve ocupado principalmente en tratar de convencerme de que él quería decir, realmente, lo que decía, no encontrando más que mi propia resistencia para sugerir lo contrario.

Antes de marcharnos, nos dijo otra cosa que también nos dio que pensar.

-Puesto que ustedes están al tanto del asunto, ¿habrán oído hablar de que desaparecieron dos bombas atómicas?

Le contesté que sí.

-¿Y han oído hablar también de que ayer hubo una explosión atómica inesperada?

-No. ¿Fue una de ellas? -preguntó Phyllis.

-Así quisiera creerlo..., porque me molestaría mucho tener que pensar que pudiera ser otra cualquiera -contestó-. Pero lo extraño es que, a pesar de que una de ellas se perdió en las islas Aleutianas y la otra en el proceso de dar otra sacudida a las aguas del Mindanao Trench, la explosión tuvo lugar no lejos de Guam..., a más de dos mil kilómetros de Mindanao.

FASE 2

A la mañana siguiente hicimos una salida temprana. El coche, completamente cargado, había permanecido fuera toda la noche, y nosotros nos marchamos pocos minutos después de las cinco, con la intención de salvar el mayor número posible de kilómetros desde la región meridional inglesa antes que las carreteras se hiciesen intransitables. Había una distancia de quinientos veinte coma ocho kilómetros (cuando no «coma nueve» o «coma siete») hasta la puerta del chalé que Phyllis había comprado con el pequeño legado que le había dejado como herencia su tía Helen.

Yo era partidario de haber comprado un chalé a más de mil kilómetros de Londres; pero era a la tía de Phyllis a quien iba a conmemorarse con lo que ahora era el dinero de Phyllis. Así, pues, nos convertimos en propietarios de Rose Cottage, Penllyn, Nr. Constantine, Cornwall, teléfono número Navasgan 333. Era un chalé con cinco habitaciones, de piedra gris, situado en la ladera de una colina llena de brezos, azotado por el viento del sudeste, con el tejado del más puro estilo Cornish. Por delante de nosotros veíamos deslizarse el río Heldord, y más allá, hacia el Lizard, veíamos por las noches las luces del faro. A la izquierda, se divisaba un panorama costero que se extendía al otro lado de la bahía de Falmouth, y si recorríamos unos cien metros hacia adelante y nos situábamos en la ladera del cerro que nos protegía de los vientos del sudoeste, podíamos ver, a través de la bahía de Mount, hasta las islas Scillus, y, más allá, el infinito Atlántico. Falmouth, doce kilómetros; Helston, diecisiete kilómetros; elevación novecientos noventa y seis metros sobre el nivel del mar.

Lo utilizábamos como una especie de refugio. Cuando teníamos entre manos bastantes asuntos que resolver e ideas que interpretar, íbamos allí por una temporada. Regularmente, unas cuantas semanas, durante las cuales no dábamos reposo a la pluma ni a la máquina de escribir; pero todo lo hacíamos con agrado y sin que nadie nos perturbara. Luego, regresábamos a Londres por cierto tiempo, realizábamos nuestras

compras, visitábamos a nuestros amigos, recogíamos nuestro trabajo y, cuando ya habíamos acumulado una buena tarea, volvíamos al chalé a emprender de nuevo nuestra labor, o bien solamente con el propósito de concedernos unas vacaciones.

Aquella mañana realicé el recorrido en un buen espacio de tiempo. No eran más de las ocho y media cuando separé de mi hombro la cabeza de Phyllis y la desperté anunciándole:

-El desayuno, querida.

Sin estar aún despierta del todo, la dejé para ir a comprar unos periódicos. Cuando regresé, ya estaba levantada y había empezado a preparar el desayuno. Tenía casi hecha la papilla. Le entregué su periódico y yo me puse a leer el mío. La primera página de ambos diarios estaba ocupada por un título en grandes caracteres que anunciaba un desastre marítimo. Que esto fuera así, cuando se trataba de un barco japonés, sugería que había pocas noticias de otra clase.

Eché una ojeada al artículo que se insertaba debajo de la fotografía del barco hundido. De él deduje que el mercante japonés *Yatsushiro*, que hace el recorrido de Nagasaki a Amboina, en las Molucas, se había hundido. De las setecientas personas que iban a bordo, solamente se habían encontrado cinco.

Sin embargo, antes que yo terminara de leer esta noticia, Phyllis me interrumpió con una exclamación. La miré. Su periódico no insertaba la fotografía del barco; en cambio, publicaba un pequeño gráfico de la zona donde había ocurrido el hundimiento, y ella miraba con ansiedad, intentando descifrarlo, el sitio marcado con una X.

-¿Qué pasa? -pregunté.

Phyllis puso el dedo sobre el mapa.

-Hablando de memoria, y suponiendo siempre que la cruz haya sido puesta por alguien que sabe lo que se hace -dijo-, ¿no está situado el escenario de este hundimiento muy próximo a nuestro viejo amigo el Mindanao Trench?

Observé el gráfico, tratando de recordar la configuración de aquella parte del océano.

-No puede estar muy lejos -convine.

Volví a mi periódico y leí el relato con más detenimiento ahora.

«Mujeres -al parecer- gritaban cuando...»

«Mujeres sacadas de sus camarotes durante la noche.»

«Mujeres, con los ojos desorbitados por el terror, agarradas a sus hijos...»

«Mujeres...» «Mujeres» cuando «la muerte ataca en silencio al dormido barco.»

Cuando se hubo barrido toda esta jerigonza femenil y se puso a un lado todo el repertorio de frases apropiadas para catástrofes marinas de la Oficina de Londres, quedó al descubierto el esqueleto de un escueto mensaje de agencia..., tan escueto que, por un instante, me pregunté por qué dos periódicos de categoría habían decidido ampliarlo excesivamente, cuando pudo darse en pocas líneas. Luego, percibí el verdadero ángulo

misterioso que permanecía sumergido entre la dramática fonética: era que el *Yatsushiro* se había hundido como una piedra, sin dar la voz de alarma y sin que se supiera la razón.

Más adelante conseguí proporcionarme una copia de ese mensaje, encontrando su rigidez mucho más alarmante y dramática que lo de «mujeres sacadas de sus camarotes durante la noche». No hubo mucho tiempo para eso, no. Después de dar noticias particulares sobre la hora, el lugar, etc., el mensaje concluía lacónicamente:

«...tiempo espléndido; sin choque, sin explosión; causas desconocidas. Menos de un minuto de alarma antes de hundirse. Propietarios declaran ignorancia absoluta».

Así, pues, no pudo haber muchos gritos en la noche. Esas infortunadas japonesas, y también los japoneses, tuvieron tiempo de despertarse y, acaso también, algún tiempo de preguntarse qué pasaba, aún aturdidas por el sueño; pero inmediatamente el agua los inundó: no hubo gritos, sólo unas cuantas burbujas mientras se hundían, se hundían, se hundían, encerrados en su ataúd de diecinueve mil toneladas.

Cuando terminé la lectura, levanté la vista. Phyllis estaba mirándome, con la barbilla apoyada en la mano, a través de la mesa donde desayunábamos. Durante un rato, ninguno de los dos hablamos. Luego, ella dijo:

-Dice aquí: «...en una de las partes más profundas del océano Pacífico». ¿Crees tú Mike, que esto pudo suceder tan pronto?

Dudé.

-Es difícil decirlo. Evidentemente, este mensaje es tan sintético... Si eso duró, en realidad, un minuto sólo... No, suspendo todo juicio, Phyllis. Mañana veremos *The Times* y averiguaremos lo que sucedió en realidad..., si es que alguien lo sabe.

Montamos en el coche, tardando mucho tiempo en llegar porque las carreteras estaban llenas; nos detuvimos a comer, como de costumbre, en el pequeño hotel de Dartmoor, y, al fin, llegamos a última hora de la tarde... Esta vez, quinientos treinta y siete coma seis. Teníamos hambre y sueño otra vez, y aunque yo procuré recordar, cuando telefoneé a Londres, que me enviaran los recortes sobre el hundimiento, la catástrofe del *Yatsushiro*, en la otra parte del mundo, parecía tan lejos de interesar a los dueños de un pequeño chalé gris de Cornwall como la pérdida del *Titanic*.

Al día siguiente, *The Times* publicó la catástrofe con suma cautela, dando la sensación de que los redactores no querían excederse para que, en cierto modo, no se alarmaran sus lectores. No ocurrió lo mismo con la primera colección de recortes que llegó a nuestro poder a la tarde siguiente. Los pusimos entre nosotros y los estudiamos con detenimiento. Los datos eran evidentemente escasos, y los comentarios curiosamente similares.

-Todo posee una fuerte dosis de aturrullamiento -dije cuando terminamos de examinarlos-. Y nada puede sorprendernos al ver el espanto que producirían las breves voces de alarma.

Phyllis dijo con frialdad:

-Mike, esto no es un juego, ¿verdad? Después de todo, se ha hundido un barco grande y se han ahogado setecientos infelices. Es algo terrible. Anoche soñé que yo estaba encerrada en uno de esos pequeños camarotes cuando el agua penetró impetuosamente en ellos.

-Ayer... -empecé a decir, pero me calle.

Había estado a punto de decir que Phyllis había vertido una olla de agua hirviendo sobre un agujero con el fin de matar a más de setecientas hormigas, pero lo pensé mejor.

-Ayer -corregí- murieron muchas personas en accidente de carretera, y muchas más morirán hoy.

-No comprendo qué tiene eso que ver con lo que estamos tratando -me respondió.

Tenía razón. No era una corrección muy aceptable, pero no hubiera sido momento oportuno de hablar de una amenaza, de las hormigas, en la que solamente nosotros podíamos creer.

-Nosotros nos hemos acostumbrado -dije- a la idea de que la mejor forma de morir es en la cama... y a una edad aceptable. Y es una equivocacion. Normalmente, la muerte para toda criatura humana llega de pronto. La...

Pero tampoco era eso lo que había que decir. Phyllis se alejó, caminando con esos pasitos breves que ella empleaba y afianzando los tacones.

Yo me sentía incómodo, molesto también; pero, en el fondo, me daba lo mismo.

Más tarde la encontré mirando por la ventana del cuarto de estar. Desde donde ella estaba se veía un panorama de mar azul que se extendía hasta el horizonte.

-Mike -me dijo-, siento lo de esta mañana. Ese asunto..., lo del barco que se hundió de forma tan rara..., me sacó de quicio. Hasta ahora, todo esto no ha sido más que un juego de adivinanzas, un rompecabezas. Fue espantoso que se perdiera el batiscopio de los infelices Weismann y Trant, así como la pérdida de los navíos de la Armada. Pero esto, que un gran barco mercante, lleno de hombres, mujeres y niños vulgares y sencillos, dormidos tranquilamente, sea hundido en pocos segundos, en mitad de la noche..., bueno..., parece ponerse repentinamente en una categoría diferente. De cualquier forma, es algo de *clase* distinta, en cierto modo. ¿Te das cuenta de lo que quiero decir? La tripulación de los navíos de la Armada está formada por hombres que siempre están en peligro al realizar su trabajo... Pero estas personas que iban en el mercante no tenían nada que ver con el asunto. Eso me produce la impresión de que las cosas que, hipotéticamente, trabajan en las profundidades, cosas en las que apenas creía, pero que ahora hacen acto de presencia bruscamente, se han convertido en horrible realidad. No me gusta eso, Mike. De pronto he comenzado a tener miedo, y no sé realmente por qué.

Me acerqué a ella y la abracé.

-Sé lo que quieres decir -dije-. Creo que es parte de ello. No hay que dejar que la cosa nos abrume.

Ella volvió la cabeza.

-¿Parte de qué? -preguntó, extrañada.

-Parte del proceso que estamos viviendo: la reacción instintiva. La idea de una inteligencia demente es intolerable para nosotros. *Tenemos* que odiarla y temerla. No podemos evitarlo. Nuestra propia inteligencia, cuando se sale un poco de sus carriles por haber bebido o por cualquier otra cosa anormal, nos alarma no muy racionalmente.

-¿Quieres decir que yo no hubiera sentido de la misma forma si eso hubiera sido realizado por..., bueno..., por los chinos... o alguien?

-¿Crees tú que hubieras sentido lo mismo?

-Pues... no..., no esto y segura.

-Bueno. Respecto a mí, he de decirte que hubiera rugido de indignación. Si supiera que alguien estaba actuando debajo del agua, procuraría por todos los medios echar una mirada para ver quién, cómo y por qué lo hacía, para enfocarme. Así como así, sólo tengo la nebulosa impresión, si realmente quieres saberlo, de quién, ninguna idea del cómo y experimento la sensación de que el porqué me produce frío interior.

Me apretó la mano.

-Me alegra saber eso, Mike. Me sentía muy sola esta mañana.

-Mi irisación protectora no intenta engañarte, querida. Intenta engañarme a mí.

Ella meditó.

-Debo recordar eso -dijo con un aire de extensiva implicación que no estoy seguro de haber comprendido completamente aun.

Pasamos un mes agradable, dedicados a nuestro trabajo... Phyllis, en investigar algo que aún no se había dicho sobre Beckford de Fonthill; yo, en la ocupación literaria menor de redactar una serie sobre los amores de los personajes reales, que se titularía provisionalmente *El corazón de los reyes* o *Cupido se pone una corona.*

El mundo exterior se introdujo poco en nuestras vidas. Phyllis terminó el guión sobre Beckford y dos más, y volvió a coger los hilos de la trama de una novela que parecía estar condenada a no acabarse nunca. Yo continuaba con mi tarea de procurar que los vívidos amores reales estuvieran libres de toda contaminación política; en los intervalos escribí algunos artículos para desintoxicarme y despejar un poco el ambiente. Los días que creíamos demasiado buenos para malgastarlos, bajábamos a la playa y nos bañábamos, o bien organizábamos alguna excursión en barca. Los periódicos olvidaron pronto lo del *Yatsushiro*. El fondo del mar y todas las especulaciones a que dio lugar parecían haber caído en el olvido.

Un miércoles por la noche, la radio, en el boletín de las nueve, anunció que el *Queen Anne* se había perdido en alta mar...

El informe era muy breve. Simplemente el hecho, seguido de:

-«Todavía no tenemos detalles del suceso, pero es de temer que las pérdidas sean cuantiosas».

Hubo una pausa de quince segundos; a continuación, la voz del locutor resumió:

-«El *Queen Anne*, uno de los barcos más rápidos que surcaban el Atlántico, desplazaba noventa mil toneladas. Fue construido...»

Me acerqué a la radio y la apagué. Nos sentamos, mirándonos uno a otro. Las lágrimas asomaron a los ojos de Phyllis. La punta de su lengua apareció para mojarse los labios.

-¡El *Queen Anne*!... ¡Oh Dios! -exclamó.

Buscó un pañuelo.

-¡Oh Mike! ¡Un barco tan magnífico!...

Me puse en pie, crucé la habitación y me senté a su lado. En aquel momento, ella estaba viendo sencillamente el barco como lo habíamos visto la última vez, zarpando del puerto de Southampton. Una creación que había sido, en cierto modo, una obra de arte y una cosa viva, brillante y hermosa a los rayos del sol, navegando serenamente hacia alta mar, dejando tras de sí un surco de blancas espumas. Pero yo conocía a mi esposa bastante bien para comprender que, dentro de unos minutos, estaría a bordo, comiendo en el fabuloso restaurante, o bailando en el salón de baile, o subiendo a una de las cubiertas para observar su hundimiento y experimentando todo lo que ellos debieron de experimentar. Puse ambos brazos alrededor de su cuello y la atraje hacia mí.

Doy gracias al cielo de que mi imaginación sea más prosaica y de que mi corazón no se enternezca con tanta facilidad.

Media hora después sonó el teléfono. Contesté yo, y con cierta sorpresa reconocí la voz.

-¡Oh! Hola, Freddy. ¿Qué pasa? -pregunté, porque nunca hubiera esperado recibir una llamada telefónica del director de programación de la E.B.C. a las nueve y media de la noche.

-Tenía miedo de que no estuviera. ¿Escuchó las noticias?

-Sí.

-Bueno. Necesitamos de usted algo sobre esta amenaza del fondo del mar, y lo necesitamos rápidamente. Un relato de media hora.

-Pero..., escuche..., lo último que me dijeron ustedes fue que permaneciera apartado de...

-Todo ha cambiado. Es un deber, Mike. No tiene por qué mostrarse demasiado sensacional; lo que queremos es que sea convincente, ¿comprende? Hay que hacerles creer que existe realmente algo allá abajo.

-Escuche, Freddy: si esto es una broma de mal gusto...

-No lo es. Se trata de una comisión urgente.

-Eso está muy bien; pero, durante todo un año, he estado considerado como un loco que posee la manía de exponer una teoría insensata. Y ahora, de pronto, me telefonea usted a una hora inusitada, como podría hacerlo un mozalbete que, en una juerga, hubiese hecho una apuesta alocada, para decirme que...

-Yo no estoy en una juerga. Estoy en mi despacho, y seguramente estaré en él toda la noche.

-Sería preferible que se explicara mejor -le dije.

-Ocurre lo siguiente: corre el rumor, que a mí me parece exagerado, de que lo hicieron los rusos. Alguien insinuó eso a los pocos minutos de que la noticia estuviese en el espacio. Sólo Dios sabe por qué demonios había

de pensarse que ellos necesitarían emplear algo así; pero ya sabe usted cómo ocurre eso cuando las personas están emocionalmente exaltadas: se lo tragan todo de golpe. Mi propia opinión es que los condenados locos están tratando de coger la ocasión por los pelos. De cualquier forma, hay que parar el golpe. Hay que ejercer toda la presión posible para evitar que el gobierno actúe, bien mandándoles un ultimátum o algo por el estilo. Así, pues, al objeto de parar el golpe, no existe otro camino sino utilizar su relato sobre la amenaza en las profundidades del mar. Los periódicos de mañana lo publicarán, el Almirantazgo actuará; nosotros tenemos ya varios nombres de prestigiosos científicos; el boletín de la B.B.C. y el nuestro harán toda la fuerza posible para detener el rodar de la bola; las mallas americanas han comenzado a actuar ya, y algunas de sus ediciones vespertinas están ya en la calle. Así, pues, si usted quiere contribuir a que se evite el lanzamiento de las bombas atómicas, ponga manos a la obra.

Colgué y me volví a Phyllis:

-Cariño, tenemos trabajo.

A la mañana siguiente, de común acuerdo, decidimos regresar a Londres. Lo primero que hicimos al llegar a nuestro piso fue conectar la radio. Llegamos a tiempo de oír la noticia del hundimiento del porta-aviones *Meritorious* y del transatlántico *Carib Princess.*

El *Meritorius* fue hundido en el Atlántico medio a mil seiscientos kilómetros al sudoeste de la isla de Cabo Verde; el *Carib Princess*, a no menos de cuarenta kilómetros de Santiago de Cuba. Ambos hundimientos fueron cuestión de dos o tres minutos, y de cada uno de ellos hubo escasos supervivientes. Es difícil decir quiénes fueron los más perjudicados: silos británicos, por la pérdida de una recién estrenada unidad de la Marina de guerra, o los norteamericanos, por la pérdida de uno de sus mejores transatlánticos, cargado de riquezas y cosas bellas. Ambos estaban, en cierto modo, aturdidos ya por la pérdida del *Queen Anne*, porque entre los grandes corredores atlánticos existía la comunidad de orgullo. Ahora, el lenguaje de disgusto difería; pero ambos mostraban las características de un hombre que ha sido golpeado por la espalda en mitad de un grupo y está mirando en torno suyo, con ambos puños apretados, dispuesto para golpear a alguien.

La reacción norteamericana parecía menos extremada porque, a pesar del violento nerviosismo de los rusos que existía allí, muchos encontraban la idea de la amenaza de las profundidades más fácil de aceptar que los británicos, y se levantaba un clamor por acciones enérgicas y decisivas, dando primacía a un clamor similar en el país. Los norteamericanos decidieron, pues, aceptar la fórmula condicionadora de las bombas de profundidad en el Cayman Trench, muy próximo al lugar donde había desaparecido el *Carib Princess*... Apenas podían esperar cualquier resultado decisivo del desacertado bombardeo de una profundidad de cien kilómetros de ancho por ochocientos de largo.

El hecho fue publicado con gran resonancia a ambos lados del Atlántico. Los ciudadanos norteamericanos se mostraban orgullosos de

que sus fuerzas fueran las primeras en tomar represalias; los ciudadanos británicos, aunque disimuladamente mostraban su disgusto por haber sido preteridos cuando la pérdida reciente de dos grandes navíos podría haberles dado el mayor incentivo para una acción demoledora, decidieron aplaudir con fuerza el hecho, como una expresión de reproche hacia sus gobernantes. La flotilla de diez navíos, comisionada para la tarea, era portadora, según se informó, de un número de bombas H.E., especialmente designadas para grandes profundidades, así como de dos bombas atómicas. Zarparon de Chesapeake Bay en medio de una aclamación que ahogó por completo la ruidosa protesta de Cuba por la propagación de bombas atómicas a dos pasos de sus costas.

Nadie de cuantos oyeron la radio de uno de los navíos cuando la fuerza naval se acercaba al lugar elegido olvidará nunca lo que siguió. La voz del locutor, interrumpiéndose repentinamente en mitad de la descripción del escenario, anunció agudamente:

-«Algo parece estar... ¡Dios mío! ¡Ha estallado!...»

Y el estampido de la explosión. El locutor tartamudeó incoherente; luego, se oyó el segundo estampido. Un griterío, un ruido de confusión y de voces, un resonar de campanas, y otra vez la voz del locutor, respirando entrecortadamente, sonando insegura, hablando rápido:

-«La explosión que ustedes oyeron..., la primera..., fue la del destructor *Cavor*... Ha desaparecido por completo... La segunda explosión fue la de la fragata *Redwood*, que también ha desaparecido. La *Redwood* llevaba una de nuestras bombas atómicas. Se ha hundido con ella. Estaba construida para estallar a presión, a diez kilómetros de profundidad...»

Hubo un silencio.

-«Los otros ocho navíos de la flotilla se han dispersado a gran velocidad, alejándose del área peligrosa. Tardaremos algunos minutos en aclarar las cosas. No sé cuántos. Aquí nadie puede decirmelo. Creemos que pocos minutos. Cada navío a la vista del área está utilizando toda su potencia para alejarse del área donde ha desaparecido la bomba atómica. La cubierta se estremece debajo de nosotros. Vamos a enorme velocidad... Todo el mundo mira hacia atrás, hacia el lugar donde el *Redwood* se ha hundido... ¡Eh! ¿Aquí nadie sabe cuánto tardará eso en hundirse diez kilómetros?... ¡Demonios! *Alguien debe* saberlo... Nosotros estamos alejándonos, alejándonos cuanto podemos... Los otros navíos, también... Huimos a toda presión de nuestras calderas... ¿Nadie sabe cuál es el área del principal hundimiento?... ¡Por Júpiter! ¿Nadie sabe nada de lo que sucede en estos alrededores? Continuamos alejándonos, alejándonos... Me gustaría saber cuánto tiempo... Tal vez..., quizá... Más deprisa, ahora vamos más deprisa, por todos los santos. Hace cinco minutos ya que se hundió el *Redwood*... ¿Qué profundidad puede haber alcanzado en cinco minutos?... ¡Dios mío!... *¿Cuánto tiempo tardará ese condenado en hundirse?*... Aún continúa..., y aún continuamos alejándonos... Seguramente nos hallamos ya más allá del área peligrosa... Ahora debe de haber una oportunidad... Estamos manteniéndonos... Aún nos alejamos... Todavía navegamos a buena velocidad... Todo el mundo mira hacia popa. Todo el mundo está vigilante y atento... Y continuamos alejándonos... ¿Cómo puede una cosa estar hundiéndose todo este tiempo?... Pero,

gracias a Dios, así es... Ahora pasa ya de los siete minutos... Nada aún... Continuamos alejándonos... Y los otros navíos también, con grandes olas blancas detrás de ellos. Nos alejamos más... Tal vez esté equivocado... Quizá el fondo no sea aquí de diez kilómetros... ¿Por qué nadie puede decirnos cuánto tiempo tardará...? Algunos de los otros navíos continúan alejándose... y nosotros también... Ahora debe de haber una probabilidad de... Adivino que, en este momento, tenemos realmente una probabilidad... Todo el mundo continúa por po... ¡Oh Dios! El mar entero está...»

Y quedó cortada la emisión.

Pero el locutor de esa radio sobrevivió. Su barco y otros cinco de la flotilla de los diez consiguieron escapar, con un poco de radiactividad, pero, al fin, sanos y salvos. Y yo me di cuenta de que lo primero que recibió cuando hizo su informe, ya de regreso a su oficina después del tratamiento, fue una mayúscula reprimenda por el empleo del lenguaje supercoloquial que había ofendido a un número de oyentes por su desatención al Tercer Mando.

Ése fue el día en que se acabaron las discusiones y se hizo innecesaria la propaganda. Dos de los cuatro barcos perdidos en el desastre del Cayman Trench habían sucumbido a la bomba; pero el fin de los otros dos había ocurrido en medio de un deslumbramiento de publicidad que venció a los escépticos y a los cautos también. Al final quedó establecido, sin ningún género de dudas, que existía algo..., algo altamente peligroso también..., allá abajo, en las profundidades.

Era tal la ola de alarmante convencimiento que se extendio rápidamente por el mundo, que hasta los rusos vencieron suficientemente su reserva nacional para admitir que habían perdido un gran fletador y un navío de guerra no especificado, ambos en aguas de las Kuriles, y otro navío de observación al este de Kamchatka. A consecuencia de esto, dijeron que estaban dispuestos a cooperar con las otras potencias para acabar con la amenaza que ponía en peligro la paz mundial.

Al día siguiente, el gobierno británico propuso que se celebrara en Londres una Conferencia naval internacional para examinar los aspectos preliminares del problema. La inclinación de algunos de estos invitados a sutilizar acerca del local no prosperó, debido a la contraria disposición del ánimo del público. La Conferencia se reunió en Westminster a los tres días de su anuncio, y, en lo que a Inglaterra se refería, no era demasiado pronto. Durante esos tres días se cancelaron totalmente los pasajes en barco; las compañías aéreas se vieron abrumadas de peticiones, viéndose forzadas a hacer listas de prioridad, y el gobierno tuvo que tasar la venta de carburantes de todas las clases, imponiendo un sistema de racionamiento para servicios esenciales.

El día antes de la apertura de la Conferencia, Phyllis y yo nos reunimos a comer.

-Deberías haber visto Oxford Street -dijo ella-. Se habla de pánico en las compras. Sobre todo, del algodón. Todo se está vendiendo a doble precio, y se están sacando los ojos por cosas que la última semana no tenían valor alguno.

-Por lo que me dijeron en la City -le respondí-, eso es bueno. Así se tiene el control de las líneas de navegación por pocos chelines; pero no se puede comprar nada de los artículos que llegan de fuera por barco. Ni el acero, ni el caucho, ni los plásticos... Lo único que parece que no sube es la cerveza.

-Vi a un hombre y a una mujer, en Piccadilly, cargando dos sacos de café en un Rolls. Y allí había...

Se interrumpió de repente, como silo que ya había estado diciendo acabase de fijarse en su mente.

-¿Te desprendiste de la parte que tía Mary te dejó de las plantaciones jamaicanas? -inquirió, con la expresión que ella adopta cuando hace las cuentas de los gastos mensuales.

-Hace ya tiempo -dije tranquilizandola-. Cosa extraña: todo lo invertí en acciones de fabricas de aeroplanos y de plásticos.

Asintio aprobadora con la cabeza, como si la inversion la hubiese efectuado ella. Luego se le ocurrió otra cosa.

-¿Qué hay de las entradas para la conferencia de Prensa de mañana? -preguntó.

-Que *no hay* para la conferencia propiamente dicha -respondí-. Habrá un informe más tarde.

Me miró.

-*¿Que no hay?* ¡Por los clavos de Cristo! ¿Cómo esperan que hagamos nuestro trabajo?

Cuando Phyllis decía «nuestro trabajo», las palabras no se relacionaban exactamente con lo que hubieran significado algunos días antes. En cierto modo, el trabajo cambiaba de calidad bajo nuestros pies. La tarea de convencer al público de la realidad de la amenaza invisible e indescriptible, habíase convertido de repente en la tarea de mantener viva la moral frente a una amenaza que ahora aceptaban todos hasta llegar al pánico. La E.B.C. había puesto en antena un espacio titulado *News-Parade*, en el que nosotros aparecíamos interpretando el papel de dos corresponsales oceánicos especiales, sin que supiéramos exactamente cómo había ocurrido eso. En realidad, Phyllis nunca había pertenecido al cuadro informativo de la E.B.C. y yo, técnicamente, había dejado de pertenecer a ella cuando cesé, oficialmente, para abrir un despacho dos años antes aproximadamente. Nadie, sin embargo, parecía estar al tanto de esto, excepto el departamento de contabilidad, que ahora nos pagaba por espacios en lugar de por meses. De todas formas, no hubiera habido mucha liberalidad en nuestras asignaciones si no hubiésemos estado tan próximos a las fuentes de dotaciones oficiales. Phyllis continuaba mascullando por lo bajo cuando la dejé para regresar al despacho que, oficialmente, no tenía en la E.B.C.

Durante los días siguientes, interpretamos lo mejor que supimos nuestro papel de inculcar la idea de manos firmes sobre el volante y la de los individuos que habían producido el radar y otras maravillas, asintiendo confiadamente y diciendo, en efecto: «Seguro. Denos sólo unos cuantos días para pensar y construiremos algo que afirmará este lote».

Había un sentimiento satisfactorio en que esta confianza fuese restablecida gradualmente.

Tal vez, el principal factor estabilizador surgiese, no obstante, de una diferencia de opiniones que se manifestó en una de las comisiones técnicas.

Se había conseguido el acuerdo general de que un arma semejante al torpedo, designada para dar escolta sumergida a un navío, podría desenvolverse provechosamente a fin de oponerse a la supuesta mina en forma de ataque. Se aprobó la moción de que se proporcionaría toda la información necesaria para ayudar al desenvolvimiento de tal arma.

Los delegados rusos objetaron. En cualquier caso, el control a distancia de los *missiles*, indicaron, era un invento ruso, naturalmerite. Más aún: los científicos rusos, celosos en su lucha por la paz, habían desarrollado ya tal control a un grado muy superior con anterioridad al conseguido por la ciencia capitalista occidental. Apenas podía esperarse que los soviets hicieran obsequio de sus descubrimientos a los inductores de guerras.

El interlocutor occidental replicó que, con respecto a la intensidad de la lucha por la paz y el fervor con que se llevaba a cabo en todos los departamentos de la ciencia soviética, excepto, por supuesto, en el biológico, Occidente recordaría a los soviets que ésta era una Conferencia de pueblos enfrentados con un peligro común y resueltos a unirse estrechamente para conseguir una cooperación eficaz.

El jefe ruso respondió francamente que él dudaba de que si en el Occidente se hubiese conseguido un medio de controlar un *missil* sumergido por radio, tal como había sido inventado por los ingenieros rusos, se preocuparían de compartir tal conocimiento con el pueblo ruso.

El interlocutor occidental aseguró al representante soviético que, puesto que Occidente había convocado la Conferencia con el propósito de cooperación, el control que mencionaba el delegado soviético se establecería tal y como él indicaba.

Tras una consulta precipitada, el delegado ruso anunció que aunque él creía que tal pretensión era cierta, sabía también que tal hecho tendría efecto a través del hurto de la labor de los científicos rusos por los asalariados capitalistas. Y puesto que ni los informes ni la admisión de un eficaz espionaje mostraban ese desinterés en la ventaja nacional que la Conferencia había propagado, a su delegación no le quedaba otra alternativa que la de retirarse.

Esta acción, con sus alentadores toques de normalidad, ejerció una valiosa influencia tranquilizadora.

En medio de amplia satisfacción y resucitada confianza, la voz de Bocker, disintiendo, se alzó casi solitaria.

Proclamó que era tarde, pero que aún podía no ser demasiado, para realizar un último intento hacia un acercamiento pacífico a las fuentes de perturbación. Ellos habían demostrado ya que poseían una tecnología igual, si no superior, a la nuestra. En un tiempo alarmantemente breve, ellos habían sido capaces no sólo de establecerse, sino de realizar los medios de llevar a cabo una acción efectiva para su defensa. Frente a tal principio, estaba justificado considerar sus poderes con respeto y, por parte suya, con aprensión.

Las muy diferentes circunstancias que ellos requerían hacía parecer increíble que los intereses humanos y los de esas inteligencias

xenobáticas necesitasen acomodarse seriamente. Antes que fuera demasiado tarde, deberían realizarse los máximos esfuerzos para establecer contacto con ellos, con el fin de promover un estado de compromiso que consintiera a ambas partes vivir pacíficamente en sus separadas esferas.

Seguramente, ésta era una sugerencia muy sensible..., aunque era un asunto diferente que el intento diera alguna vez el resultado deseado. Aunque no existía resolución de compromiso de ninguna clase, no obstante, la única prueba de que su apelación había sido escuchada fue que empezaron a utilizarse en la prensa las palabras «xenobático», «xenóbato» y su diminutivo «bato».

-Más honrado en el diccionario que en el acatamiento -observó Bocker con cierta amargura-. Pero si en lo que están interesados es en las palabras griegas, hay muchas otras; por ejemplo, Casandra.

Ahogando las palabras de Bocker, pero con un significado que no se reconoció inmediatamente, llegaron las primeras noticias de Saphira y, luego, de April Island.

Saphira, isla brasileña del Atlántico, está situada un poco al sur del ecuador y algo así como a setecientos kilómetros al sudeste de la isla, mucho mayor, de Fernando de Noronha. En este lugar aislado vive en condiciones primitivas una población compuesta de cien habitantes aproximadamente, mantenidos por sus propios esfuerzos, contentos de seguir sus propios derroteros y muy poco interesados por lo que ocurre en el resto del mundo. Se rumorea que los primitivos habitantes de la isla constituían un pequeño grupo que, llegado allí tras el naufragio de un buque en pleno siglo XVIII, hubo de permanecer forzosamente en el lugar. Cuando pasó el tiempo, descubrieron que se habían acomodado a la vida de la isla y que se habían convertido en unos nativos interesantes. Al correr de los años, y sin saber ni preocuparse en absoluto de ello, dejaron de ser portugueses y se transformaron técnicamente en ciudadanos brasileños, y su conexión con su nuevo país materno se mantenía por medio de un barco que, cada seis meses, hacia escala allí para el cambio de productos.

Normalmente, el barco visitante no tenía más que tocar sus sirenas para que los saphiros salieran corriendo de sus cabañas y bajasen al diminuto muelle, donde tenían amarradas sus barcazas de pesca, y formar con ellas una pequeña comisión receptora que incluía a casi toda la población. En esta ocasión, sin embargo, la sirena tocó inútilmente, invadiendo con sus sones la pequeña bahía: las gaviotas acudieron en bandadas, pero no apareció ningún saphirano en la puerta de su cabaña. El barco repitió el toque de sirena...

La costa de Saphira es escarpada. El barco no puede acercarse a menos de un cable de longitud del muelle; pero no se veía a nadie..., no, y lo que aún infundía más asombro era que no se veía traza alguna de humo en las chimeneas de las cabañas.

Se lanzaron al agua una lancha y un grupo, al mando del contramaestre, y navegaron hasta el muelle. Cuando llegaron a la costa,

desembarcaron y subieron los peldaños de piedra hasta el pequeño muelle. Allí permanecieron agrupados, escuchando, sin salir de su asombro. No se oía ningún ruido, a excepción de los chillidos de las gaviotas y el golpear del agua contra la costa.

-Deben de haberse marchado todos. No están sus barcazas -dijo uno de los marineros, inquieto.

-¡Hum! -exclamó el contramaestre.

Respiró profundamente y lanzó un fuerte graznido, como si tuviera más fe en sus propios pulmones que en la sirena del barco.

Escucharon, esperando una respuesta; pero nada hubo, excepto el eco de la propia voz del contramaestre, que regresaba a través de la bahía.

-¡Hum! exclamó de nuevo el contramaestre-. Será mejor que echemos un vistazo.

El malestar que se había apoderado del grupo hizo que se mantuvieran unidos. Siguieron al contramaestre, formando un manojo cuando éste se dirigió hacia la más cercana de las cabañitas, construida de piedra. La puerta estaba medio abierta. La empujó.

-¡Puaf! -exclamó.

A su nariz había llegado el olor de varios peces podridos que estaban en una bandeja. Por lo demás, el lugar era amplio y, dentro del estilo saphirano, razonablemente limpio. No existían señales de desorden ni de marcha precipitada. En la habitación interior, las camas estaban hechas, preparadas para dormir en ellas. Aquello producía la impresión de que los habitantes se habían marchado hacía escasas horas, pero el pescado y la falta de fuego en la chimenea, llena de cenizas, lo desmentían.

En la segunda y en la tercera cabaña había el mismo aire de impremeditada ausencia. En la cuarta encontraron, en la habitación interior, un bebé muerto en su cuna. El grupo regresó al barco, extrañado y subyugado.

Por radio, se informó a Río de la situación. Río, en su contestación, sugirió una investigación a fondo por la isla. La tripulación emprendió la tarea de mala gana y con tendencia a permanecer siempre en grupo; pero, como nada temeroso se reveló a ellos, fueron ganando confianza poco a poco.

Durante el segundo día de los tres que duró la investigación, descubrieron un grupo de cuatro mujeres y seis niños en dos cuevas de la ladera de una colina. Todos llevaban muertos varias semanas, al parecer por inanición. Al finalizar el tercer día, estaban convencidos de que si existiera en la isla una persona viva, tenía que estar muy bien escondida. Fue sólo entonces, sobre notas comparativas, cuando se dieron cuenta también de que no habría más de una docena de ovejas y dos o tres de cabras del ganado normal de la isla, que se componía de varios centenares.

Dieron sepultura a los cadáveres que habían encontrado, radiaron un amplio informe a Río, y luego, se hicieron de nuevo a la mar, dejando a Saphira, con sus escasos animales vivos, en manos de las gaviotas.

A su debido tiempo, la noticia surgió a través de las agencias, ocupando poco espacio en los periódicos. Nadie se preocupó de hacer investigación más a fondo sobre el asunto.

El caso de la April Island salió a la luz de forma muy distinta y hubiera podido continuar sin descubrir durante mucho tiempo, a no ser por la coincidencia de interés oficial por el lugar.

El interés se despertó por la existencia de un grupo de javaneses descontentos, calificados indistintamente como contrabandistas, terroristas, comunistas, patriotas, fanáticos, gángsters o, simplemente, rebeldes, que, cualquier que fuera su verdadera filiación, operaban en una escala bastante modesta. Durante muchos años habían permanecido en la clandestinidad; pero, recientemente, un informador había conseguido alarmar a las autoridades con la noticia de que se habían apoderado de April Island. Las autoridades ordenaron inmediatamente su captura.

Para reducir el riesgo que pudieran correr algunas personas inocentes que estaban sirviendo de rehenes a los bandidos, el acercamiento a April Island se hizo de noche. A la luz de las estrellas, la lancha torpedera alcanzó tranquilamente una pequeña bahía, que estaba oculta del pueblo principal por un promontorio. Allí un grupo bien armado, acompañado por el informador, que debía actuar como guía, desembarcó con la misión de tomar el pueblo por sorpresa. Luego, la lancha desatracó y, siguiendo a lo largo de la costa, se ocultó detrás del promontorio a 1a espera de que el grupo desembarcado le hiciera señales de que interviniera y dominara la situación.

Se había calculado en tres cuartos de hora el tiempo que tardaría el grupo en cruzar el istmo, y luego, tal vez otros diez o quince minutos para situarse dentro del pueblo. Sin embargo, no habían pasado cuarenta minutos cuando los hombres a bordo de la lancha torpedera oyeron el primer estampido de fusil automático, seguido por varios más.

Perdido el elemento sorpresa, el mando ordenó que se extendieran ampliamente a vanguardia; pero, aunque la lancha se dirigió hacia donde sonaron los disparos, quedó detenida por un extraño y resplandeciente estallido. Los hombres de la torpedera se miraron unos a otros con las cejas alzadas: el grupo que había desembarcado no había llevado consigo más armas mortales que los fusiles automáticos y las granadas de mano. Hubo una pausa; a continuación, el martilleo de los fusiles automáticos empezó otra vez. Ahora se continuó mucho más tiempo disparando intermitentemente, hasta que terminó de nuevo por un estallido similar.

La lancha torpedera contorneó el promontorio. A la difusa luz era difícil averiguar nada de lo que pasaba en el pueblo, situado a unos cuatro kilómetros. Por el momento, todo estaba oscuro. Luego, surgió un resplandor, y otro, y llegó a sus oídos otra vez el sonido de los disparos. La lancha torpedera, navegando al máximo de velocidad, barrió la costa con sus potentes reflectores. El pueblo y los árboles que se alzaban detrás de él brotaron repentinamente como una construcción de juguete. No había ninguna figura visible entre las casas. La única señal de actividad era cierto hervor y agitación en el agua, a pocos metros de la orilla. Alguien dijo más tarde haber visto una mancha oscura y encorvada sobre el agua, un poco a la derecha de ellos.

Acercándose a la costa tanto como le fue posible, la lancha torpedera lanzó sus reflectores sobre las cabañas y sus alrededores. Todo lo iluminado por los rayos luminosos tenía líneas duras, y parecía dotado de una calidad curiosamente brillante. El hombre que servía los cañones seguía con atención al rayo de luz, con los dedos agarrotados sobre el disparador. La luz hizo unas cuantas pasadas más bajas y, luego, se paró. Iluminaba varios fusiles automáticos que yacían sobre la arena, muy próxima a la orilla del agua.

Por el altavoz se dejó oír una voz estentórea llamando, desde cubierta, al grupo desembarcado. Nadie contestó. El reflector hizo un nuevo barrido, internándose entre las casas, entre los árboles. Nada se movía allí. La mancha luminosa regresó a la playa y se posó sobre las arenas abandonadas. El silencio parecía hacerse más profundo.

El comandante de la lancha torpedera se negó a desembarcar hasta que amaneciera. La lancha echó el ancla. Permanecería allí el resto de la noche, con el reflector hacia el pueblo, dándole la apariencia de un escenario en el que aparecerían en cualquier momento los actores para empezar la representación; pero nadie hizo acto de presencia.

Cuando fue completamente de día, el primer oficial, con un grupo de cinco hombres armados, se dirigió cautelosamente a la costa, protegido por los cañones del barco. Desembarcaron cerca de las armas abandonadas y las cogieron para examinarlas. Todas estaban cubiertas de una delgada capa de sustancia viscosa. Los hombres las pusieron en el bote, limpiándose después las manos, impregnadas de aquella sustancia.

La playa estaba marcada en cuatro sitios por anchos surcos que iban de la orilla del agua hacia las cabañas. Estaban hechos por algo que tenía unos dos metros y medio de ancho, y en parte curvado. La profundidad en su centro era de unos diez o doce centímetros; la arena, en los bordes, formaba un ligero banco por encima del nivel de la arena de los alrededores. El primer oficial pensó que cada surco podía haber sido hecho por un ancho caldero que hubiera sido arrastrado a través de la parte delantera de la costa. Examinándolos más atentamente, decidió, por la forma de la arena, que, aunque uno de los surcos iba hacia el agua, los otros tres salían indudablemente de ella. Era un descubrimiento que le obligó a mirar hacia el pueblo con creciente cautela. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que la escena que había brillado extrañamente a la luz del reflector continuaba brillando extrañamente. La contempló con curiosidad durante algunos minutos. Luego, se encogió de hombros. Se colocó la culata de su fusil automático cómodamente debajo del brazo derecho y, lentamente, con los ojos mirando a derecha e izquierda para captar el menor movimiento, condujo al grupo playa arriba.

El pueblo estaba formado por un semicírculo de cabañas de diferentes modelos, que rodeaban un amplio espacio abierto, y cuando ellos llegaron y se acercaron más, comprendieron claramente la razón de aquel brillo extraño. El suelo, las mismas cabañas y los árboles que las rodeaban también, estaban cubiertos de la misma sustancia viscosa que habían observado en las armas.

El grupo avanzó cauta y lentamente hasta que alcanzó el centro del espacio abierto. Allí se pararon, sin separarse, mirando y examinando,

atentamente, cada centímetro de terreno. No había ruido ni movimiento, sino unas pocas hojas que se mecían suavemente a la brisa mañanera. Los hombres comenzaron a respirar más uniformemente.

El primer oficial apartó su mirada de las cabañas y examinó el suelo. Estaba cubierto de una ancha capa de pequeños fragmentos de metal, la mayoría de ellos curvados, todos brillantes debido a la sustancia viscosa. Volvió uno por curiosidad con la punta del pie, pero no le dijo nada. Contempló de nuevo las chozas, decidiéndose por la mayor.

-Efectuaremos un registro -dijo.

La fachada principal brillaba intensamente. Empujó con el pie la puerta, abriéndola, y se introdujo en la cabaña. Había poco desorden. Sólo un par de utensilios caídos sugerían una huida precipitada. Nadie, ni vivo ni muerto, permanecía en la casa.

Salieron de allí. El primer oficial miró la cabaña de al lado; hizo una pausa, y volvió a mirarla con más atención. Dio la vuelta a su alrededor para examinar el lateral de la cabaña, en la que ya había entrado. La pared estaba completamente seca y limpia de sustancia viscosa. Examinó de nuevo los alrededores.

-Parece como si todo hubiese sido rociado con esta porquería por algo situado en el centro del espacio abierto -dijo.

Un examen más detallado confirmó la idea, pero no los llevó mucho más lejos.

-Pero ¿cómo? -preguntó el oficial, meditativo-. Y también, ¿qué?... ¿Y por qué?

-Algo salió del mar-dijo uno de los marineros, mirando hacia atrás intranquilo, hacia el agua.

-¿Algo?... Tres por lo menos -le corrigió el primer oficial.

Regresaron al centro del abierto semicírculo. Era evidente que el lugar estaba desierto y, al parecer, no podía averiguarse nada más por el momento.

-Recoged unos cuantos trozos de este metal... Puede significar algo para alguien -ordenó el oficial.

Él mismo entró en una de las cabañas, encontró una botella vacía, echó dentro de ella cierta cantidad de aquella sustancia viscosa y la taponó.

-Esta materia empieza a oler mal ahora que el sol actúa sobre ella -dijo cuando regresó-. Ya podemos marcharnos de aquí. No se puede hacer nada más.

De regreso a la lancha torpedera, sugirió que un fotógrafo podría sacar fotos de los surcos de la playa, y mostró al capitán sus trofeos, limpios ahora de sustancia viscosa.

-Extraña materia, capitán -dijo, cogiendo un trozo del grueso y brillante metal-. Una lluvia de ellos por los alrededores -añadió, y lo golpeó con un nudillo-. Suena como plomo y pesa como una pluma. Su vista deslumbra. ¿Ha visto usted alguna vez algo semejante a esto, capitán?

El comandante del barco negó con la cabeza. Observó que el mundo parecía estar lleno por aquellos días de metales extraños.

En aquel momento regresaba el fotógrafo de la playa. El capitán decidió:

-Tocaremos varias veces la sirena. Si nadie aparece, será mejor que desembarquemos en otra parte de la isla, a ver si encontramos a alguien que pueda explicarnos qué ha sucedido.

Un par de horas después, la lancha torpedera entraba cautelosamente en una bahía de la costa nordeste de April Island. Un pueblecito similar se veía en una explanada, cerca de la orilla del mar. La similitud fue incómodamente acentuada por una ausencia de vida, así como por la presencia de una playa con cuatro anchos y desagradables surcos que iban hasta la orilla del mar.

Sin embargo, una investigación más a fondo mostró algunas diferencias: de estos surcos, dos habían sido hechos por algunos objetos ascendiendo la playa; los otros dos, al parecer, estaban hechos por los mismos objetos descendiéndola. No había trazas de sustancia viscosa en el pueblo desierto ni en sus alrededores.

El comandante se inclinó, con el ceño fruncido, sobre sus mapas. Indicó otra bahía.

-Perfectamente. Vamos allá e intentémoslo otra vez -dijo.

En esta ocasión no se veían surcos en la playa, aunque el pueblo estaba completamente desierto. De nuevo la sirena del barco lanzó su estridente y apeladora llamada. Examinaban la escena con los prismáticos, cuando el primer oficial, ampliando su campo visual, lanzó una exclamación:

-Hay un individuo en aquel cerro, capitán. Agita una camisa o algo.

El comandante dirigió sus prismáticos hacia el lugar indicado.

-Veo otros dos o tres, un poco a la izquierda del primero.

La lancha torpedera tocó por dos veces la sirena y se acercó a la costa. Se echó el bote al agua.

-No desembarquen hasta que ellos lleguen -ordenó el capitan-. Averigüen si hay alguna epidemia antes de ponerse en contacto con ellos.

Él se quedó vigilando desde el puente. A su debido tiempo, un grupo de nativos, ocho o nueve, apareció por entre los árboles, a un par de cientos de metros al este del pueblo, y saludó a gritos a los del bote. Corrieron en dirección a él. A continuación, hubo gritos y contragritos por ambas partes, y el bote se acercó a la playa, encallando en ella. El primer oficial saludó con la mano a los nativos, pero ellos retrocedieron hasta la linde de los árboles. El primer oficial avanzó por la playa y cruzó el arenal para hablar con ellos. Tuvo lugar una animada discusión. La invitación hecha a algunos de ellos para que visitaran la lancha torpedera fue declinada con vigor. El primer oficial volvió a descender a la playa solo, y el grupo de desembarco regresó a la lancha torpedera.

-¿Qué pasa allí? -preguntó el comandante cuando se acercó el bote.

El primer oficial alzó la cabeza y le miró:

-No quisieron venir, capitán.

-¿Qué les sucede?

-Están bien, capitán; pero dicen que el mar no es seguro.

-Han podido ver que es bastante seguro para nosotros. ¿Qué quieren decir con eso?

-Dicen que han sido atacados varios pueblos costeros, y creen que ellos pueden serlo de un momento a otro.

-¿Atacados?... ¿Por quién?

-Pues... tal vez si usted fuera a hablar con ellos, capitán...

-Les mandé un bote para que vinieran aquí a hablar conmigo... Eso debió bastarles.

-Temo que no vengan, capitán, a menos que los traigan a la fuerza.

El capitán frunció el ceño.

-¿De *qué* están asustados?... ¿Quién organizó ese ataque?

El primer oficial se humedeció los labios; sus ojos se posaron en los de su capitán.

-Ellos..., ellos dicen que... ballenas, capitán.

-¿Cómo?... ¿*Qué* dicen? -preguntó.

El primer oficial pareció incómodo.

-Pues... ya lo sé, capitán. Pero es justamente *lo que dicen*. Si..., ballenas y... ¡ejem!..., gigantescas medusas. Creo que si usted hablase con ellos, capitán...

Las noticias sobre lo ocurrido en April Island no «irrumpieron» exactamente, en el justo sentido de la palabra. La curiosidad sobre un promontorio que no se encontraba en la mayoría de los atlas no duró mucho tiempo, y las breves líneas que se publicaron en los periódicos no tardaron en caer en el olvido. Posiblemente no hubiera atraído la atención ni hubiera sido recordado más tarde, a no ser por el azar de que un periodista norteamericano, que por casualidad se hallaba en Yakarta, descubriera la historia por sí mismo, hiciera un meditado viaje a April Island y escribiese el hecho para una revista semanal.

Un editor, al leerlo, recordó el incidente de Saphira, encadenó los dos hechos y dio la voz de alarma de un nuevo peligro en un periódico dominical. Por casualidad, ese artículo precedió en un día al comunicado más sensacional emitido por el Standing Committee for Action, con el resultado de que las profundidades ocuparan, una vez más, los principales titulares de los periódicos. Por otra parte, el término «profundidades» era más comprensible que anteriormente, porque se anunció que los barcos perdidos durante el último mes habían sido de gran tonelaje, y tan profundos los lugares donde habían ocurrido los hundimientos, que mientras no se llevasen a cabo unos medios de defensa mas eficaces, todos los navíos debían ser advertidos muy seriamente para que evitaran cruzar las aguas profundas y permanecieran, dentro de lo posible, en las áreas de las costas continentales.

Era evidente que el Committee no hubiera sacado a la luz un asunto que ya estaba archivado, de no tener las más serias razones. No obstante, las compañías interesadas en los negocios navieros pusieron el grito en el cielo, acusándole desde derrotista y alarmista hasta interesado en los negocios aéreos. Protestaron, diciendo que, si seguían tal consejo, eso significaría cambiar radicalmente las rutas seguidas por los transatlánticos, haciéndolos navegar por aguas de Islandia y Groenlandia, costear el golfo de Vizcaya y la costa de África Occidental, etc. El comercio transpacífico se haría imposible, y Australia y Nueva Zelanda quedarían aisladas. Que el Committee se hubiese lanzado a dar semejante consejo,

sin consultar con todas las partes interesadas, demostraba una chocante y lamentable falta de sentido de responsabilidad. Tales medidas, inspiradas en el pánico, llevarían, si se pusieran en práctica, a un paro total del comercio marítimo mundial. Un consejo que nunca podía ponerse en práctica, nunca debió darse.

El Committee rechazó desdeñosamente el ataque. Dijo que no había ordenado. Había sugerido, sencillamente, que, en lo posible, los navíos evitaran el cruzar cualquier extensión de agua donde la profundidad excediese los tres mil trescientos metros, evitando de tal forma exponerse a innecesarios peligros.

Los propietarios de buques replicaron que eso era decir lo mismo con diferentes palabras, y su caso, aunque no su causa, estaba apoyado por la publicación en casi todos los periódicos de mapas esquemáticos, que mostraban precipitadas y a veces variadas impresiones de la línea de tres mil trescientos metros.

Antes que el Committee fuese capaz de responder con palabras aún diferentes, el transatlántico *Sabina* y el mercante alemán *Vorpommern* desaparecieron el mismo día -uno, en el Atlántico medio; otro, en el sur del Pacífico- y la respuesta resultó ya superflua.

La noticia de los hundimientos se anunció en el boletín de las ocho de la mañana de un sábado. Los periódicos del domingo sacaron toda la ventaja posible de su oportunidad. Por lo menos, seis de ellos azotaban a la incompetencia oficial con un gusto muy siglo XVIII, y ponían una pica en Flandes.

El miércoles telefoneé a Phyllis.

Acostumbraba a reunirme con ella periódicamente, cuando teníamos trabajo más extenso de lo acostumbrado en Londres, porque ella no podía resistir los trabajos de la civilización sin interrumpirlos para un refrigerio. Resultaba que yo estaba libre; también me habían pagado; si no, ella se hubiera disparado para hablar con naturalidad sobre sí misma. Por lo regular, ella regresaba espiritualmente muy acicalada en el curso de una o dos semanas. Sin embargo, esta vez la comunión había durado casi una quincena, y no había señales de postal que, de costumbre, precedía brevemente a su regreso, cuando no llegaba al día siguiente.

El teléfono de Rose Cottage sonó desesperadamente durante un buen rato. Ya estaba a punto de colgar cuando ella contestó.

-¡Hola, querido! -exclamó su voz.

-Podía haber sido el carnicero o el recaudador de impuestos -le reproché.

-Ellos hubieran colgado más rápidamente. Siento haberte hecho esperar. Estaba ocupada afuera.

-¿Cavando en el jardín? -pregunté, esperanzado.

-No, no es eso. Estaba poniendo ladrillos.

-Esta línea está mal. He oído que estabas poniendo ladrillos.

-Exactamente, querido.

-¡Oh, poniendo ladrillos! -exclamé.

-Es muy fascinante cuando se pone una a hacerlo. ¿Estás enterado de que hay muchas clases de cemento: cemento Flemish, cemento inglés y

otros varios? También existen unas cosas que se llaman «ladrillos», y otras llamadas...

-¿Qué es eso, querida? ¿Una lección de albañilería?... ¿Estás haciendo un cobertizo para las herramientas?

-No, solamente una pared, como Balbus y míster Churchill. Leí en alguna parte que, en momentos de nerviosismo y depresión, míster Churchill lo hacía así para recuperar la calma, y yo pensé que lo que era bueno para calmar a míster Churchill, también habría de serlo para calmarme a mí.

-Bien, espero que te hayas curado tu nerviosismo.

-¡Oh! Claro que sí. Está muy apaciguado. Me gusta la forma en que se pone el ladrillo sobre el cemento y luego...

-Querida, los minutos corren. Te he telefoneado para decirte que te necesitamos aquí.

-¡Oh, es muy amable por tu parte, querido! Pero dejar un trabajo a medio terminar...

-No soy yo...; quiero decir que soy yo, pero no solo. La E.B.C. quiere celebrar una entrevista con nosotros.

-¿Sobre qué?

-No lo sé realmente. Se muestran cautelosos, pero insistentes.

-¡Oh! ¿Cuándo quieren vernos?

-Freddy sugirió que cenáramos juntos el viernes. ¿Podrás estar libre para ese día?

Hubo una pausa.

-Sí. Creo que podré terminar... Perfectamente. Saldré en el tren que llega a Paddington alrededor de las seis.

-Bien. Iré a esperarte. También existe otra razón, Phyl.

-¿Cuál?

-La arena movediza, querida. La tapa sin volver. El dedal deslustrado. Las gotas tristes e insípidas de la clepsidra de la vida. La...

-Mike, tú has estado ensayando.

-¿Qué otra cosa podía hacer?

Llegamos solamente con veinte minutos de retraso, pero Freddy Whittier daba la impresión de haber estado seco durante varias horas por la urgencia con que nos arrastró al bar. Desapareció detrás del mostrador con una violencia perfectamente controlada y reapareció al momento con una selección de copas dobles y sencillas de jerez en una bandeja.

-Primero, dobles -dijo.

Pronto se aclaró su mente. Pareció más él mismo, y observaba las cosas. Así es que se fijó en las manos de Phyllis: en los raspados nudillos de la derecha y en la ancha mancha de yeso en la izquierda. Frunció el ceño y pareció a punto de hablar, pero lo pensó mejor. Yo le observaba atentamente, viendo cómo examinaba mi semblante y luego mis manos.

-Mi esposa -expliqué- ha estado en el campo. Ya sabe que ha empezado ya la temporada de hacer reformas de albañilería.

Pareció aliviado más que interesado.

-¿No existe nada en la mente de la vieja pareja? -inquirió, mostrando indiferencia.

Negamos con la cabeza.

-Bueno, porque tengo un trabajo para ambos -dijo.

Continuó su exposición. Al parecer, uno de los capitostes de la E.B.C. tenía que hacerles una proposición. Este capitoste había estado cavilando durante algún tiempo, según todos los indicios, en que había llegado ya el momento de hacer una descripción detallada, publicar algunas fotografías y dar una prueba definitiva de las criaturas de las profundidades.

-Un hombre con vista -dije-. Durante los últimos cinco o seis años...

-Calla, Mike -me interrumpió, tajante, mi esposa.

-En su opinión -continuó Freddy-, las cosas han alcanzado ahora su punto culminante, y él está dispuesto a invertir su dinero siempre que sirva para conseguir una información valiosa. Al mismo tiempo, no ve por qué no podría obtener algún beneficio de la información si es rápida. Así, pues, se propone organizar y enviar una expedición para descubrir lo que se pueda..., y, por supuesto, todo cuanto se consiga será de su exclusiva propiedad; es decir, tendrá los derechos exclusivos de toda información. De paso he de decirles que esto es altamente confidencial: no queremos que la B.B.C. se nos adelante.

-Escuche, Freddy -dije-: durante varios años todo el mundo ha estado tratando de hacer algo, no sólo la B.B.C. ¿Por qué el...?

-¿Expedición adónde? -preguntó, más práctica, Phyllis.

-Ésa, naturalmente, será nuestra primera cuestión. Pero él no lo sabe. La entera decisión sobre una localidad está en manos de Bocker.

-¡Bocker! -salté-. ¿Se ha convertido en intocable o algo así?

-Su prestigio se ha recuperado un poco -admitió Freddy-. Y respecto a ese individuo, dijo el capitoste: «Si dejamos a un lado todo lo que parece no tener sentido, no hay duda alguna de que las afirmaciones de Bocker alcanzan una alta categoría...»; en todo caso, más alta que cualquier otra. Así pues, fue en busca de Bocker y le dijo: «Escuche: ya sabe usted las cosas que han ocurrido en Saphira y en April Island. ¿Dónde cree usted verosímil que ocurra la próxima... o, en todo caso, la inmediata?». Como es lógico, Bocker no fue capaz de decírselo. Pero hablaron. Y el resultado de esa conversación fue que el capitoste ha financiado una expedición, dirigida por Bocker, a una región que elegirá Bocker. Y es más: Bocker también selecciona el personal. Y parte de la selección, con el asenso de la E.B.C. y la aprobación de ustedes, podrían formarla ustedes dos.

-Bocker siempre fue mi ógrafo favorito -dijo Phyllis-. ¿Cuándo hemos de partir?

-Espera un momento -le interrumpí-. En cierta época, los viajes oceánicos se recomendaban como muy saludables. Recientemente, sin embargo, lejos de ser saludables...

-Aire -me interrumpió Freddy-. Nada más que aire. Indudablemente, la gente carece de mucha información respecto a las cosas que suceden, pero nosotros preferiríamos que ustedes estuvieran en situación de comprenderlas.

Phyllis, durante la noche, mostró a intervalos un aire abstracto.

Cuando regresamos a casa, le dije:

-Si tú crees que no debemos..

-Tonterías. Naturalmente que iremos -respondió-. ¿Crees tú que la «financiación» significa que podremos obtener ropa adecuada y otras cosas a cargo de ella?

-Me gusta estar ociosa... al sol -dijo Phyllis.

Desde donde estábamos sentados, a una mesa, bajo una sombrilla, delante del misteriosamente titulado Gran Hotel Britannia y de la Justicia, era posible permanecer en ociosa contemplación de la tranquilidad y de la actividad. La tranquilidad estaba a nuestra derecha. El agua, inmensamente azul, se extendía y brillaba millas y millas hasta alcanzar la lejana y abrupta raya del horizonte. La costa, que era redonda como un jarrón, terminaba en un promontorio cuajado de palmeras, que temblaba como un espejismo bajo la neblina del calor. Un panorama que no había cambiado desde la época que pertenecía al dominio español.

A la izquierda estaba la actividad, un despliegue de vitalidad, propio de la capital y única ciudad de la isla La Escondida.

El nombre de la isla se debía, probablemente, a algún barco errabundo que, en tiempos remotos, había tocado por casualidad en una de las islas Caimanes, tras pasar numerosas vicisitudes. Contra viento y marea, había sabido conservar el nombre, así como sus costumbres españolas. Las casas parecían españolas; el temperamento poseía calidad española; el idioma era más español que inglés, y, desde donde estábamos sentados, en un rincón del amplio espacio abierto, conocido indistintamente por La Plaza o el *Square*, la iglesia, situada al otro extremo, con los brillantes azulejos de la fachada, era evidente que estaba sacada de un libro de pinturas español. La población, sin embargo, era en cierto modo un poco menos española; se alineaba desde el blanco tostado o mulato al negro carbón. Solamente un buzón británico, de color rojo fuerte, le preparaba a uno para la sorpresa de enterarse que el lugar se llamaba Smithtown..., y hasta eso resultaba un tanto novelesco cuando uno se enteraba también de que el conmemorado Smith fue nada menos que un pirata de reconocida fama.

Detrás de nosotros, y también detrás del hotel, se alzaba una de las dos montañas que hacen de La Escondida una isla en pendiente, y que surgía a lo lejos como un picacho desnudo con una bufanda de verdor sobre los hombros. Entre la base de la montaña y el mar se extendía una llanura rocosa, donde la ciudad apiñaba sus edificios.

También allí se apiñaba, desde hacia cinco semanas, la expedición Bocker.

Bocker había elaborado un sistema de probabilidades de su propia inventiva. Finalmente, sus eliminaciones le habían proporcionado una lista de diez islas como las más verosímiles de ser atacadas, y el hecho de que cuatro de ellas estuvieran en el área del Caribe había fijado nuestro curso.

A eso fue a lo que llegó sobre el papel, y lo que nos condujo a todos a Kingston, capital de Jamaica. Allí permanecimos durante una semana en compañía de Ted Jarvey, el fotógrafo; Leslie Bray, el registrador, y Muriel

Flynn, una de los ayudantes técnicos femeninos, mientras el propio Bocker y sus dos ayudantes masculinos volaban en un avión de reconocimiento armado, que las autoridades pusieron a su disposición, y examinaban con todo detenimiento las atracciones rivales de Grand Cayman, Little Cayman, Cayman Brac y La Escondida. El razonamiento que condujo a Bocker a elegir finalmente La Escondida fue, sin duda alguna, muy exacto; así que pareció una pena que, dos días después que el avión hubiese terminado de transportarnos con nuestros aparatos a Smithtown, fuese un pueblo grande de Grand Cayman el que sufriese, de aquellos lugares, la primera incursión.

Pero si aquello nos desanimó, también nos impresionó. Estaba claro que Bocker había hecho algo más que un estudio a tontas y a locas; pero había errado el tiro.

El avión nos condujo a cuatro de nosotros al lugar del suceso tan pronto como Bocker tuvo noticias de él. Desgraciadamente, poco pudimos aprender. En la playa había surcos; pero, cuando llegamos, habían sido pisoteados ya de tal forma que no se notaba casi nada. De los doscientos cincuenta habitantes del pueblo, unos veinte huyeron precipitadamente. El resto desapareció simplemente. Todo ocurrió en la oscuridad; por tanto, nadie vio gran cosa. Cada superviviente se sintió obligado a dar su versión personal, con lo cual el resultado fue catastrófico.

Bocker anunció que permaneceríamos en donde estábamos. Nada se ganaría yendo de un lado para otro; existían las mismas probabilidades de que nos equivocáramos como de que acertáramos. Más aún de que acertáramos, porque La Escondida, en adición a sus otras cualidades, tenía la virtud de no tener más que un pueblo en toda la isla; así, pues, cuando surgiese el ataque (y era seguro que surgiría, más pronto o más tarde), el objetivo sería con toda seguridad Smithtown.

Estábamos seguros de que Bocker sabía lo que se hacía; pero, a las dos semanas, empezamos a dudarlo. La radio nos informó de una docena de incursiones... Todas, excepto una breve a las Azores, tuvieron lugar en el Pacífico. Comenzamos a experimentar la deprimente sensación de que nosotros estábamos situados en el hemisferio contrario.

Cuando digo «nosotros», he de admitir que quiero decir principalmente «yo». Los otros continuaban analizando los informes e iban estólidamente adelante con sus preparativos. Un punto importante era que no existía ningún informe que indicara que alguna incursión se había verificado durante las horas del día; por tanto, se hacían imprescindibles las luces. Una vez que el concejo de la ciudad quedó convencido de que «aquello» no le costaría nada, todos nosotros nos dedicamos a instalar focos de luz en los árboles, en los postes y en las esquinas de todos los edificios de Smithtown, aunque con mayor proliferación hacia la parte del mar, todo lo cual, en interés de las cámaras de Ted, debía estar conectado a un tablero de conmutadores eléctricos colocado en su habitación del hotel.

Los habitantes del pueblo se figuraban que estaba en preparación alguna fiesta; el concejo consideró aquello como una especie de inocente locura; pero estaba contento por la cantidad extraordinaria de dinero que entraba en el pueblo a costa nuestra. La mayoría de nosotros íbamos

desinflándonos lentamente, hasta que el ataque a la isla Gallows enervó a todo el Caribe, a pesar de que dicha isla pertenecía a las Bahamas.

Port Anne, la capital de Gallows, y tres grandes pueblos costeros fueron invadidos durante la misma noche. Aproximadamente, la mitad de la población de Port Anne y una proporción mucho mayor de la de los pueblos desaparecieron por completo. Los que sobrevivieron se habían encerrado en sus casas o huyeron; pero esta vez hubo mucha gente que coincidió en que habían visto cosas como tanques -como tanques militares, dijeron, pero más grandes- surgiendo del agua y deslizándose playa arriba. Debido a la oscuridad, a la confusión y a la precipitación con que muchos de los informadores huyeron o se escondieron, hubo sólo informes fantásticos sobre lo que esos tanques surgidos del mar hicieron después. El único hecho verificable fue que habían desaparecido durante la noche más de mil personas en total de los cuatro puntos atacados.

Por todos los alrededores se notó inmediatamente un cambio. La pasión subió al máximo. Cada nativo de cada isla abandonó su indiferencia y su sensación de seguridad, convencido de que su hogar podía ser el próximo escenario del ataque. De los baúles se sacaron y se limpiaron viejas e inseguras armas. Se organizaron patrullas y, por primera vez en su vida, se hizo guardia por las noches, bien armados. Se propuso, además, organizar un sistema defensivo aéreo entre las islas.

Sin embargo, cuando transcurrió una semana sin que ocurriera nada en toda el área de las islas, el entusiasmo decreció. Porque, efectivamente, hubo una pausa en la actividad subterránea. El único informe de una incursión llegó de las Kuriles, sin fecha, por alguna razón eslavónica, y además resultó que había pasado algún tiempo examinándolo al microscopio desde todos los ángulos de seguridad.

Al décimo día después de la alarma, el natural espíritu de *mañana* de La Escondida se había asegurado enormemente. Durante la noche y la siesta se dormía a pierna suelta; el resto del día se lo pasaban en completa modorra, de la que también participábamos nosotros. Era difícil creer que no continuaríamos así durante años; por tanto, decidimos acoplarnos a ello, por lo menos unos cuantos. Muriel se dedicó a explorar con entusiasmo la flora isleña; Johnny Tallton, el piloto, que estaba constantemente solo, empezó a acudir a un café donde una encantadora señorita le enseñaba el idioma nativo; Leslie trabó conocimiento con un indígena para conseguir una guitarra, que ahora podíamos escuchar a través de la ventana abierta del piso de arriba; Phyllis y yo hablábamos en ocasiones sobre los relatos que podríamos escribir si tuviéramos energía para ello; solamente Bocker y sus dos ayudantes más íntimos, Bill Weyman y Alfred Haig, conservaban su aspecto decidido. Si el capitoste hubiera podido vernos, quizá se hubiese sentido intranquilo por el destino de su dinero.

Empecé a notar que ya me estaba hartando, que me iba acostumbrando a no hacer nada, y, aunque la sensación no era desagradable, comprendí que era muy pronto para que llevara mi vida por esos derroteros.

-Esto no puede continuar indefinidamente -dije a Phyllis-. Sugiero que pongamos a Bocker una fecha límite..., una semana, a partir de ahora..., para que se produzca su fenómeno.

-Bueno... -empezó a decir de mala gana mi mujer-. Sí, supongo que tienes razón.

-Claro que la tengo -respondí-. En realidad, no estoy tan seguro de que no pueda resultarnos fatal otra semana...

Lo cual era, en forma insospechada, más cierto de lo que yo creía.

-Querida, deja de mirar a la luna y vámonos a la cama.

-De ninguna manera... No vale la pena... Frecuentemente me pregunto por qué me casé contigo.

Por tanto, me puse en pie y me uní a ella, junto a la ventana.

-¿Ves? -dijo-. Un barco, una isla, una media luna... Tan frágil, tan eterna..., ¿no es hermoso?

Miramos hacia afuera, hacia la plaza vacía, más allá de las casas dormidas, en dirección al plateado mar.

-Yo lo necesito. Es una de las cosas que estoy tratando de desterrar de mi recuerdo.

De la parte trasera de las casas de enfrente, en dirección al muelle, llegó cadenciosamente el rasgueo de una guitarra.

-*El amor tonto... y dulce* -dijo Phyllis, suspirando.

Y entonces, de repente, el lejano tocador arrojó su guitarra al suelo, produciendo un ruido agudo y resonante.

Abajo, en el muelle, gritó una voz, ininteligible pero alarmante. Luego, otras voces. Una mujer sollozó. Nos volvimos para mirar las casas que ocultaban al pequeño puerto.

-¡Escucha! -dijo Phyllis-. Mike, ¿crees que...?

Se interrumpió al oír el ruido de dos disparos.

-¡Debe de ser! ¡Mike, deben de estar invadiéndonos!

En la distancia hubo un creciente alboroto. En la propia plaza se abrieron las ventanas, haciéndose las personas preguntas unas a otras. Un hombre salió corriendo de una puerta, dio la vuelta a la esquina y desapareció por la corta calle que conducía al mar. Ahora se oían más gritos y más sollozos también. Entre ellos, el estampido de tres o cuatro disparos más. Me separé de la ventana y tamborileé con los dedos en el tabique que nos separaba de la habitación de al lado.

-¡Eh, Ted! -grité-. ¡Enciende las luces! ¡Las del muelle, hombre! ¡Las luces!

Oí un apagado «muy bien». Ya debía de estar fuera de la cama, porque cuando yo regresaba a la ventana las luces empezaban a encenderse por turno.

No había nada desacostumbrado que observar, excepto una docena o más de hombres que atravesaban corriendo la plaza en dirección al puerto. Casi bruscamente cesó el ruido que había ido *in crescendo*. La puerta de Ted dio un portazo. Sus botas sonaron ruidosamente a lo largo del pasillo cuando pasaron por delante de nuestra habitación. Más allá de

las casas surgieron de nuevo los gritos y los sollozos, más fuertes que antes, como si hubiesen adquirido fuerza tras el breve descanso.

-Debo... -empecé a decir; pero me interrumpí al darme cuenta de que Phyllis no estaba a mi lado.

Miré por la habitación y la descubrí en el momento en que echaba la llave a la puerta. Corrí hacia ella.

-Debo ir allá abajo. Tengo que ver lo que...

-¡No! -me interrumpió.

Se volvió, apoyando firmemente la espalda contra la puerta. Producía la impresión de ser un ángel severo que impedía el paso por una carretera, con la diferencia de que los ángeles tienen la costumbre de usar respetables camisones de algodón, no de nylon.

-Pero, Phyl, es el trabajo. Es por lo que estamos aquí.

-Me tiene sin cuidado. Esperaremos un poco.

Permanecía inmóvil, con la expresión de ángel severo, modificada ahora por la de una muchachita rebelde. Alargué el brazo.

-¡Phyl!... Por favor, dame la llave.

-¡No! -contestó, y, lanzándola a través de la habitación, desapareció por la ventana.

Resonó sobre las piedras de la plaza. La miré con estupor. Esa era una acción que uno nunca hubiera esperado de Phyllis. Ahora, en la plaza iluminada, se veía a la gente correr hacia la calle de enfrente. Me volví.

-Phyl, por favor, apártate de esa puerta.

Negó con la cabeza.

-No seas loco, Mike. Tienes que hacer un trabajo.

-Por eso precisamente, yo...

-No, no es eso. ¿No lo comprendes? Los únicos informes que poseemos provienen de las personas que no corrieron para averiguar qué estaba sucediendo; de las personas que se escondieron o huyeron...

Yo estaba furioso con ella, pero no tanto que no alcanzara el sentido de lo que me decía, e hice una pausa. Ella continuó:

-Es lo que dijo Freddy: el objetivo de nuestra venida es poder regresar para contar lo que ha sucedido.

-Eso está muy bien, pero...

-¡No!... ¡Mira!...

Con la cabeza señaló hacia la ventana.

La gente continuaba convergiendo hacia la calle que conducía al muelle, pero ya no entraban en ella. Un sólido grupo se amontonaba a la entrada. Luego, mientras yo continuaba mirando, la anterior escena empezó a interpretarse en sentido inverso. El grupo retrocedió, y comenzó a deshacerse por sus costados. Muchos hombres y mujeres salieron de la calle, corriendo hacia atrás, hasta que quedaron dispersados en la plaza.

Me acerqué más a la ventana para observar. Phyllis abandonó la puerta y se acercó a mí. Ahora veíamos a Ted, con su tomavistas en la mano, retrocediendo corriendo.

-¿Qué sucede? -le grité.

-Sólo Dios lo sabe. No se puede pasar. Hay un pánico terrible en aquella calle. Todos dicen que, sea lo que fuere, viene por ese camino. Si

es así, tomaré la película desde mi ventana. No se puede trabajar con esta barahúnda.

Miró hacia atrás, desapareciendo después por la puerta del hotel, que estaba debajo de nuestra ventana.

La gente continuaba inundando la plaza y emprendía una carrera cuando alcanzaba un punto donde había espacio para correr. No hubo más ruido de disparos; pero, de cuando en cuando, surgía otro estruendo de gritos y de lamentos de alguna parte del lejano y oculto extremo de la corta calle.

Entre los que regresaban al hotel se hallaban el propio doctor Bocker y el piloto, Johnny Tallton. Bocker se paró debajo de las ventanas y gritó hacia arriba. De las ventanas surgieron algunas cabezas. Las contempló a todas.

-¿Dónde está Alfred? -preguntó.

Nadie parecía saberlo.

-Si alguno de ustedes le ve, que le diga que entre inmediatamente en el hotel -instruyó Bocker-. Ustedes permanezcan donde están. Observen lo que puedan, pero no se expongan hasta que sepamos más de lo que pasa. Ted, procure que todas las luces continúen encendidas; Leslie...

-Estoy a punto con el magnetófono, doctor -respondió la voz de Leslie.

-No, no salga. Ponga el micrófono por la parte exterior de la ventana, si quiere; pero usted permanezca bajo techado. Y hagan lo mismo todos los demás, por el momento.

-Pero, doctor, ¿qué pasa?..., ¿qué...?

-No lo sabemos. Por tanto, permanezcamos dentro del hotel hasta que averigüemos por qué grita la gente. ¿Dónde demonios está miss Flynn?... ¡Oh! Está usted aquí. Bien. Continúe vigilando, miss Flynn...

Se volvió ajohnny y cambió con él algunas palabras ininteligibles. Johnny asintió con la cabeza y se dirigió hacia la parte de atrás del hotel. Bocker volvió a mirar de nuevo a la plaza y entró en el hotel, cerrando la puerta tras él.

Corriendo, o al menos apresuradamente, la gente continuaba convergiendo en la plaza desde todas las direcciones, pero ninguna procedía ya de la calle corta. Los que alcanzaban la parte más alejada se volvían para mirar, arrimándose a las puertas o las callejuelas por donde pudieran huir si era necesario. Media docena de hombres con pistolas o escopetas se hallaban tumbados en tierra, con sus armas apuntando hacia la entrada de la calle. Ahora todo estaba más tranquilo. Excepto unos cuantos ruidos, producidos por los lamentos, un tenso y expectante silencio llenaba toda la escena. Y entonces, de la lejanía, llegó un ruido chirriante, como de algo que se arrastra. No fuerte, pero sí continuo.

La puerta de la casita situada junto a la iglesia se abrió. El sacerdote, con sotana, salió por ella. Algunas personas que se hallaban cerca corrieron hacia él y se arrodillaron en torno suyo. El sacerdote extendió ambos brazos, como para proteger y amparar a todos.

El ruido procedente de la angosta calle daba la impresión de estar producido por un pesado tractor de metal arrastrándose sobre las piedras.

Repentinamente, dispararon tres o cuatro escopetas casi al mismo tiempo. Nuestro ángulo de visión nos impedía ver aún a qué disparaban;

pero cada uno de los hombres hizo una sucesión de disparos. Luego, se pusieron en pie de un salto y corrieron hacia atrás, casi a la parte opuesta de la plaza. Allí se volvieron y cargaron de nuevo sus armas.

De la calle llegó un ruido de madera destrozada y de cristales y ladrillos caídos.

Entonces tuvimos la primera visión del «tanque marino»: un objeto curvo, de grueso metal color gris, se deslizó hacia la plaza, arrastrando consigo la parte más baja de la esquina de la casa de enfrente.

Le dispararon desde una docena de sitios diferentes. Las balas se aplastaban o rebotaban sobre él sin producir efecto. Lentamente, pesadamente, con inexorabilidad, continuó su marcha, arrastrándose y chirriando sobre las piedras. Iba inclinado sobre su costado derecho, alejándose de nosotros y dirigiéndose a la iglesia, llevándose consigo un trozo más de la esquina de la casa, sin que le afectara el enyesado, los ladrillos ni las vigas que caían sobre él y se deslizaban por sus costados.

Se dispararon más tiros contra aquello, pero permanecía inconmovible, introduciéndose en la plaza a una velocidad de cinco kilómetros por hora, masivamente infalible. No tardamos en verlo todo entero.

Imagínense un huevo alargado, cuya longitud ha sido partida en dos y puesta de plano sobre el suelo, con el puntiagudo extremo hacia adelante. Consideren este huevo, de una longitud comprendida entre los nueve y los diez metros, de un color pardo plomizo sin brillo, y tendrán una visión exacta del «tanque marino» que nosotros veíamos avanzar por la playa.

No había forma de ver qué lo impulsaba. Acaso tuviera ruedas debajo; pero más bien parecía, y sonaba sencillamente, arrastrarse hacia adelante con mucho ruido, sobre su barriga de metal, pero sin maquinaria. No saltaba al girar, como hacen los tanques, ni traqueteaba, como hacen los coches. Simplemente se movía hacia la derecha, en diagonal, siempre apuntando hacia adelante. Muy cerca, detrás de él, le seguía otro, de traza exactamente similar, que se dirigía hacia la izquierda, en nuestra dirección, arrancando la esquina de la casa de enfrente mientras se acercaba. Un tercero se dirigía en línea recta hacia el centro de la plaza, donde paró.

En la parte más alejada de la plaza, el grupo que se había arrodillado en torno al sacerdote echó a correr. El sacerdote permaneció en su sitio. Impedía el paso de la cosa. Su mano derecha hizo la señal de la cruz en dirección a ella, mientras que su mano izquierda, con los dedos separados y la palma vuelta hacia la cosa, se alzaba indicándole que parase. La cosa continuó su marcha, ni más de prisa ni más despacio, como si el sacerdote no estuviera allí. Su curvado flanco le empujó ligeramente a un lado cuando llegó a su altura. Luego, se paró también.

Pocos segundos después, el que se dirigía en nuestra dirección por la plaza alcanzó lo que, al parecer, era la posición señalada, y se paró también.

-La tropa alcanza su primer objetivo segun órdenes -dije a Phyllis mientras veíamos los tres artefactos situados estratégicamente en la plaza-. Esto no es accidental. Y ahora, ¿qué?

Durante medio minuto casi no pareció que iba a suceder nada. Hubo un ligero tiroteo más esporádico, procedente de alguna de las ventanas de

la plaza que, en todo su alrededor, estaban llenas de gentes pendientes de ver lo que sucedería a continuación. Ninguno de los disparos hizo efecto sobre los blancos, existiendo cierto peligro a causa de los rebotes de las balas.

-¡Mira! -exclamó Phyllis de pronto-. Ése se está combando.

Señalaba al más próximo a nosotros. Efectivamente, la parte superior estaba desfigurándose en su punto más alto, formando una pequeña excrecencia en forma de cúpula. Su color era ligeramente más fuerte que el metal de debajo: una especie de sustancia semiopaca, tirando a blanco, que relucía viscosamente a la luz de los focos. Mientras la observábamos, aumentaba.

-Todos están haciendo lo mismo -añadió.

Hubo un disparo aislado. La excrecencia se estremeció, pero continuó dilatándose. Ahora aumentaba más deprisa. Ya no tenía forma de cúpula, sino de esfera, unida al metal por una especie de cuello, hinchado como un globo y se inclinaba ligeramente a medida que la excrecencia se distendía.

-Va a estallar. Estoy segura -dijo Phyllis aprensiva.

-Hay otras detrás que empiezan a crecer -dije-. Dos más, mira.

La primera excrecencia no estalló. Ya tenía casi sesenta centímetros de diámetro y continuaba hinchándose.

-*Tiene* que estallar pronto -musitó Phyllis.

Pero aún no lo hizo. Continuó dilatándose hasta adquirir un diámetro de metro y medio aproximadamente. Entonces dejó de crecer. Producía la impresión de una vejiga gigantesca y repulsiva. La animaba un ligero temblor. De pronto, se desprendió de su cuello y se bamboleó en el aire como una gigantesca pompa de jabón.

Ascendió con inseguridad unos tres metros. Cuando alcanzó esa altura vaciló, convirtiéndose en una esfera más estable. Luego, de repente, le sucedió algo. No estalló. No hubo tampoco ningún ruido. Más bien pareció abrirse suavemente, como les ocurre a los capullos, en un florecimiento instantáneo, esparciendo en todas direcciones un amplio número de pelitos blancos.

La reacción instintiva era apartarse de un salto de la ventana para evitarlos. Y así lo hicimos.

Cuatro o cinco de los pelitos, como largas puntas de látigo, volaron en torno de la ventana, entraron en la habitación y cayeron al suelo. Casi inmediatamente de ponerse en contacto con él, comenzaron a contraerse y removerse. Phyllis dio un grito estridente. Miré a su alrededor. No todos los pelitos habían caído al suelo. Uno de ellos había posado su longitud sobre el antebrazo derecho de mi mujer. Ya estaba contrayéndose, empujando su brazo hacia la ventana. Phyllis retrocedió. Con la otra mano intentó quitárselo, pero sus dedos se pegaron a ella tan pronto como la tocaron.

-¡Mike! gritó-. ¡Mike!...

El pelito estaba endureciéndose, atiesándose como la cuerda de un arco. Phyllis había dado ya un par de pasos hacia la ventana antes que yo pudiera agarrarla fuertemente. La fuerza de mi tirón la llevó al otro extremo de la habitación. No rompió la presa del pelito, pero lo apartó de

la línea recta y ya no pudo ir derecho hacia la ventana, sino que se vio obligado a arrastrarse alrededor de un ángulo agudo. Y se arrastró. Tumbado ahora en el suelo, me agarré con la corva a la pata de la cama para hacer más fuerza, y me sostuve firme. Para mover a Phyllis, el pelito tendría que arrastrarme a mí también y a la cama. Por un momento creí que lo lograría. Entonces, Phyllis gritó, y se acabó la tensión.

Conseguí que rodara hacia un lado, apartándola de la línea de algo más que pudiera entrar a través de la ventana. Phyllis estaba desvanecida. Un trozo de piel, de unos diez centímetros aproximadamente, había sido arrancada limpiamente de su antebrazo derecho, y algunos más habían desaparecido de los dedos de su mano izquierda. La carne dejada al descubierto comenzaba en aquel momento a sangrar.

Afuera, en la plaza, había un pandemónium de lamentos y de gritos. Me arriesgué a sacar la cabeza por un lado de la ventana. La cosa que había estallado no estaba en el aire. Ahora era un cuerpo redondo, no mayor de sesenta centímetros de diámetro, rodeado de una irradiación de pelitos. Estaba retrocediendo con algo que había atrapado, y la tensión lo estaba manteniendo un poco separado del suelo. Algunas personas cogidas gritaban y luchaban; otras eran como un montón informe de ropas.

Entre ellas vi a la infeliz Muriel Flyng. Yacía en el suelo de espalda, arrastrada por los guijarros por un tentáculo que la agarraba por sus cabellos rojizos. Se había herido gravemente al caer al suelo cuando fue arrojada por la ventana de su habitación, y gritaba llena de terror. Leslie era arrastrada casi al lado de ella; pero, al parecer, había tenido la suerte de partirse el cuello al caer por la ventana.

En la parte más alejada de la plaza vi a un hombre corriendo con la intención de liberar a una mujer que estaba gritando; pero cuando le tocó el pelito que la sujetaba, su mano quedó pegada a él, y ambos fueron arrastrados juntos. Mientras observaba todo esto, daba gracias a Dios por haber agarrado el brazo de Phyllis y no el pelito al tratar de liberarla de él.

A medida que el círculo se contraía, los pelitos blancos se acercaban los unos a los otros. El pueblo que luchaba tocaba involuntariamente más de ellos, y cada vez quedaba más enredado en sus redes. Luchaban como moscas atrapadas a un papel atrapamoscas. Existía una implacable deliberación respecto a ello que le hacía parecer horrible, como cuando uno observa a través del objetivo de una cámara lenta.

Entonces me di cuenta de que otra de las pompas de jabón estaba balanceándose en el aire, y retrocedí apresuradamente antes que estallara.

Tres pelitos más entraron por la ventana, permanecieron por un momento como cuerdas blancas sobre el suelo y empezaron después a retroceder. Cuando hubieron desaparecido a través de la ventana, me alcé un poco para mirar por ella, otra vez. En varios sitios de la plaza había grupos de gente que luchaban desesperadamente. El primero y el más cercano se había contraído hasta que sus víctimas quedaron amontonadas formando una dura pelota de la que surgían aún algunos brazos y piernas que se movían sin remision. Luego, mientras yo observaba, la entera masa compacta se inclinó y empezó a alejarse de la

plaza rodando hacia la calle por donde habían llegado los tanques marinos.

Las máquinas, o, mejor dicho, las cosas, que aún permanecían en el mismo sitio donde habían parado, producían la impresión de gigantescas babosas grises, cada una de las cuales dedicada a producir varias de sus asquerosas pompas en diferentes etapas.

Retrocedí de nuevo cuando otra de aquellas pompas se desprendió de su babosa; pero esta vez no entró por la ventana. Me aventuré un momento para cerrar las puertas de la ventana y tuve la suerte de hacerlo a tiempo. Tres o cuatro de aquellos pelitos golpearon contra el cristal con tal fuerza que uno de ellos se rajó.

Entonces pude atender a Phyllis. La levanté del suelo y la tumbé en la cama, desgarrando un trozo de sábana para vendarle el antebrazo.

En el exterior continuaban los lamentos, los gritos y el tumulto, y entre ellos se oían algunos tiros.

Cuando terminé de vendar el antebrazo de Phyllis, volví a mirar otra vez hacia la plaza. Media docena de objetos, que ahora parecían como duras y redondas balas de algodón, rodaban hacia la calle que conducía al puerto. Regresé de nuevo al lado de Phyllis y desgarré otro trozo de sábana para vendar los dedos de la mano izquierda de mi mujer.

Mientras lo hacía oí un ruido diferente sobre el tumulto de afuera. Dejé la venda de algodón y corrí a la ventana a tiempo de ver un avión que volaba a baja altura. El cañón situado en una de las alas comenzó a disparar, y retrocedí de nuevo, tirándome al suelo para quitarme de la línea de tiro. Hubo una espantosa explosión. Simultáneamente las ventanas se abrieron, se apagaron las luces y en la habitación entraron trozos de algo que zumbaba al pasar.

Me levanté. Las luces exteriores se habían apagado también, así, pues, era difícil averiguar qué había pasado. Sin embargo, pude ver, al otro extremo de la plaza, que uno de los tanques marinos comenzaba a ponerse en movimiento. Se deslizaba por el camino que había seguido al venir. Volví a oír el ruido del avión que regresaba, y me tumbé en el suelo otra vez.

Hubo un estallido, pero esta vez no nos atrapó su fuerza, aunque en el exterior hubo un revoltijo de cosas caídas.

-¿Mike? -dijo una voz desde la cama, una voz asustada.

-Todo está bien, querida. Estoy aquí -le respondí.

La luna brillaba aún, y ahora podía ver mejor.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Phyllis.

-Se han ido. Johnny los atacó con el avión...; al menos, supongo que era Johnny -dije-. Ahora, todo marcha bien.

-Me duele el brazo, Mike.

-Te conseguiré un médico tan pronto como me sea posible, cariño.

-¿Qué fue? Querían llevarme, Mike. Si no hubiese sido por ti...

-Ya ha terminado todo, querida.

-Yo...

Se interrumpió al oír el ruido del avión, que regresaba una vez más. Escuchamos. El cañón disparaba de nuevo, pero esta vez no hubo explosión.

-Mike, hay algo pegajoso... ¿Estás herido?

-No, cariño. No sé lo que es. Se halla sobre todas las cosas.

-Estás temblón, Mike.

-Lo siento, querida. No puedo evitarlo. ¡Oh, Phyl, querida Phyl!... Tan cerca... Si los hubieses visto..., a Muriel y a los demás... Podría haber sido...

-¡Bueno, bueno! -dijo Phyllis, como si yo fuera un niño de seis años-. No llores, Mike. ¡Todo ha pasado ya! -y continuó-: ¡Oh Mike, cómo me duele el brazo!

-Continúa echada, cariño. Iré en busca del médico -le dije.

Arranqué la puerta cerrada con una silla, y el esfuerzo me tranquilizó mucho.

A la mañana siguiente nos reunimos los que quedábamos de la expedición: Bocker, Ted Jarvey y nosotros dos. Johnny se había marchado temprano con las películas y los discos, incluyendo un informe que yo añadí más tarde como testigo ocular, dirigiéndose con todo ello a Kingston.

El brazo derecho y la mano izquierda de Phyllis estaban envueltos en vendajes. Se hallaba pálida, pero había resistido a todos los consejos que le dimos para que permaneciera en la cama. Los ojos de Bocker habían perdido por completo su acostumbrado parpadeo. Su mechón de cabellos grises caía sobre una cara que parecía más arrugada y más decrépita que la de la noche anterior. Cojeaba un poco, apoyando parte de su peso en un bastón. Ted y yo éramos los únicos ilesos. Miraba interrogativamente a Bocker.

-Si le es posible, señor -dijo-, creo que nuestro primer paso ha de ser salir de este hedor.

-Desde luego -respondió Bocker-. Ningún dolor puede compararse con estos olores. Cuanto antes mejor -añadió, y se puso en pie para conducirnos al exterior.

Las piedras de la plaza, los esparcidos fragmentos de metal que se extendían por ella, las casas que la rodeaban, la iglesia, todo lo que estaba a la vista, relucía con una costra de sustancia viscosa, y había mucha más, que no veíamos, en casi todas las habitaciones de las casas que daban a la plaza. La noche anterior había sido sencillamente una abundante pesca con olor a salado; pero con el calor del sol actuando sobre ello, había empezado a producirse un hedor que era ahora fétido y que se estaba transformando en miasmático. A cien metros de allí se notaba mucha diferencia, y a otros cien metros más ya estábamos libres de ello, entre las palmeras que se alzaban en el límite de la playa situada en la parte opuesta de la ciudad, es decir, del puerto. Rara vez había conocido la frescura de una brisa que oliera tan bien.

Bocker se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra un árbol. Los demás nos acomodamos como pudimos, esperando a que él hablase el primero. Durante un largo rato permaneció callado. Estaba sentado inmóvil, mirando sin ver hacia el mar. Luego, suspiró:

-Alfred, Bill, Muriel, Leslie... -dijo-. Yo los traje a todos aquí. He demostrado muy poca inteligencia y consideración por su seguridad. Estoy asustado.

Phyllis se inclinó hacia adelante.

-No debe pensar así, doctor Bocker. Ninguno de nosotros *tenía* por qué venir; eso lo sabe usted. Usted nos ofreció la *oportunidad* de venir, y nosotros la aceptamos. Sí... si lo mismo me hubiese ocurrido a mí, no creo que Michael le hubiese maldecido por ello, ¿verdad, Michel?

-¡Claro que no! -respondí.

Yo sabía perfectamente a quién hubiera debido maldecir más adelante..., y para siempre, sin remisión.

-Yo tampoco le hubiera maldecido, y estoy segura de que los demás pensarán lo mismo que yo -añadió, poniendo su mano derecha sobre la manga del doctor.

Él bajó la vista, y pestañeó un poco. Cerró los ojos un momento. Luego los abrió, y puso sus manos sobre las de ella. Su mirada se posó más allá de la muñeca, sobre los vendajes del antebrazo.

-Es usted muy buena conmigo, querida -dijo.

Le dio golpecitos cariñosos con la mano y a continuación se irguió en su asiento, concentrándose en sí mismo. Al poco rato, dijo con tono de voz completamente diferente:

-Hemos conseguido algunos resultados. Tal vez no tan exclusivos como esperábamos; pero, al menos, sí pruebas tangibles. Gracias a Ted, nuestro país podrá ver contra qué estamos luchando, y gracias a él también, tenemos la primera muestra.

-¿Muestra? -preguntó Phyllis, repitiendo la palabra-. ¿De qué?

-De un trozo de una de esas cosas tentaculares -le contestó Ted.

-¿Cómo fue posible...?

-En realidad, fue una suerte. Escuche: cuando estalló la primera pompa, nada especial entró por la ventana de mi habitación; sin embargo, pude ver lo que estaba sucediendo en otros sitios. Así, pues, abrí mi navaja y la puse a mano sobre el alféizar, por si las moscas. Cuando al estallar la segunda pompa entró una de esas cosas por la ventana y la sentí sobre mi hombro, inmediatamente cogí la navaja y, antes que empezara a actuar, la corté. Huyó, pero quedó detrás de ella un trozo de unos cuantos centímetros, que cayó al suelo, se retorció un par de veces y, al fin, quedó enroscado. Lo hemos expedido con Johnny.

-¡Uf! -exclamó Phyllis.

-En lo futuro, también nosotros llevaremos navajas -dije.

-Tenga en cuenta que son muy listos. Además, son espantosamente correosos -advirtió Ted.

-Si encuentra usted otro trozo de eso, me gustaría verlo para examinarlo -dijo Bocker-. Decidimos que ése era mejor enviarlo a los peritos. Verdaderamente, hay algo muy especial en estas cosas. Lo fundamental es bastante evidente: proceden de alguna especie de anémona marina... Pero ¿si han nacido esas cosas o si han sido construidas según un modelo básico...? -se encogió de hombros sin terminar la pregunta-. Yo encuentro algunos puntos extremadamente

turbios. Por ejemplo, ¿cómo hacen para coger las cosas animadas, aun cuando estén vestidas, y no atacan a las cosas inanimadas? Y también, ¿cómo es posible que puedan regresar al agua por el mismo camino de ida en lugar de tratar sencillamente de alcanzarla por el camino más cercano?... La primera de estas preguntas es la más significativa. Comporta propósitos especializados. Se *emplean* las cosas, ¿comprenden? Pero no como armas, en el sentido corriente de la palabra; no sólo para destruir, eso es. Son más bien cepos, trampas...

Durante un rato estuvimos pensando en tal hipótesis.

-Pero... ¿Por qué...? -preguntó Phyllis.

Bocker frunció el ceño.

-*¿Por qué?* -repitió-. Todo el mundo se ha estado preguntando continuamente: «¿Por qué?»... ¿Por qué surgen las cosas de las profundidades? ¿Por qué no permanecen en tierra? ¿Por qué salen de las profundidades en dirección a tierra? Y también, ¿por qué nos atacan de esta forma y no de otra? ¿Cómo es posible que sepamos las contestaciones a estas preguntas hasta que descubramos más qué clase de criaturas son? El punto de vista humano sugiere dos motivos..., pero eso no quiere decir que ellos no tengan otros motivos particulares completamente distintos a los nuestros.

-¿Dos motivos? -preguntó Phyllis, suavemente.

-Sí. Pueden estar tratando de exterminarnos. Todo cuanto nosotros podemos decir es que ellos pueden hallarse bajo la impresión de que nosotros *tenemos que* vivir en las costas, y que ellos pueden borrarnos gradualmente de esta forma; tampoco sabemos nosotros cuánto saben ellos de nosotros. Pero no creo que sea ése su propósito... teniendo en cuenta su táctica de llevarse a sus víctimas rodando hacia el mar... Al menos, no completamente. Los celentéreos podían más fácilmente aplastarlas y abandonarlas. Así, pues, parece como si existiera otro motivo..., sencillamente el que ellos encuentran en nosotros y tal vez en otros seres terrestres, si recuerdan la desaparición de las cabras y las ovejas de Saphira..., que somos buenos para comer. O bien, ambos motivos: muchas tribus tienen la costumbre, establecida de antiguo, de comerse a sus enemigos.

-¿Quiere usted decir que son... bueno..., una especie de comedores de nosotros? -preguntó Phyllis inquieta.

-Bueno, nosotros, los seres terrestres, echamos anzuelos y redes al mar para comernos lo que ellos cogen. ¿Por qué no ha de existir un proceso inverso, utilizado por seres marinos inteligentes? Como es lógico, lo que les estoy exponiendo es una hipótesis humana. Eso es lo que todos nosotros estamos tratando de hacer con nuestros porqués. Lo malo de esto es que todos hemos leído muchos relatos en que los invasores se comportan y proceden como seres humanos, a pesar del tipo o de la forma que puedan tener, y no podemos concebir la idea de que puedan comportarse de modo diferente a como nosotros pensamos. Efectivamente, no existe razón alguna para que sea así; en cambio, hay muchas razones para que no sea así.

-¡Comedores! -repitió Phyllis, pensativa-. ¡Es horrible! Pero puede ser.

Bocker dijo con firmeza:

-Dejaremos a un lado estos porqués. Tal vez sepamos más de ellos más adelante, o no. Ahora lo importante es el cómo: *cómo* parar las cosas y *cómo* atacarlas.

Hizo una pausa. Debo confesar que yo continué pensando en los porqués... y experimentando la sensación de que, aunque el significado fuera exacto, Phyllis debería haber elegido un término más agradable y más digno que el de «comedores».

Bocker continuó hablando.

-Al parecer, los disparos de los fusiles corrientes no producen efecto alguno en esos tanques marinos ni en esas cosas con aspecto de pompas de jabón..., a menos que sean vulnerables en sitios que no fueron encontrados. No obstante, las balas de los cañones pueden romper la cubierta. La manera en que entonces se desintegran sugiere que está ya bajo una tensión muy fuerte, y no muy lejos de romperse. De esto podemos deducir que en el caso de April Island hubo un disparo afortunado o se empleó una granada. Lo que vimos anoche explica razonablemente los relatos de los nativos sobre ballenas y babosas. Esos tanques marinos, a cierta distancia, pueden ser tomados por ballenas. Y respecto a las «babosas», no se equivocaron mucho... Indudablemente, las cosas, deben de hallarse muy íntimamente relacionadas con los celentéreos... Respecto a los tanques marinos, su contenido parece ser, simplemente, masas gelatinosas aprisionadas bajo enorme presión... Pero es difícil creer que eso pueda ser realmente así. Aparte de cualquier otra consideración, es evidente que hay que pensar en la existencia de algún mecanismo capaz de impulsar esos cascos inmensamente pesados. Esta mañana fui a examinar el camino por donde habían pasado. Algunas de las piedras están hundidas y otras partidas debido al peso de esos armatostes; pero no pude encontrar ninguna huella ni nada que demostrase que las cosas avanzaban por medio de tentáculos como yo creía. Me parece que, por ahora, hemos fracasado... Indudablemente, existe una inteligencia de alguna clase..., aunque no parece ser muy alta ni tampoco muy bien coordinada. De todas formas, fue un acierto conducirlos desde el muelle a la plaza, que era el mejor sitio donde podían operar.

-Hemos visto tanques del Ejército llevarse las esquinas de las casas como éstos hicieron -observé.

-Esa es una posible indicación de coordinación pobre -replicó Bocker, en cierto modo molesto-. Bien. ¿Tienen ustedes que añadir alguna observación a lo que acabo de decir?

Miró a su alrededor inquisitivamente.

-¿No hay nada más? ¿Nadie observó si los disparos producían algún efecto sobre esas formas tentaculares? -preguntó.

-Por lo que yo pude ver, o los disparos se hacían a tontas y a locas, o las balas atravesaban los tanques sin producirles daño –le dijo Ted.

-¡Hum! -gritó Bocker, y permaneció pensativo durante un rato.

-¿Qué? -le pregunté.

-Estaba diciendo justamente «celentéreos tentaculares de mil brazos».

-¡Oh! -exclame.

Nadie hizo comentario. Los cuatro continuamos sentados mirando hacia el inocente y azulado mar.

Entre los periódicos que adquirí en el aeropuerto de Londres se hallaba un ejemplar de *The Beholder* de aquel día. Aunque no dejo de admitir que posee sus méritos y, en ciertos asuntos, sus criterios son bastante buenos, siempre me produce la impresión de que es más dado a expresar primero sus prejuicios y después sus pensamientos. Tal vez lo dejara para el día siguiente. Sin embargo, descubrí en este ejemplar un artículo titulado: *El doctor Bocker aparece otra vez*, que no alteró mi impresión. El texto se expresaba aproximadamente asi:

«Ni el valor del doctor Alistair Bocker, yendo al encuentro de un dragón submarino, ni su perspicacia en deducir correctamente dónde podría encontrarse al monstruo, puede discutirse. Las horribles y fantásticamente repulsivas escenas que la E.B.C. nos presentó en nuestros hogares el jueves pasado hicieron que nos maravilláramos más de que una parte de la expedición sobreviviera, que del hecho de que cuatro de sus miembros perdieran la vida. El propio doctor Bocker ha de ser felicitado por haber escapado a costa de una simple torcedura de tobillo cuando le arrancaron zapato y calcetín, así como otro de los miembros de la expedición por su extraordinario rescate.

»Sin embargo, aunque este asunto fue horrible y valioso, como pueden probarlo algunas de las observaciones del doctor al sugerir contramedidas, sería un error para él suponer que se le ha concedido ya una licencia ilimitada para readoptar su primitivo papel como primer espantapájaros mundial.

»Nos inclinamos a atribuir su sugerencia de que deberíamos proceder de inmediato a preparar virtualmente para la batalla toda la línea costera occidental del Reino Unido como efecto para realizar modernos experimentos enervantes sobre un temperamento que nunca ha huido de lo sensacional, más que como para obtener conclusiones de madurada consideración.

»Analizaremos la causa de esta recomendación que limita con el pánico. Es la siguiente: un número de pequeñas islas, todas ellas situadas dentro de los trópicos, han sido atacadas por alguna influencia marina de la que nosotros, hasta el momento, sabemos muy poco. En el transcurso de estos ataques han perdido la vida algunos centenares de personas..., cuyo número, en realidad, no es superior al de las que mueren en las carreteras en pocos días. Esto es lamentable y desagradable; pero apenas tiene fuerza para apoyar la sugerencia de que nosotros, situados a miles de kilómetros del más cercano de esos incidentes, hayamos de proceder, a expensas de los contribuyentes, a rodear nuestras costas de armas y vigilantes. De seguir esta táctica, hubiéramos tenido que construir en Londres edificios a prueba de terremotos solamente por el hecho de que en Tokio se producen con frecuencia...».

Y continuaba de la misma forma. Cuando terminaron con el pobre Bocker, no había por dónde cogerlo. No le enseñé el periódico. Ya tendría

tiempo de enterarse, porque *The Beholder* tenía la costumbre de machacar sin compasión.

El helicóptero nos dejó en la terminal, y Phyllis y yo aprovechamos para escabullirnos cuando los periodistas cayeron sobre Bocker.

Que el doctor Bocker fuera discutido no quería decir que fuera desdeñado. La mayor parte de la prensa se había dividido en pro y en contra del sabio, y, a los pocos minutos de llegar a nuestro piso, empezaron a telefonearnos representantes de ambos campos para obtener información directa. Después de cinco o seis llamadas, aproveché un intervalo para telefonear a la E.B.C. Les dije que íbamos a descolgar el auricular y que hicieran el favor de recoger en cinta magnetofónica el nombre de los que llamaran. Así lo hicieron. A la mañana siguiente había una lista completa. Entre los que deseaban hablar con nosotros estaba el nombre del capitán Winters, con el número del teléfono del Almirantazgo al lado.

Phyllis habló con él. Nos había llamado para que le confirmáramos nuestro informe como testigos visuales y para darnos las últimas noticias de Bocker. Al parecer, insistía firmemente en la teoría anteriormente sustentada: que los tanques marinos carecían de intelecto, que este intelecto se hallaba en alguna parte de las profundidades, el cual los dirigía a distancia por algún medio hasta el momento desconocido. Pero, al parecer, la conmoción mayor la había producido el empleo de la palabra «seudocelentéreo». Como Winters señaló:

-Dice que no son celentéreos, ni animales, ni seres vivos, en el sentido real de la palabra, sino que pueden ser muy bien construcciones orgánicas artificiales *elaboradas* con un propósito especial.

Por teléfono leyó a Phyllis el informe de Bocker sobre el asunto:

-«Es concebible que puedan construirse tejidos orgánicos de manera análoga a la empleada por los químicos para producir plásticos de una estructura molecular determinada. Si fuera posible hacer esto, y los resultados fueran suficientemente sensibles a los estímulos administrados física o químicamente, se produciría, al menos de forma temporal, un componente que un observador inepto apenas sabría diferenciar de un organismo vivo.

»Mis observaciones me llevan a sugerir que esto es lo que se ha hecho, habiendo elegido la forma del celentéreo, entre otras muchas que hubieran podido servir para el propósito, por su sencillez de elaboración. Es posible que los tanques marinos sean una variante del mismo invento. En otras palabras, estamos siendo atacados por mecanismos orgánicos dirigidos desde un control remoto o predeterminado. Si consideramos esto a la luz del control que nosotros mismos somos capaces de ejercer a distancia sobre materiales *inorgánicos*, como el de los *missiles* dirigidos, o predeterminadamente, como se hace con los torpedos, el asunto resulta menos alarmante de lo que pareció al principio. En realidad, puede ser que, una vez averiguada la técnica de la construcción hacia una forma sistemáticamente natural, su control presente problemas menos

complejos que muchos de los que nosotros hemos tenido que resolver para controlar lo inorgánico».

-¡Oh..., oh..., oh! -exclamo Phyllis, molesta- Me entran ganas de correr en busca del doctor Bocker y darle una paliza. Me *prometió* que no diría nada aún sobre ese seudoasunto. Es una especie de *enfant terrible* nacido naturalmente, y eso le da derecho a una *buena* paliza. Espere a que me halle a solas con él.

-Perjudicará por completo su caso -convino el capitán Winters.

-¡Perjudicarlo! Alguien entregará eso a los periódicos y lo tomarán como otra fantasía de Bocker; todo el asunto se transformará en una payasada... y dará lugar a que las personas sensibles se pongan en contra de cuanto él diga..., ¡justamente ahora, cuando ha conseguido averiguar algo y empezaba a vivir la vida de las cosas de las profundidades!...

Siguió una semana muy mala. Aquellos periódicos que ya habían adoptado la misma actitud desdeñosa y burlona del *The Beholder* respecto a las fortificaciones costeras, acogieron con indescriptible júbilo las sugerencias seudobióticas. Los escritores de editoriales llenaron sus plumas de sarcasmos y un grupo de científicos, que ya había zurrado a Bocker antes de su última expedición, lo trituraron aún más. Casi todos los caricaturistas descubrieron simultáneamente por qué sus fines políticos favoritos nunca habían parecido completamente humanos.

La otra parte de la prensa, que estaba de acuerdo con una defensa eficaz de las costas, continuó fantaseando sobre el tema de las estructuras seudovivas que aún podían crearse, y pedía una defensa aún mayor contra las horribles posibilidades imaginadas por su plana mayor.

Entonces el capitoste informó a la E.B.C. que sus compañeros de dirección consideraban que la reputación de su producto podría dañarse si continuaba asociado a esa nueva ola de notoriedad y controversia que se había levantado en torno al doctor Bocker, y propuso cancelar los compromisos existentes. Los directores de la E.B.C. empezarón a tirarse de los pelos. Los jefes de propaganda, siguiendo los viejos métodos, opinaron que cualquier clase de propaganda era siempre beneficiosa. El capitoste habló de la dignidad y también del peligro que corría la venta del producto que ellos patrocinaban al ir asociado a las teorías de Bocker, temiendo el efecto perjudicial que eso podría tener en los grandes mercados. La E.B.C. paró el golpe haciendo observar que la publicidad hecha había ligado para siempre los nombres de Bocker y del producto en el pensamiento público. Nada se ganaría con dar marcha atrás; por tanto, consideraban que la firma debía continuar adelante, haciendo lo posible por sacar el mayor valor al dinero invertido.

El capitoste respondió que su firma había intentado contribuir seriamente a la instrucción y a la seguridad pública organizando una expedición científica, no una vulgar payasada. Por ejemplo, justamente la noche anterior uno de los propios cómicos de la E.B.C. había sugerido que la seudovida podía explicar un misterio mucho tiempo latente referente a su suegra, y si esas cosas iban a continuar sucediendo, etcétera. La E.B.C. prometió que, en lo sucesivo, esas cosas no contaminarían la

atmósfera, y señaló que si no se daban las series programadas sobre la expedición Bocker después de las promesas hechas, gran número de consumidores del producto pensarían, verosímilmente, que la firma que encabezaba el capitoste que las había apadrinado no era digna de confianza...

Los miembros de la E.B.C. desplegaron una simpatía tremendamente cortés hacia cualquier componente de nuestra expedición que tenían la suerte de encontrar.

Sin embargo, el teléfono continuaba aún trayendo sugerencias y suaves cambios de política. Nosotros hicimos lo que nos pareción mejor. Escribimos sin parar, procurando satisfacer a todas las partes. Fueron explosivas dos o tres conferencias precipitadas con el propio doctor Bocker, que se pasó la mayor parte del tiempo amenazando con echarlo todo a rodar porque la E.B.C., demasiado evidentemente, no le había puesto junto a un micrófono para hablar en directo, sino que insistía en grabar cintas magnetofónicas.

Al fin estuvieron terminados los relatos. Estábamos demasiado cansados de ellos para discurrir algunos más. Hicimos, pues, nuestro equipaje precipitadamente y nos marchamos sin conmiseración hacia la paz y la soledad de Cornwall.

La primera cosa perceptible cuando nos acercamos a Rose Cottage fue una innovación.

-¡Cielos! -exclamé-. Tenemos algo perfectamente bueno dentro de casa. Si espero a venir aquí a sentarme al aire libre, es porque muchos de tus sesudos amigos...

-Es un emparrado -me interrumpió Phyllis con frialdad.

Lo mire con más detenimiento. La arquitectura se salía de lo normal. Hasta una de las paredes me produjo la impresión de que estaba un poco inclinada.

-¿Para qué necesitamos un emparrado? -pregunté.

-Bueno, a uno de nosotros puede gustarnos trabajar ahí los días que sean muy calurosos. Frena el viento y evita que vuelen los papeles.

-¡Oh! -exclamé.

Con tono defensivo en la voz, añadió:

-Después de todo, cuando uno está enladrillando, tiene que construir *algo*.

¡Qué alivio estar de regreso! Era difícil, hallándose allí, creer que existía en el mundo un lugar llamado La Escondida, y aún más difícil creer en tanques marinos y en gigantescos celentéreos, falsos o no. A pesar de todo, no me consideraba capaz de relajarme a gusto, de descansar como esperaba...

Durante la primera mañana, Phyllis sacó las cuartillas de su frecuentemente abandonada novela y con aire desafiante las llevó al emparrado. Vagabundeé por los alrededores, preguntándome por qué la sensación de paz que yo esperaba no flotaba sobre mí. El mar continuaba azotando la costa como desde tiempo inmemorial. En realidad, era difícil imaginar novedades tan morbosas como las que se habían deslizado por

las playas de La Escondida. Bocker aparecía, en el recuerdo, como un duendecillo travieso en posesión de un poder de alucinación. Fuera de su espacio, el mundo era un lugar espléndido, perfectamente ordenado. Al menos, así parecía por el momento; aunque he de confesar que esta opinión no me duró mucho, sobre todo cuando, pocos días después, dejando aparte mi juicio particular, eché sobre él una mirada más general.

El transporte aéreo nacional funcionaba ya, aunque cubriendo nada más que las necesidades primordiales. Se había descubierto que dos enormes transportes aéreos volando a todo motor podían realizar en menos tiempo el mismo servicio que los buques de mercancía en un tiempo mayor; pero el coste era muy elevado, y a pesar del sistema de racionamiento, el coste de la vida se había elevado ya en un doscientos por ciento aproximadamente.

Reducido el comercio a lo esencial, se hallaban en sesión casi permanente media docena de conferencias económicas. La sensación general era que se hacía necesario un incremento en el impuesto de lujo. No había duda de que se estaba fraguando un rígido reajuste de tarifas.

Aún se encontraban algunos barcos cuya tripulación estaba dispuesta a hacerse a la mar; pero las compañías de seguros elevaron su prima de tal forma, que sólo podía pagarse cuando las necesidades del transporte lo hacían indispensable.

Alguien, en alguna parte, se había dado cuenta, en un momento de inspiración, de que por todo barco perdido se cobraba un buen seguro, y hubo en todo el mundo un frenético deseo de fletar buques de todas clases y modelos. También hubo una propuesta de construir transatlánticos en masa, pero se pensó que eso llevaría mucho tiempo.

En todos los países marítimos, los jóvenes trabajaban firmemente. Todas las semanas se sacaban a la luz nuevos proyectos, algunos con bastante éxito para ponerlos en práctica..., pero casi nunca llegaban a prosperar. Sin embargo, era indudable que algún día los científicos encontrarían la respuesta a todo aquello... y siempre podía ser el día siguiente.

Por lo que yo pude enterarme, la fe general en los científicos era ahora, en cierto modo, superior a la de los científicos en sí mismos. Su fracaso como salvadores empezaba a oprimirlos. Su principal dificultad no era tanto su infecundidad de invención como su falta de información. Necesitaban más datos, y no podían obtenerlos. Uno de ellos me indicó:

-Si usted intenta hacer una trampa para cazar un fantasma, ¿cómo se las compondría?... Sobre todo, si no tiene a mano un pequeño fantasma para practicar...

Estaban preparados para atrapar una brizna de paja..., lo cual podía ser muy bien la razón de que solamente entre una sección desesperada de los científicos se hubiera tomado muy en serio la teoría de Bocker sobre las formas seudobióticas.

En cuanto a los tanques marinos, los periódicos más decididos les dedicaron mucho tiempo y espacio; de esta forma se convirtieron en noticias giratorias. Partes seleccionadas de las películas de La Escondida se pasaron con nuestros relatos en la E.B.C. A la B.B.C se le entregaron unas secuencias para que las diera en sus noticias. Se trataba de una

cortesía por nuestra parte. En realidad, la tendencia a considerar las cosas en una extensión que estaba causando alarma me extrañó hasta que descubrí que, en ciertos barrios, todo lo que entretenía la atención, apartándola de los quebraderos de cabeza domésticos, se consideraba magnífico, y no había duda de que los tanques marinos cumplían a la perfección este propósito.

Sin embargo, sus devastaciones se iban convirtiendo en asuntos muy serios. En el corto plazo de tiempo que había transcurrido desde que nos marchamos de La Escondida, tuvimos noticias de que habían sido invadidos diez u once lugares situados en el área del Caribe, entre ellos una ciudad marítima de Puerto Rico. Solamente la rápida actuación de los aviones de la base norteamericana de las Bermudas cortó un ataque más al interior. Pero ésta fue una acción en corta escala comparada con lo que estaba sucediendo en la otra parte del mundo. Informes, al parecer dignos de crédito, hablaban de una serie de ataques realizados en la costa oriental del Japón. En Hokkaido y en Honshu habían tenido lugar ataques ralizados por una docena o más de tanques marinos. Más al sur, en la zona del mar de Banda, los informes eran confusos, pero, evidentemente, relacionados con un considerable número de ataques en varias escalas. Mindanao iba en cabeza al anunciar que cuatro o cinco de sus ciudades costeras orientales habían sido atacadas simultáneamente, en una operación en la que debieron de utilizarse por lo menos sesenta tanques marinos.

Para los habitantes de Indonesia y de las Filipinas, esparcidos por innumerables islas situadas en alta mar, la perspectiva era muy diferente a la que hacían frente los británicos, reunidos en su isla, con un somero mar del Norte, que no mostraba señales de anormalidad a su espalda. Entre los isleños, los informes y los rumores se esparcían como un reguero de pólvora, haciendo que todos los días miles de personas abandonaran las costas y huyeran llenas de pánico tierra adentro. Algo parecido, aunque no a la misma escala de pánico, sucedía, al parecer, en las Indias Occidentales.

Comencé a darme cuenta de un hecho que nunca había imaginado. Los informes relataban la existencia de cientos, tal vez de miles de esos tanques marinos..., cifras que indicaban no unos esporádicos ataques, sino una campaña ofensiva.

-Se les deben proporcionar defensas o dar al pueblo los medios para que se defienda por sí mismo -dije-. No se puede asegurar la economía en un lugar donde todo el mundo tiene miedo a permanecer cerca de la costa. Hay que hacer todo lo posible por el pueblo que trabaja y vive allí.

-Nadie sabe en dónde atacarán la próxima vez, y hay que actuar sobre la marcha cuando tal cosa ocurre -respondió Phyllis-. Eso significaría poner las armas en manos del pueblo.

-Bien. Entonces, habrá que entregarle armas. ¡Caramba, no es función del Estado privar a su pueblo de los medios de autoprotección!

-¿No? -preguntó Phyllis, reflexiva.

-¿Qué quieres indicar?

-¿No has considerado como un hecho extraño que todos nuestros gobiernos, que no se cansan en afirmar que gobiernan por la voluntad del

pueblo, evitan el riesgo de poner las armas en manos de sus súbditos? ¿No es casi un principio que a un pueblo no se le puede consentir que se defienda por sí mismo, sino que se le debe obligar a defender a su gobierno? El único pueblo conocido que goza de la confianza de su gobierno es el suizo, y, por ser un país interior, no tiene nada que hacer en este asunto.

Estaba asombrado. La respuesta de mi mujer se hallaba fuera de lo normal. Phyllis me daba la impresión de que también estaba cansada.

-¿Qué te pasa, Phyllis?

Se encogió de hombros.

-Nada, excepto que a veces me siento fastidiada de tener que aguantar tantos fingimientos y engaños, y admitir que las mentiras no son mentiras y la propaganda no es propaganda. Procuraré apartarlo de mi mente otra vez... ¿No deseas algunas veces haber nacido en la Era de la Razón, en lugar de en la Era de la Razón Aparente? Estoy segura de que dejarán que esas horribles cosas maten a miles de personas antes de arriesgarse a entregarles armas bastante poderosas para defenderse por sí mismas. Y expondrán argumentos poderosísimos de por qué es mejor así. ¿Qué importan unos miles o unos millones de seres? Las mujeres continuarán pariendo, dando hombres al mundo. Pero los gobiernos son importantes... No se les debe poner en peligro.

-Cariño...

-Por supuesto, habrá indicios de que se tomarán medidas. Acaso se instalen pequeñas guarniciones en lugares importantes, estratégicos. Los aviones estarán preparados para acudir a la menor llamada..., y acudirán después que haya sucedido lo peor..., cuando los hombres y las mujeres hayan sido atados, amontonados y echados a rodar por esas horribles cosas, y las muchachas, cogidas por el pelo, hayan sido arrastradas por el suelo como la pobre Muriel, y las personas hayan sido partidas en dos, como aquel hombre que fue cogido por dos de ellos a la vez..., *entonces* los aviones llegarán, y las autoridades declararán que lamentan haber llegado un poco tarde, pero que existen dificultades técnicas en tomar medidas adecuadas. Ése es el modo corriente de actuar, ¿no?

-Pero, Phyllis, cariño...

-Sé, Mike, lo que vas a decirme, pero estoy asustada. Nadie *hace* en realidad nada. No existe realización, ni un genuino intento de cambiar las fórmulas para enfrentarse con ello. Los barcos navegan lejos de los mares profundos; Dios sabe cuántos de esos tanques marinos estarán preparados para atacar, atrapar y llevarse a las personas. Nos dicen, «¡Querido, querido! ¡Qué pérdida comercial!», y hablan, hablan, hablan, como si todo fuera a terminarse con sólo hablar mucho. Cuando alguien como Bocker sugiere que se *debe hacer algo*, lo echan por tierra y le tachan de sensacionalista... o de alarmista. ¿Cuántas personas consideran que deben morir antes de que *deban* hacer algo?

-Pero ellos están intentando, ya lo sabes, Phyllis...

-¿Que lo están intentando? Creo que están contrapesando las cosas todo el tiempo. ¿Cuál es el coste mínimo a que puede conservarse el prestigio político en las actuales condiciones? ¿Cuántas pérdidas de vida necesitará el pueblo antes que ellos lo consideren un peligro? ¿Sería o no

inteligente declarar la ley marcial? Etcétera, etcétera. En lugar de admitir la existencia del peligro y actuar en consecuencia... ¡Oh, yo podría...!

Se calló de repente. Su expresión cambió.

-Lo siento, Mike. No debería haber expuesto teorías como éstas. Debo de estar cansada, o algo por el estilo.

Y se alejó de mí con el decidido propósito de que no la siguiera.

Aquella explosión me perturbó de mala manera. Nunca la había visto en un estado semejante desde hacía muchísimos años. Efectivamente, desde que murió nuestro bebé.

A la mañana siguiente no sucedió nada que me tranquilizara. Di la vuelta al *cottage* y me la encontré sentada en aquel ridículo emparrado. Sus brazos estaban extendidos sobre la mesa delante de ella; su cabeza descansaba sobre ellos, con los cabellos desparramados encima de las desordenadas cuartillas de la novela. Estaba llorando desesperadamente, firmemente.

Le levanté la barbilla y la besé.

-Cariño..., cariño..., ¿qué te...?

Me miró con las lágrimas aún corriendo por sus mejillas. Dijo, desconsolada:

-No puedo hacerlo. Me es imposible trabajar.

Miró desesperada a las cuartillas escritas. Me senté a su lado y le rodeé el busto con mi brazo.

-No importa, querida. Ya lo harás...

-No, Mike. Cada vez que lo intento, otros pensamientos acuden en su lugar. Estoy atemorizada.

La abracé con fuerza.

-No hay motivo alguno para que estés atemorizada, cariño.

Alzó los ojos hacia mí.

-¿Tú no estás asustado? -me preguntó.

-Nos hacemos viejos -le respondí-. Hemos gastado demasiadas energías en escribir nuestros relatos. Vámonos a la costa norte. Tal vez sea un buen día hoy para hacer esquí náutico.

Se enjugó suavemente los ojos.

-Muy bien -respondió, con una mansedumbre desacostumbrada.

Realmente necesitábamos relajarnos para conseguir que desapareciera el temor concentrado en nosotros. Así, pues, descansamos completamente durante seis semanas. No escribimos ningún relato, no atendimos al teléfono, no pusimos la radio, no hicimos caso de la novela.

Claro está que estas seis semanas me habían convertido en un adicto a esta vida y hubiera continuado con ella muchas semanas más si el azar no me hubiera conducido una tarde a las seis a una pequeña taberna.

Cuando me hallaba sentado a la barra tomando mi segunda caña de cerveza, el tabernero puso la radio para oír el boletín de noticias. Toda la torre de marfil que yo había levantado con tanto cariño se vino abajo a las primeras frases. La voz del locutor decía:

-«Aún no conocemos todos los detalles de la acción de esos desconocidos en el distrito Oviedo-Santander, y las autoridades españolas creen que nunca podrán conocerse definitivamente. Los medios oficiales admiten que el cálculo de tres mil doscientos accidentes, incluyendo

hombres, mujeres y niños, hay que tomarlo con reserva, pues acaso sea un quince o un veinte por ciento inferior a la cifra actual.

»Hoy, en el Parlamento, el jefe de la oposición, tras expresar el sentimiento de simpatía por su partido hacia el pueblo español, corroborando las palabras del primer ministro, señaló que los accidentes en esta tercera serie de ataques, el realizado contra Gijón, hubiera sido considerablemente más grave si el pueblo no hubiera realizado la defensa por sus propias manos. El pueblo, dijo, estaba autorizado para defenderse. Fue excelente decisión del gobierno proveerle de armas. Si un gobierno descuida tal deber, nadie puede condenar a un pueblo por dar los pasos necesarios para llevar a cabo su propia protección. Sería mucho mejor estar preparado con una fuerza organizada.

»El primer ministro replicó que la naturaleza de los pasos que se dieran, si fuera necesario, estaría dictada por la emergencia, si alguna surgiera. Continuó diciendo que aquéllas eran aguas profundas. En cambio, era un consuelo considerar que las Islas Británicas se hallaban situadas en aguas poco profundas».

El tabernero se acercó a la radio y la apagó.

-¡Caramba! -exclamó-. Se estomaga uno. Siempre el mismo tema sangriento. Le tratan a uno como si fuera un conjunto de muchachos sanguinarios. Lo mismo que durante la guerra. Los guardias vigilando, a la caza de los terribles paracaidistas, y todos con el espíritu sanguinario a cuestas. Como alguien dijo: «Pero ¿qué clase de pueblo sanguinario creen ellos que somos?».

Le ofrecí una copa, diciéndole que hacía muchos días que no oía ninguna noticia, y le pregunté qué pasaba. Dejando a un lado su monotonía adjetiva, y completando la información con lo que pude enterarme más tarde, resumiré lo que me dijo: Durante las pasadas semanas, los ataques se habían extendido más allá de los trópicos. En Bunbury, a unos doscientos kilómetros aproximadamente de Fremantle, en Australia Occidental, un contingente de cincuenta o más tanques marinos habían desembarcado e invadido la ciudad antes que se diera ninguna señal de alarma. Unas cuantas noches después, La Serena, en Chile, fue tomada igualmente por sorpresa. Al mismo tiempo, en el área de Centroamérica, los tanques habían cesado de ser dirigidos hacia las islas, y había habido un número de incursiones, grandes y pequeñas, contra las costas del golfo de México y del Pacífico. En el Atlántico, las islas de Cabo Verde habían sido atacadas repetidamente, y la acción se había extendido hacia el norte, hacia las islas Canarias y de Madeira. Se habían llevado a cabo algunos asaltos en pequeña escala, también contra la costa africana.

Europa permanecía como espectador interesado. En opinión de sus habitantes, su base de estabilidad es firme. Los huracanes, las tempestades, los terremotos, etc., son extravagancias excelentemente dirigidas para que sucedan en las partes más exóticas y menos sensibles de la Tierra; todos los daños europeos importantes fueron causados, tradicionalmente, por el propio hombre en periódicos accesos de locura. Por eso, no se esperaba en serio que el peligro se acercara más acá de la isla de Madeira... o, acaso, de Rabat o Casablanca.

Por consiguiente, cuando, cinco noches antes, los tanques marinos se arrastraron por el fango, cruzaron la playa y subieron hasta Santander, no se encontraron solamente con una ciudad desprevenida, sino también carente de toda clase de información sobre ellos.

Alguien telefoneó a la guarnición del cuartel que submarinos desconocidos estaban invadiendo el puerto; alguien también llevó la noticia de que los submarinos estaban desembarcando tanques, y alguien más contradijo la anterior información asegurando que los propios submarinos eran anfibios. Puesto que algo era cierto, aunque oscuro y extraño, los soldados salieron a investigar.

Los tanques marinos continuaban su marcha lentamente. Los soldados, cuando llegaron, se vieron forzados a abrirse camino por entre masas de habitantes en oración. En varias calles, las patrullas llegaron a una decisión similar: si se trataba de una invasión extranjera, su deber era rechazarla; si se trataba de algo diabólico, la misma acción, aunque carente de efectividad, los pondría al lado de Dios. Abrieron, pues, fuego.

Después de eso, todo se había convertido en un caos de ataques, contraataques, partidismo, incompresión y exorcismo, en medio de lo cual los tanques marinos se situaron para exudar sus celentéreos revolucionarios. Sólo cuando se hizo de día y los tanques marinos se habían retirado, fue posible salir de la confusión; pero para entonces habían desaparecido dos mil personas aproximadamente.

-¿Cómo es posible que desaparecieran tantas? ¿Es que todo el pueblo se había echado a la calle a rezar? -pregunté.

El tabernero me contestó que, según las noticias propagadas por los periódicos, el pueblo no se dio cuenta de lo que estaba pasando. Como no había leído nada ni estaba interesado por lo que ocurría en el mundo exterior, no tuvo idea de lo que iba a suceder hasta que el primer celentéreo lanzó sus pelitos. Entonces cundió el pánico. Los más afortunados echaron a correr; los otros se refugiaron a la velocidad del rayo en las casas más cercanas.

-Debían de haberse hallado completamente a salvo allí -dije.

Pero, al parecer, yo estaba anticuado. Desde que los vimos en La Escondida, los tanques marinos habían aprendido algunas cosas; entre ellas, que si el piso bajo de un edificio se destruye, el resto se viene abajo, y una vez que los celentéreos han provocado el pánico en esas casas, comienza la demolición. El pueblo metido en los edificios tenía que elegir entre dejar que la casa se hundiera con ellos o salir precipitadamente de ellas para salvarse.

A la noche siguiente, vigilantes de varios pueblecitos y aldeas del oeste de Santander descubrieron marcas de tanques marinos dirigiéndose hacia tierra. Hubo tiempo de levantar a los habitantes y hacer que huyeran. Una unidad de las fuerzas aéreas españolas estaba preparada, y entró en acción con focos y cañones. En San Vicente volaron media docena de tanques marinos en su primer ataque, y se rechazó el resto. Los defensores consiguieron apoderarse del último de ellos cuando le faltaba pocos centímetros para sumergirse. En los otros lugares donde desembarcaron, las defensas se comportaron casi del mismo modo. No fueron soltados más de tres o cuatro celentéreos en total, y sólo una

docena, aproximadamente, de pueblerinos fue apresada por ellos. Se estimaba que unos cincuenta tanques marinos habían tomado parte en la acción, de los cuales sólo habían vuelto a las profundidades del mar cuatro o cinco. Era una magnífica victoria, y el vino corrió en abundancia para celebrarla.

A la noche siguiente, hubo vigilantes a lo largo de toda la costa, preparados para dar la voz de alarma en cuanto la primera joroba oscura hiciera su aparición fuera del agua. Pero durante toda la noche las olas acariciaron suavemente las playas, sin que nada interrumpiera ni rompiera su monótona placidez. A la mañana siguiente se vio claro que los tanques marinos, o quienes los dirigieran, habían aprendido una dolorosa lección. Los pocos que sobrevivieron al ataque estaban, por lo visto, dispuestos a invadir lugares menos alertados.

Durante el día amainó el viento. Por la tarde se levantó niebla, que por la noche espesó, impidiendo toda visibilidad a pocos metros de distancia. En alguna parte, aproximadamente a las diez y media de la noche, los tanques marinos, comenzaron a surgir pausadamente de las tranquilas aguas de Gijón, sin un solo ruido que revelara su presencia hasta que sus barrigas metálicas empezaron a arrastrarse cuesta arriba. Los pocos barcos que estaban anclados todavía en el muelle fueron apartados a un lado o aplastados por el avance de los tanques marinos. Fue el crujido del maderamen lo que sacó a los hombres de las posadas situadas a orillas del mar para investigar.

Con la niebla podían ver poco. El primer tanque marino debió de enviar pompas de celentéreos por los aires antes que los hombres se dieran cuenta realmente de lo que estaba sucediendo, porque ahora todo eran gritos, aullidos y confusión. Los tanques marinos avanzaban lentamente a través de la niebla, crujiendo y chirriando por las estrechas calles, mientras que detrás de ellos continuaban saliendo del agua muchos más. El muelle se vio invadido por el pánico. La gente huía corriendo de un tanque para tropezar con otro. Sin esperar a nada, unos pelitos en forma de látigo fustigaron en la niebla, encontrando sus víctimas y empezando a contraerse. Un poco después hubo un pesado chapoteo mientras rodaban con sus fardos por el malecón, en su retirada hacia el agua.

La alarma, corriendo ciudad arriba, llegó a la comisaría. El oficial de servicio dio por teléfono la señal de alerta. Escuchó y, luego, colgó el auricular lentamente.

-Nos prepararemos -dijo-, aunque no creo que podamos hacer nada.

Dio orden de sacar los fusiles y de que se entregaran a todo hombre capaz de manejarlo.

-No conseguiremos nada, pero puede haber suerte. Vigilen atentamente, y si encuentran un punto vital, informen en seguida.

Despachó a los hombres con poca esperanza de que pudieran ofrecer algo más que una escasa resistencia. Oyó ruido de disparos. De pronto hubo una explosión que hizo temblar los cristales de las ventanas; luego, otra. Sonó el teléfono. Una voz nerviosa explicó que un grupo de trabajadores portuarios estaba arrojando cartuchos de dinamita y de gelignita debajo de los tanques marinos que avanzaban. Otra explosión conmovió de nuevo las ventanas. El oficial actuó deprisa.

-Perfectamente. Busquen al jefe. Autorícele de mi parte. Procure que sus hombres despejen a la gente -ordenó.

Esta vez no fue muy sencillo intimidar a los tanques marinos, siendo difícil obtener datos e informes. Se estimó que el número de los destruidos oscilaba entre treinta y setenta, hallándose el número de los que intervinieron entre cincuenta y ciento cincuenta. Según estas cifras, la fuerza tuvo que ser considerable, y la presión cesó únicamente un par de horas antes de amanecer.

Cuando salió el sol para disipar lo que quedaba de niebla, alumbró una ciudad mutilada en parte y completamente cubierta de sustancia viscosa; pero también una población que sentía, a pesar de algunos centenares de víctimas, que había ganado honores en la batalla.

El informe, como yo lo obtenía del tabernero, era breve; pero incluía los puntos principales. Terminó con esta advertencia:

-Reconocen que hubo más de un centenar de esas malditas cosas destruidas en las dos noches. Además, están también todas esas que invadieron otros lugares... Por lo menos, debe de haberse destruido un millar de esos bastardos que surgen del fondo del mar. Yo digo que, en algún momento, se les podrá dar un buen escarmiento. Pero no. «No existe motivo de alarma», dice el condenado gobierno. ¡Hum! Continuará no habiendo causa para alarmarse hasta que unos cuantos centenares de infelices diablos, en alguna parte de estas islas, desaparezcan a manos de esas condenadas babosas. *Entonces*, todo serán órdenes de emergencia y de condenado pánico. Ya lo vera.

-El golfo de Vizcaya es muy profundo -señalé-. Mucho más profundo que todo el agua que tenemos a nuestro alrededor.

-¿Y qué? -preguntó el tabernero.

Cuando volví a pensar en esta pregunta, me di cuenta de que era excelente. Las verdaderas fuentes de perturbación se hallaban, sin duda alguna, en las más grandes profundidades, y las primeras invasiones de la superficie terrestre tuvieron lugar cerca de esas grandes Profundidades. Pero no existía ningún fundamento para asegurar que los tanques marinos *debían* operar siempre cerca de una Profundidad. En realidad, desde un punto de vista puramente mecánico, escalar una pendiente ligeramente inclinada seria para ellos más fácil que una escarpada... ¿no? También existía el punto de que cuanto más profundo estuvieran, menos energía tendrían para dirigir su peso. De nuevo surgía el hecho de que nosotros sabíamos demasiado poco de ellos para hacer profecías que tuvieran algún valor. El tabernero, como cualquier otra persona, tenía seguramente razón.

Así se lo confesé, y bebimos con la esperanza de que no la tuviera. Me detuve en la ciudad para mandar un telegrama a Phyllis, que había ido a Londres por unos días, y regresé a casa para empaquetar mis cosas. A la mañana siguiente, me trasladé a la capital.

Para ocupar el viaje enterándome de lo que pasaba por el mundo, compré una colección de periódicos y revistas. El urgente tópico en la mayoría de los diarios era «preparación de la costa...». Las izquierdas pedían que se fortificara completamente la costa atlántica; las derechas rechazaban las oleadas de pánico hablando de fantasías. Aparte de eso, la

perspectiva no había cambiado mucho. Los científicos no habían inventado aún una panacea (aunque el acostumbrado nuevo proyecto estaba a punto de probarse); los barcos mercantes aún obstruían los puertos; en las fábricas de aviones trabajaban tres turnos y amenazaban con ir a la huelga, y el Partido Comunista declaraba que cada nuevo avión era un paso hacia la guerra.

Míster Malenkov, entrevistado por telegrama, había dicho que aunque el intensificado programa de construcción de aviones en Occidente no era más que una parte de un plan fascista-burgués de los fabricantes de armamentos, eso no engañaba a nadie; así, pues, era tan grande la oposición del pueblo ruso a cualquier idea de guerra, que la producción de aviones en la Unión Soviética para la Defensa de la Paz se había triplicado. En realidad, estaban tan resueltamente determinados los pueblos de las democracias libres a conservar la paz, a pesar de la nueva amenaza imperialista, que la guerra no era inevitable..., aunque existía la posibilidad de que, hartos de la prolongada provocación, la paciencia de los pueblos soviéticos se agotase.

Lo primero que advertí cuando entré en mi piso fue un gran número de cartas sobre el felpudo, y un telegrama, seguramente el mío, entre ellas. Tuve la sensación de que la casa estaba completamente abandonada.

En el dormitorio encontré señales de haberse hecho las maletas precipitadamente; en el fregadero de la cocina encontré algunas piezas de vajilla sin fregar. Miré en el libro diario, pero el último asiento databa de hacía tres meses y decía simplemente: «Costillas de cordero».

Llamé por teléfono. Fue agradable oír la voz de Freddy Whittier celebrando que yo estuviera en circulación de nuevo.

Tras los saludos, dije:

-Escucha: he estado tan completamente incomunicado que me parece haber perdido a mi esposa. ¿Puedes tú darme una idea...?

-¿De haber perdido tu qué? -preguntó Freddy con tono de voz asustado.

-Mi esposa..., Phyllis -repetí.

-¡Oh! Creí que habías dicho «tu vida»[1]. ¡Oh!, ella está bien. Se marchó con Bocker hace un par de días -le anunció jovial.

-Esa no es forma de dar noticias -le dije-. ¿Qué quieres decir con que «se marchó con Bocker»?

-Pues que se fue a España -me contestó-. Están metidos en un batiscafo o algo por el estilo. En realidad, estoy esperando un mensaje de ella en cualquier momento.

-Así, pues, ¿me está pisando el trabajo?

-Lo está preparando para ti... Es a otra persona a quien le gustaría pisártelo. Es estupendo que hayas regresado.

El piso estaba triste. Me sentí decaído. Así, pues, me fui al Club, en donde pasé toda la tarde.

El timbre del teléfono situado a la cabecera de mi cama me despertó. Encendí la luz. Eran las cinco.

-¿Diga? -pregunté al teléfono. Era Freddy.

[1] En inglés, *wife* (esposa) y *life* (vida) se pronuncia casi igual. *(N. del T.)*

Mi corazón dio un salto al reconocer su voz a tal hora.

-¿Mike? -preguntó a su vez-. Bien. Ponte el sombrero y coge el magnetófono. Un coche se dirige a tu casa para recogerte.

Mi cabeza aún no recogía bien.

-¿Un coche? -repetí-. ¿Acaso Phyl...?

-¿Phyl?... ¡Oh, no! Tu mujer está bien. Su mensaje llegó anoche a las nueve. Según mis instrucciones, la respuesta incluía tus cariños hacia ella. Ahora date prisa, viejo. El coche estará en la puerta de tu casa dentro de unos instantes.

-Pero escucha... Aquí no tengo magnetófono. Debe de habérselo llevado Phyl.

-¡Demonios!... Bueno, intentaré llevarte uno al avión, a tiempo.

-¿Al avión? -pregunté.

Pero había sido cortada la comunicacion.

Me tiré de la cama y empecé a vestirme. Antes que terminara sonó el timbre de la puerta. Era uno de los chóferes de la E.B.C. Le pregunté qué demonios pasaba; pero todo cuanto él sabía era que en Northolt me estaba esperando un trabajo especial. Busqué mi pasaporte y nos fuimos.

Resultó que no necesitaba el pasaporte. Lo averigüé cuando me reuní con una pequeña sección legañosa de Fleet Street, que estaba reunida en la sala de espera tomando café. También se hallaba allí Bob Humbleby.

-¡Ah! El otro hablador mundial -dijo alguien-. Pensé que conocía a mi Watson.

-¿Qué pasa? -inquirí-. Me han sacado, aprisa y corriendo, de una caliente aunque solitaria cama; me han traído a gran velocidad en el coche... Sí, gracias. Un trago de eso hace revivir a cualquiera.

El samaritano me miro.

-¿Quieres decir con eso que no has oído nada? -me preguntó.

-¿Oído?... ¿Qué?

-Invasión. Lugar llamado Buncarragh, Donegal -me contestó telegráficamente-. Y, en mi opinión, muy adecuado también. Deben de sentirse realmente en casa entre los trasgos y los duendes. Pero no me cabe duda de que los nativos nos vendrán diciendo después, que es otra injusticia que el primer lugar de Inglaterra visitado por ellos haya sido Irlanda, y tendrán razón.

En verdad era muy extraño encontrar ese mismo olor desagradable a pescado en una aldea irlandesa. La Escondida era, en sí misma, exótica e inverosímil; pero que la misma cosa sucediera entre estos apacibles verdores y azules nublados; que los tanques marinos hubieran invadido este grupo de pequeños *cottages* grises y extendido aquí sus tentáculos, parecía totalmente absurdo.

Sin embargo, allí estaban las piedras hundidas del pequeño malecón, las muescas en la playa junto a la muralla del puerto, los cuatro *cottages* demolidos, las espantadas mujeres que habían presenciado cómo enredaban a sus hombres en las mallas de los pelitos, y, sobre todo, la misma profusión de sustancia viscosa por todas partes, y el mismo olor.

Según dijeron habían estado allí seis tanques marinos. Una pronta llamada telefónica hizo venir a un par de «combatientes» a toda velocidad. Los aviones destruyeron tres, sumergiéndose el resto en el agua..., aunque no antes que los precediera media población de la aldea, envuelta en sus fuertes tentáculos.

A la mañana siguiente hubo un ataque más al sur, en Galway Bay.

En el momento de regresar a Londres ya había empezado la campaña. Este no es lugar para hacer un detallado examen de ella. Aún deben existir copias del informe oficial, y su exactitud será más provechosa que mis embrollados recuerdos.

Phyllis y Bocker regresaron también de España, y ella y yo nos pusimos a trabajar. Desde luego, en una línea de trabajo en cierto modo diferente, porque las noticias diarias de los ataques de los tanques marinos las proporcionaban ahora las agencias y los corresponsales locales. Nos convertimos en una especie de agentes de la E.B.C. que coordinaban el trabajo de la emisora con el de las Fuerzas Armadas y también con Bocker...; al menos, eso era lo que nosotros hacíamos: decir a los oyentes lo que podíamos acerca de lo que ellos estaban haciendo.

Y era mucho. La República de Irlanda había suspendido, por el momento, el pasado para pedir prestado gran número de minas, bazucas y morteros, y luego accedió a aceptar también el envío de un contingente de especialistas en el manejo de dichas armas. A todo lo largo de la costa occidental y meridional de Irlanda, escuadrillas de hombres colocaron campos de minas más arriba de la línea de la marea, donde no existían acantilados protectores. En los pueblos costeros, permanecían toda la noche de vigilancia piquetes con armas lanzadoras de bombas. En otros lugares, los aviones esperaban una llamada, así como los jeeps y carros blindados.

En el sudoeste de Inglaterra y en las más dificultosas costas occidentales de Escocia se tomaron precauciones similares.

Pero eso no detuvo en absoluto a los tanques marinos. Noche tras noche, en la costa irlandesa, en la costa británica, a lo largo del golfo de Vizcaya y de la costa portuguesa, realizaban ataques en grande o pequeña escala. No obstante, habían perdido su arma más potente: la sorpresa. Normalmente, los que iban delante daban la voz de alarma al ser volados por los campos de minas; en ese momento en que se abría una brecha, entraban en acción las defensas y la población se ponía a salvo. Los tanques marinos que conseguían penetrar hacían algún daño, pero encontraban poca presa, y sus pérdidas eran frecuentemente de un ciento por ciento.

En el Atlántico, la pérdida mayor estaba casi reducida al golfo de México. Los ataques a la costa oriental eran efectivamente tan desmoralizadores que se realizaron pocos al norte de Charleston: en la parte del Pacífico hubo algunos más arriba de San Diego. En general, fueron las dos Indias, las Filipinas y el Japón quienes continuaron sufriendo más; pero también allí estaban aprendiendo a infligir enormes pérdidas a cambio de ganancias escasas.

Bocker empleó mucho tiempo moviéndose de acá para allá, con el fin de convencer a las autoridades para que incluyeran trampas entre las

defensas. Tuvo poco éxito. Ningún lugar experimentaba deseos de contemplar en sus playas la perspectiva de un tanque marino apresado, capaz de arrojar celentéreos por tiempo ignorado; además, Bocker ni siquiera tenía ideas exactas sobre la colocación de las trampas, aparte de la construcción de gran cantidad de ellas en bases ocultas o eficaces.

Se colocaron unos cuantos cepos, pero ninguno apresó nada. Ni siquiera el más esperanzador proyecto de conservar cualquier tanque marino inutilizado o atascado para su examen resultó mejor. En algunos lugares, los defensores fueron convencidos de que los rodearan con una valla de alambre en lugar de volarlos; pero ésa fue la parte más fácil del problema. Quedó sin resolver lo que se haría a continuación. Cualquier intento de barrenarlos producía invariablemente una expulsión de chorros de sustancia viscosa. Con frecuencia lo hacían antes que se intentara. Bocker sostenía que era el efecto de estar expuestos a los rayos ardientes del sol. Así, pues, nadie podía decir aún que conocía más de su naturaleza que cuando los vimos por primera vez en La Escondida.

Fueron los irlandeses quienes soportaron casi el peso total de los ataques en el norte de Europa, ataques que eran dirigidos, según Bocker, desde una base situada en alguna parte de la profundidad menor, al sur de Rockall. Desarrollaron tan rápidamente una habilidad con respecto a las cosas, que producía un puntillo de deshonor si alguien intentaba huir. Escocia sufrió solamente unas cuantas visitas menores en las islas exteriores, con apenas víctimas. Los únicos ataques a Inglaterra tuvieron lugar en Cornwall y, en su mayoría, no tuvieron tampoco gran importancia... La única excepción fue una incursión al puerto de Falmouth, donde unos cuantos tanques marinos consiguieron avanzar con éxito más allá de la línea límite de la marea antes que fueran destruidos, aunque un número mucho mayor, según aseguraron, fue destruido por las cargas de profundidad antes que alcanzaran la costa.

Sólo unos cuantos días después de los ataques a Falmouth cesaron las incursiones. Cesaron casi repentinamente, y en lo que se refiere a la masa de tierra más ancha, completamente.

Una semana después ya no hubo duda de que alguien había insinuado al Bajo Mando que suspendiese la campaña. Las costas continentales estaban fortificadas como inexpugnables fortalezas, y el intento había fracasado. Los tanques marinos se dirigían a lugares menos peligrosos; pero el tanto por ciento de sus pérdidas continuaba siendo muy elevado, disminuyendo el número de los que regresaban a su base.

Quince días después de la última excursión se proclamó el fin del estado de emergencia. Algunos días después Bocker hizo por radio sus comentarios sobre la situación.

-Algunos de nosotros –dijo-, algunos de nosotros, aunque no los más juiciosos, han celebrado recientemente una victoria.

»A ellos sugiero que cuando el fuego del caníbal no está lo suficientemente encendido para que hierva el pote, la comida que se realiza puede producir cierta satisfacción; pero, en el sentido de la frase generalmente aceptada, él *no* ha conseguido una victoria. En efecto, si él no hace algo antes que el caníbal tenga tiempo de encender un fuego mejor y mayor, no conseguirá mejor resultado... Por consiguiente,

analicemos esta victoria. Nosotros, pueblo marítimo cuya potencia se debe a los barcos que se dirigían a los rincones más apartados del orbe, hemos perdido el dominio de los mares. Hemos sido arrojados a patadas de un elemento que siempre consideramos de nuestra propiedad. Nuestros barcos solamente se hallan seguros en aguas costeras y en mares poco profundos..., ¿y quién puede decir cuánto tiempo tolerarán aún que permanezcan allí? Nos hemos visto forzados a un bloqueo, más efectivo que cualquier experiencia guerrera; a depender de los transportes aéreos para conseguir los alimentos indispensables para subsistir. Ni siquiera los científicos, que están intentando estudiar los orígenes de nuestros males, han podido *fletar barcos* para hacer su trabajo. ¿Es esto una victoria?... Nadie puede decir con certeza cuál puede ser el eventual próposito de estos ataques a las costas. Han estado echándonos las redes, al igual que nosotros las echamos para coger el pescado, aunque la cosa sea difícil de comprender. En el mar hay muchas cosas que coger, y más baratas que en tierra. Ahora bien: puede tratarse de un intento de conquistar la Tierra..., un intento ineficaz y mal informado; pero, a pesar de todo, casi con más éxito que nuestro intento por alcanzar las profundidades... Si fuera así, entonces sus instigadores están ahora mejor informados sobre nosotros, y, por consiguiente, son más peligrosos en potencia. Seguramente, no lo intentarán de nuevo con las mismas armas, pero no veo la forma de hacer algo para evitar que lo intenten de otro modo con armas diferentes. Por consiguiente, la necesidad que nosotros experimentamos de encontrar una fórmula con que podamos hacerles frente y vencerlos nos obliga a no aminorar nuestros esfuerzos, sino a intensificarlos.

Hizo una pausa y continuó:

-Ha de recordarse que, cuando observamos por primera vez la actividad en las profundidades, indiqué que deberían hacerse todos los esfuerzos posibles para establecer un entendimiento con ellos. No se intentó esto, y es muy probable que nunca exista ya la posibilidad de hacerlo; pero no hay duda de que la situación que yo esperaba que nosotros evitáramos existe actualmente... y es necesario que se proceda a resolverla. Dos formas inteligentes de vida han encontrado intolerable la existencia mutua. He llegado a creer ahora que no tendría éxito ningún intento de *acercamiento*: cuanto más igualados estén los contrincantes, más dura será la lucha. La inteligencia es el arma más poderosa; cualquier forma inteligente de dominar, y, por consiguiente, de sobrevivir, se consigue por su inteligencia. Una forma de inteligencia rival debe, para su existencia, amenazar con dominar y, por tanto, amenazar con la extinción... Las observaciones me han convencido de que mi primer punto de vista era lamentablemente antropomórfico; ahora digo que debemos atacar tan cautamente como nos sea posible, encontrar los medios para ello, y con la decidida intención de exterminación completa. Estas cosas, sean las que fueren, no han tenido solamente un éxito completo en arrojarnos con facilidad de nuestro elemento, sino que han avanzado ya para darnos la batalla en nuestro propio campo. Por el momento, hemos podido rechazarlos; pero volverán, porque a ellos les urge el mismo impulso que a nosotros: la necesidad de exterminar o de ser exterminados. Y cuando

vuelvan de nuevo, si los dejamos, vendrán mejor pertrechados... Tal estado del asunto, vuelvo a repetirlo, no es una victoria...

A la mañana siguiente corrí a ver a Pendell de Adio-Assessment. Me dirigió una mirada sombría.

-Lo intentamos -dije, defendiéndome-. Lo intentamos activamente, pero no pude evitarlo.

-La próxima vez que le vea usted dígale lo que pienso de él, ¿quiere? -sugirió Pendell-. No es que a mí me importe un comino que tenga razón... Es que nunca conocí a un hombre con tal suerte para tener razón en un tiempo en que todo sale mal y todo parece equivocado. Cuando su nombre aparezca en nuestros programas otra vez, si es que aparece, habrá de tener mucho cuidado con lo que dice. Un consejo de amigo: dígale que empiece a cultivar a la B.B.C.

Como esperábamos, Phyllis y yo nos reunimos aquel mismo día con Bocker para almorzar. Inevitablemente, quiso enterarse de las reacciones a su locución radiada. Con toda amabilidad, le proporcioné los primeros informes. El asintió con la cabeza.

-La mayoría de los periódicos siguen el mismo derrotero -dijo-. ¿Por qué he de estar condenado a vivir en una democracia donde el voto de cada loco es igual ál de un hombre sensato? Si toda la energía que ponen en emitir votos se dedicase a realizar trabajo útil, ¡qué gran nación seríamos! Así como así, tres periódicos nacionales, por lo menos, solicitan que se supriman «los millones de impuestos para investigación» con el fin de que el contribuyente pueda comprarse un paquete de cigarrillos más todas las semanas, lo cual quiere decir más espacios en los cargos desperdiciados en tabaco, lo cual quiere decir también más beneficio en tasa, el cual gastará el gobierno en algo diferente a investigación... y los barcos continuarán enmoheciéndose en los puertos. No hay sentido común en eso. Esta es la mayor emergencia que hemos tenido.

-Pero hay que reconocer que esas cosas de las profundidades han recibido un buen golpe -señaló Phyllis.

-Nosotros tenemos por tradición recibir golpes muy fuertes, pero al final ganamos las guerras -replicó Bocker.

-Exactamente -dijo Phyllis-. Nos han dado una paliza en el mar; pero, al final, nos recuperaremos.

Bocker gruñó y giró los ojos.

-La lógica... -empezó a decir.

Pero yo le interrumpí:

-Habla usted como si creyese que, ahora, son más inteligentes que nosotros, ¿no es así?

Arrugó el ceño.

-No veo la forma en que puede contestarse a eso. Mi impresión, como dije antes, es que ellos piensan de modo diferente..., siguiendo derroteros diferentes a los nuestros. Si es así, sería imposible toda confrontación, y descaminado cualquier ataque a ellos.

-¿Cree usted en serio que lo intentarán de nuevo? Quiero decir que ¿no era solamente propaganda quitar interés a la protección de los barcos que hundían?

-¿Produce esa impresión?

-No, pero...

-Efectivamente, quise decir eso -dijo-. Consideremos sus alternativas: o permanecerán en el fondo de los mares esperando que encontremos un medio para destruirlos, o se lanzarán contra nosotros. ¡Oh, sí! A menos que nosotros encontremos muy pronto un medio, no tardarán en estar aquí otra vez... de algún modo.

FASE 3

Aun cuando Bocker lo ignoraba cuando dio su opinión, el nuevo método de ataque ya había empezado, pero tardó seis meses en que se hiciera evidente.

Los navíos oceánicos habían evitado sus rutas acostumbradas, lo cual levantaría un anticipado comentario general; pero con los cruceros transatlánticos realizados solamente por el aire, los informes de los pilotos sobre extendidas y desacostumbradamente densas nieblas en el Atlántico occidental eran registrados simplemente. También, con el incremento de los vuelos, Gander descendió en importancia, así que sus declaraciones frecuentemente confusas producían poca inconveniencia.

Examinando informes de esa época a la luz de conocimientos posteriores, descubrí que también hubo referencias en el mismo período de tiempo sobre nieblas desacostumbradamente extendidas en el noroeste del Pacífico. Las condiciones atmosféricas fueron igualmente malas al norte de la isla japonesa de Hokkaido, y, según me dijo, aún peores en las Kuriles, más al norte. Pero puesto que hacía algún tiempo que los barcos evitaban cruzar las profundidades por esos lugares, la información era escasa, y muy pocos se interesaron por ello. Tampoco atrajo la atención pública las condiciones anormalmente nubosas en la costa sudamericana, al norte de Montevideo.

En Inglaterra se observó frecuentemente una molesta neblina durante el verano, pero con resignación más que con sorpresa.

La niebla, en efecto, apenas la tomó en cuenta la amplia conciencia mundial hasta que los rusos la mencionaron. Una nota de Moscú proclamó la existencia de un área de densa niebla que tenía su centro en los ciento treinta grados de longitud este del meridiano de Greenwich, en el paralelo ochenta y cinco aproximadamente. Los científicos soviéticos, tras algunas investigaciones, declararon que nada parecido se había registrado anteriormente, ni era posible comprender cómo las conocidas condiciones atmosféricas de estos lugares podían generar tal estado, que se mantenía virtualmente invariable tres meses después de haberse observado por primera vez. El gobierno soviético había señalado en diferentes ocasiones anteriores que las actividadcs septentrionales de los mercenarios a sueldo de los fabricantes de armamentos capitalistas podía constituir muy bien una amenaza para la paz.

Los derechos territoriales de la U.R.S.S. en esa área del océano Ártico, situada entre los treinta y dos grados de longitud oeste del meridiano de Greenwich, estaban reconocidos por la ley internacional. Cualquier

incursión no autorizada en esa área constituía una agresión. El gobierno soviético, por consiguiente, se consideraba en libertad de llevar a cabo cualquier acción necesaria para preservar la paz en dicha región.

La nota, enviada simultáneamente a varios paises, recibió una rapidísima y franca contestación de Washington.

Los pueblos occidentales, observó el Departamento de Estado, se interesaban extraordinariamente por la nota soviética. No obstante, como ellos, actualmente, poseían considerable experiencia sobre esta técnica de la propaganda, que había sido llamada el *tuo quoque* prenatal, eran capaces de reconocer sus derivaciones. El gobierno de los Estados Unidos conocía perfectamente las divisiones territoriales en el Ártico..., y por supuesto, el gobierno soviético recordaría, en interés por la exactitud, que el segmento mencionado en la nota era solamente aproximado, siendo exactos los datos siguientes: treinta y dos grados, cuatro minutos y treinta y cinco segundos de longitud este del meridiano de Greenwich, y ciento sesenta y ocho grados, cuarenta y nueve minutos y treinta segundos de longitud oeste del meridiano de Greenwich, dando, por consiguiente, un segmento más pequeño del que se declaraba; pero puesto que el centro del fenómeno mencionado se hallaba dentro de esta área, el gobierno de los Estados Unidos no tuvo conocimiento de ello, naturalmente, hasta que fue mencionado en la referida nota.

Observaciones recientes habían recordado, curiosamente, la existencia de un hecho semejante al que se describía en la nota rusa en un centro también cercano al paralelo ochenta y cinco, pero en un punto situado a noventa grados de longitud oeste del meridiano de Greenwich. Por coincidencia, ésta era justamente el área seleccionada conjuntamente como centro de experimentación por los gobiernos del Canadá y de los Estados Unidos para probar sus más recientes modelos de *missiles* dirigidos a larga distancia. Ya habían sido completados los preparativos para esos experimentos y el primero tendría lugar dentro de pocos días.

Los rusos especulaban sobre la singularidad de elegir un área de expermientación donde no eran posibles las observaciones; los americanos, sobre el celo eslavo por la pacificación de regiones inhabitadas. Si ambas partes procedieron entonces a atacar sus respectivas nieblas, es un dato que no consta en los informes públicos; pero el principal efecto fue que la niebla se convirtió en noticia, descubriéndose que había sido inusitadamente densa en un sorprendente número de lugares.

Si los barcos determinadores del tiempo hubiesen estado trabajando en el Atlántico es posible que hubiera sido determinada más pronto la fecha útil; pero los navíos habían sido retirados «temporalmente» de servicio algún tiempo antes, después del hundimiento de dos de ellos. Por consiguiente, el primer informe que hizo algo por sacar de su pasividad a la ociosa especulación llegó de Godthaab (Groenlandia). Hablaba de un incesante y creciente fluir de agua a través del estrecho de Davis desde la bahía de Baffin, con un contenido de trozos de hielo completamente inusitados en aquella época del año. Unos cuantos días después, Nome, en Alaska, informaba de un hecho semejante en el estrecho de Bering.

Luego, llegaron de Spitzberg informes sobre aumento de marea y bajas temperaturas.

Eso explicaba directamente las nieblas de Newfoundland y algunos otros lugares. En otras partes, serían atribuidas convincentemente a corrientes profundas y frías, forzadas hacia aguas más calientes y elevadas por encuentros con filas de montañas submarinas. Todo podía ser, en efecto, explicado sencilla o difícilmente, excepto el absolutamente inusitado aumento de la corriente fría.

A continuación, procedente de Godhavn, al norte de Godthaab, en la costa occidental de Groenlandia, se recibió un mensaje señalando la presencia de un número sin precedentes de icebergs, de un tamaño desacostumbrado. De las bases árticas norteamericanas volaron expediciones de investigación, que confirmaron el informe. Anunciaron que el mar, al norte de la bahía de Baffin, estaba cuajado de icebergs.

«Aproximadamente a los setenta y siete grados y sesenta minutos de longitud Oeste -escribió uno de los aviadores- encontramos la visión más terrible del mundo. Glaciares, que descienden de la alta cima helada de Groenlandia, se estaban resquebrajando en piezas descomunales. Antes habra visto icebergs ya formados, pero nunca en la escala que se presentaban allí. En los enormes acantilados helados, de trescientos metros de altura, aparecían repentinamente grietas. Una enorme sección de ellos se desprendía, cayendo y girando lentamente. Cuando se aplastaban contra el agua, se levantaba ésta formando grandes fuentes, que se extendían a su alrededor. Las aguas desplazadas retrocedían en rompientes, que chocaban entre sí formando tremendas salpicaduras, mientras un témpano de hielo tan grande como una isla pequeña daba vueltas y se precipitaba en el abismo hasta que recobraba el equilibrio. Doscientos kilómetros arriba y abajo, la costa que veíamos presentaba el mismo aspecto. Con mucha frecuencia a un témpano de hielo no le daba tiempo a flotar, porque otro se había desprendido ya y caído sobre él. Los desprendimientos eran tan colosales que se comprendían difícilmente. Sólo por la aparente lentitud de las caídas y por la forma en que los enormes chorros de agua parecían suspendidos en el aire -la paz majestuosa de todo ello-, éramos capaces de contar la grandeza de lo que estábamos viendo.»

Otras expediciones describieron exactamente la misma escena en la costa oriental de la isla de Devon y en la punta meridional de la isla de Ellesmere. En la bahía de Baffin, los innumerables y gigantescos témpanos de hielo se empujaban lentamente, pulverizándose los flancos y los dorsos de unos contra los otros, mientras corrían en manadas, hacia el sur, arrastrados por la corriente a través del estrecho de Davis para desembocar en el Atlántico.

Al otro lado del Circulo Ártico, Nome anunció que se había incrementado considerablemente hacia el sur el flujo de los resquebrajados témpanos de hielo.

El público recibió esta información con curiosidad. El pueblo quedó impresionado por las primeras y magníficas fotografías de los icebergs en su proceso de creación; pero, aunque un iceberg no es completamente igual a otro iceberg, quedó pronunciada la similitud genérica. Un período

de miedo, más bien breve, sucedió ante la idea de que mientras la ciencia era realmente muy inteligente para determinar todo lo referente a los icebergs, al clima, etcétera, no parecía serlo mucho para hacer algo realmente positivo para alejar el mal.

El triste verano se convirtió en un otoño más triste. Al parecer, nadie podía hacer nada contra aquello, sino aceptarlo con rezongona filosofía.

Al otro lado del mundo llegó la primavera. Luego, el verano, y empezó la estación de la pesca de la ballena..., si podía llamarse estación, ya que los propietarios que arriesgaban barcos eran muy pocos, y las tripulaciones dispuestas a arriesgar sus vidas, menos todavía. Sin embargo, algo se pudo encontrar dispuesto a realizar la pesca, despreciando todos los peligros de las profundidades, y salir al mar. Al final del verano antártico llegaron noticias, vía Nueva Zelanda, de los glaciares de Tierra Victoria, que vertían enormes cantidades de gigantescos témpanos de hielo en el mar de Ross, y las sugerencias de que la propia gran barrera de hielo de Ross podría empezar a resquebrajarse. Al cabo de una semana llegaron noticias similares del mar de Weddell. Allí, en la barrera Filchner y en el banco de hielo de Larsen se estaban resquebrajando, según se decía, témpanos de hielo en cantidades fabulosas. Una serie de vuelos de reconocimiento proporcionaron informes que decían exactamente lo mismo que los procedentes de la bahía de Baffin, así como fotografías que podían haber sido tomadas en la misma región.

The Sunday Tidings, que desde hacía algunos años seguía una línea de sensacionalismo intelectual, nunca había encontrado fácil sostener su provisión de material. La política de la dirección estuvo sometida a lamentables tropiezos mientras no pudo encontrar nada tópico que revelar en su nivel escogido. Se imagina uno que debió de ser un consejo de desesperación, tras una prolongada discusión, el que indujo a abrir sus columnas a Bocker.

De la destacada nota que precedía al artículo en que declinaba, con imparcialidad, toda responsabilidad por lo que publicaba ahora su periódico, se deducía que el editor experimentaba cierta aprensión por el resultado.

Con este principio feliz, y bajo el encabezamiento de *El demonio y las profundidades*, Bocker explicaba:

«Nunca, desde los días en que Noé construyó su Arca, ha habido aquí tantos ciegos como durante el pasado año. No se puede continuar así. Pronto llegará la larga noche ártica. De nuevo serán imposibles las observaciones. Por consiguiente, los ojos que nunca debieron estar cerrados *han de abrirse*...».

Recuerdo este principio, pero sin referencias sólo puedo dar la sustancia del artículo y unas cuantas frases sueltas del resto:

«Éste es el último capitulo de un largo cuento de futilidad y fracaso que empezó con los hundimientos del *Yatsushiro*, el *Keweenaw* y otros barcos. Fracaso que nos ha llegado del mar y que ahora amenaza llegarnos de tierra. Lo repito: fracaso...

»Ésa es una palabra tan pobre para nuestro paladar que muchos consideran una virtud pretender que nunca la admiten. Entre nosotros, los precios no son fijos, se tiende a la inflación. Las estructuras económicas han cambiado..., y, además, está cambiando el modo de vida. Entre nosotros también, es el pueblo quien habla de nuestra expulsión de alta mar, aunque sea transitoria, aunque pronto sea corregida. Para esto hay una respuesta, y es la siguiente: Desde hace cinco años los cerebros más capacitados, más ágiles y más ingeniosos del mundo vienen luchando con el problema de echarle la zarpa a nuestro enemigo... y, hasta el momento, no existe indicio ninguno que indique cuándo seremos capaces de navegar libremente de nuevo por los mares...

»La palabra "fracaso", tan mal interpretada por nosotros, ha sido, aparentemente, la política seguida para desarticular cualquier expresión de conexión entre nuestras perturbaciones marítimas y los recientes sucesos en el Ártico y el Antártico. Es hora ya de que esta actitud de "delante de los niños, no", cese de una vez...

»No sugiero que se esté descuidando la raíz del problema; lejos de eso. Han estado, y están, trabajando los hombres para encontrar algún medio de poder localizar y destruir al enemigo de nuestras profundidades. Lo que yo digo es que con ellos, incapaces aún de encontrar tal medio, nos enfrentamos ahora con el asalto más grave...

»Se trata de un asalto contra el que carecemos de defensas, que no es susceptible de ataque directo.

»¿Cuál es esta arma a la que nosotros no podemos oponernos?

»Es el derretimiento de los hielos árticos... y gran parte también de los hielos antárticos.

»¿Lo consideran fantástico? ¿Demasiado colosal? Pues no lo es. Es una labor que nosotros mismos podríamos haber emprendido -¿no lo habíamos deseado?- en cualquier momento desde que pusimos en libertad el poder del átomo.

»Debido a la oscuridad invernal, poco se ha oído hablar últimamente de los parches de niebla ártica. Por lo general, no se sabe que dos de ellos, sin embargo, existían ya en la primavera ártica; al finalizar el verano ártico eran ocho, en áreas ampliamente separadas. Ahora bien: la niebla, como todos ustedes saben, se produce por la conjunción de las corrientes frías y calientes, bien del aire o del agua. ¿Cómo es posible que ocho nuevas corrientes, independientes y calientes, hayan podido surgir repentinamente en el Ártico?

»¿Y los resultados? Oleadas de témpanos de hielo sin precedentes, en el mar de Bering y en el mar de Groenlandia. En estas dos áreas especialmente, las grandes extensiones de hielo se hallan a cientos de kilómetros al norte del máximo manantial usual. En otros lugares -por ejemplo, en el norte de Noruega- están más al sur. Y nosotros mismos hemos tenido un invierno húmedo inusitadamente frío.

»¿Y los icebergs? Efectivamente, hay muchos más icebergs que de costumbre; pero ¿*por qué* hay más icebergs?

»Todo el mundo sabe de dónde proceden. Groenlandia es una isla enorme. Su tamaño es nueve veces mayor que el de las Islas Británicas.

Pero hay algo más: es también el último bastión de la remota edad del hielo...

»En varias épocas, el hielo vino al sur, pulverizado y limpio cubriendo las montañas y blanqueando los valles en su camino, hasta formar grandes acantilados de hielo cristalino-verdoso a través de Europa. Luego, fue retrocediendo gradualmente, de siglo en siglo, cada vez más. Los gigantescos acantilados y las altas montañas de hielo desaparecieron, se fundieron y no volvieron a verse más..., excepto en un lugar. Sólo en Groenlandia construye todavía ese hielo inmemorial torres de dos mil metros de altura, inconquistadas aún. Y por sus laderas se deslizan los glaciares arrojando sus icebergs. Ellas han continuado arrojando sus icebergs al mar, estación tras estación, desde mucho antes que los hombres se dieran cuenta. ¿Y por qué este año han arrojado de repente diez, veinte veces más?... Tiene que haber una razón para ello. ¡Y la hay!...

»Si algún medio, o varios medios, de fundir los hielos del Ártico se hubieran puesto en marcha, habría pasado algún tiempo, no mucho, antes que su efecto especial de elevar el nivel del mar se hubiese hecho mensurable. Además, los efectos hubieran sido progresivos: primero, un ligero goteo; luego, un chorro; más tarde, un torrente...

»En esta ensambladura, llamo la atcnción sobre el hecho de que en enero de este año nos informaron de que el nivel medio del mar en Newlyn, donde se mide corrientemente, había subido seis centímetros».

-¡Oh querido! -exclamó Phyllis después de escuchar eso-. ¡Es algo insólito! Lo mejor será que vayamos a verle.

No nos sorprendió en absoluto cuando, a la mañana siguiente, al telefonearle, encontramos que su teléfono no contestaba. Sin embargo, cuando fuimos a su casa nos recibió. Bocker se levantó de una mesa despacho repleta de correspondencia para saludarnos.

-No les favorece nada venir a verme -nos dijo-. No hay un capitoste que se atreva a acercarse a mí a menos de diez metros.

-¡Oh! Yo no diría tal cosa, A. B. -le contestó Phyllis-. Probablemente, antes de poco tiempo se habrá hecho usted inmensamente popular entre los vendedores de sacos de arena y los constructores de maquinaria para transportar tierra.

No tomó nota de esta ironía.

-Probablemente, se contaminarán ustedes si se relacionan conmigo. En la mayoría de los países estaría ya preso.

-Cosa terriblemente desagradable para usted. Este territorio será siempre desalentador para los mártires ambiciosos. Pero usted lo intentará, ¿verdad? -dijo ella-. Y ahora, escuche, A. B., ¿le gusta a usted realmente que haya gentes que le tiren cosas, o qué?

-Estoy impacientándome -explicó Bocker.

-Eso les pasa a los otros también. Pero, que yo sepa, nadie tiene la probabilidad de usted para ir más allá y hacer lo que cualquier persona quisiera hacer en un momento dado. Un día se perjudicará. Esta vez, no; porque, afortunadamente, usted los ha desconcertado. Pero alguna vez, seguro que sí.

-Si no es ahora, no lo será nunca -dijo, inclinándose y mirándola con ojos meditativos y desaprobadores-. Bueno, mi querida jovencita, ¿qué se ha propuesto al venir aquí para decirme que yo «los he desconcertado»?

-El anticlímax. Primero sus palabras produjeron la impresión de que usted estaba a punto de hacer grandes revelaciones; pero luego hizo usted una sugerencia más bien vaga de que alguien o algo debía de estar produciendo cambios en el Ártico..., sin dar una explicación específica de cómo lo estaba haciendo. Y para terminar, como apoteosis, confesó que el nivel del mar había subido seis centímetros.

Bocker continuaba mirándola.

-Bueno, así es. Pero no comprendo por qué hay mal en eso. Seis centímetros es un aumento colosal de agua cuando se extiende sobre ciento cincuenta y un millones de millas cuadradas. Si usted lo calcula por toneladas...

-Nunca calculo el agua por toneladas..., y eso es parte de la cuestión. Para las personas vulgares, seis centímetros equivalen solamente a una marca un poquito más alta en un poste. Después de su explosión, eso sonaba tan vago que todo el mundo se mostraba molesto con usted por haberlos alarmado..., sin contar con los que se reían, exclamando: «Ja, ja! ¡Estos profesores!... »

Bocker dirigió la mano hacia la mesa despacho, llena de correspondencia.

-Muchísima gente se ha alarmado..., o, al menos, se ha indignado -dijo.

Encendió un cigarrillo.

-Eso era precisamente lo que yo buscaba. Usted sabe que, en cada etapa, la gran mayoría, y especialmente las autoridades, se han resistido a la evidencia todo el tiempo que han podido. Ésta es una era científica... en su estrato más instruido. Por consiguiente, menospreciando lo anormal casi se hubiese retrocedido; mientras que así se ha desarrollado una profunda sospecha en sus propios sentidos. La existencia de algo en las profundidades se ha admitido con mucho retraso y de muy mala gana. La misma mala gana ha existido en admitir todas las subsiguientes manifestaciones, hasta que no han podido ser escamoteadas. Y ahora nos encontramos aquí otra vez, haciendo un cesto nuevo.

Hizo una pausa.

-Sin embargo, no hemos permanecido completamente ociosos.

»El océano Ártico es profundo, y aún más difícil de llegar a su fondo que los otros; se lanzaron varias bombas de profundidad donde tuvieron lugar los parches de niebla. Pero no ha habido forma de saber qué resultados se obtuvieron... En medio de todo esto, el moscovita, que parece ser incapaz de comprender constitucionalmente todo cuanto hay que hacer en el mar, empezó a poner dificultades. El mar, según parece arguir, estaba causando muchos perjuicios a Occidente; por tanto, debía actuarse sobre buenos principios dialécticamente materialistas, y yo no dudo de que, si él pudiese entrar en contacto con las profundidades, pactaría con agrado con sus habitantes por un breve periodo de oportunismo dialéctico. De todas formas, como ustedes saben, él continuó con sus acusaciones de agresión y, en el forcejeo que siguió, empezó a mostrar tal truculencia que la atención de nuestros servicios se desvió de

la amenaza realmente grave hacia las bufonadas de este payaso oriental que cree que el mar ha sido creado solamente para los desvergonzados capitalistas. Así, pues, hemos llegado ya a una situación en la que los *bathies*, como ellos los llaman, lejos de restringir su acción como esperábamos, continúan aumentándola de prisa, y todos los cerebros y organizaciones que han estado trabajando a gran velocidad con la intención de encontrar la emergencia, se hallan locos dándoles vuelta a las maldades que ellos cometen, ignorando otras de las que no consiguen saber nada.

-Por tanto, ¿cree usted que ha llegado el momento de forzar su mano... echándoles el arpón? -pregunté.

-Sí..., pero no actuaré solo. Esta vez estoy acompañado de un número de hombres eminentes y muy inquietos. Mi charla fue el tiro de apertura para el gran público de este lado del Atlántico. Mis importantes compañeros, que no han perdido todavía su reputación en este asunto, están trabajando muy sutilmente. Respecto a la opinión norteamericana..., bueno..., echen una mirada al *Life* y al *Collier's* de la próxima semana. ¡Oh, sí! Algo está a punto de hacerse.

-¿Qué? -preguntó Phyllis.

La miró meditativamente durante un segundo; luego, movió la cabeza ligeramente.

-Eso, gracias a Dios, será algo grande... Al menos, lo será cuando el público los obligue a admitir la situación... Será un asunto muy sangriento -termino muy serio.

-Lo que yo quiero saber... -empezamos a decir simultanéamente Phyllis y yo.

-Habla tú, Mike -me otorgó Phyllis.

-Bueno, hablaré yo: ¿cómo cree usted que se ha hecho la cosa? Derretir el Ártico parece ser un propósito formidable.

-Se han hecho algunas conjeturas. Oscilaban desde una increíble operación, como la de arrojar agua caliente procedente de los trópicos por medio de tuberías, hasta la de hacer subir hasta la superficie el calor central de la Tierra..., que yo encuentro completamente inverosímiles.

-¿Tiene usted una idea propia? -sugerí.

Parecía improbable que no la tuviera.

-Bueno, yo creo que pudo hacerse de la siguiente forma: nosotros sabemos que ellos tienen una especie de estratagema capaz de proyectar un chorro de agua con considerable fuerza...; eso lo prueba perfectamente el fondo sedimentoso que subía a la superficie de las aguas en continuas oleadas. Bien: una estratagema de esa clase, empleada en conjunción con un calorífero, quiero decir con una pila de reacción atómica, ha de ser capaz de generar una corriente de agua caliente muy considerable. Ahora bien: lo malo es que nosotros ignoramos si tienen o no fisión atómica. Hasta el momento, no existe indicación ninguna de que la tengan... Les hemos hecho el obsequio de una bomba atómica, por lo menos, que no estalló. Pero si la tienen, creo que puede ser una respuesta.

-¿Podrían conseguir el uranio necesario?

-¿Por qué no? Después de todo, ellos han establecido por la fuerza sus derechos, mineral y de otra clase, en más de las dos terceras partes de la

superficie mundial. ¡Oh, sí! Pueden conseguirlo perfectamente, si saben cómo.

-¿Y lo de los icebergs?

-Eso es más sencillo. En efecto, existe un acuerdo general de que si uno posee un tipo vibratorio de arma, que sus ataques a los barcos nos conduce a suponer que lo tienen, no debe de ser muy difícil producir un amontonamiento de hielo..., hasta una masa considerable de hielo..., para hendirla.

-Suponga que no podemos encontrar una fórmula de impedir el proceso. ¿Cuánto tiempo cree usted que tardará en producirnos una perturbación real? -le pregunté.

Se encogió de hombros.

-No tengo idea. En lo que se refiere a los glaciares y a los témpanos de hielo, depende, probablemente, de la firmeza con que ellos lo trabajen. Pero dirigir corrientes de agua caliente sobre témpanos de hielo, daría, al principio, escasos resultados, que se incrementarían rápidamente, verosímilmente, en una progresión geométrica. Lo malo es que, sin dato alguno, no se pueden hacer hipótesis.

-Una vez que esto entre en la cabeza de las gentes, querrán saber lo que hay que hacer -dijo Phyllis-. ¿Cuál es su opinión?

-¿No es esa labor del gobierno? Como Mike señaló, ellos creen que ha llegado el momento de advertir que nosotros estamos dispuestos a lanzaries el arpón. Mi opinión personal es demasiado impracticable para que tenga mucho valor.

-¿Cuál es? -preguntó Phyllis.

-Encontrar una cumbre lo suficientemente elevada y fortificarla -dijo Bocker simplemente.

La campaña no tuvo la resonancia que Bocker había esperado. En Inglaterra, tuvo la desgracia de ser adoptada por el *Nethermore Press*, y, por consiguiente, fue considerada como territorio prohibido, donde sería improcedente que se introdujeran otros pies periodísticos. En Norteamérica no destacó grandemente entre los otros acontecimientos de la semana. En ambos países había intereses que preferían que todo eso pareciera como un juego de artificio más. Francia e Italia lo tomaron en serio, pero el peso político de sus respectivos gobiernos en los concilios mundiales era más bien ligero. Rusia ignoró el contenido, pero explicó el propósito: se trataba de otro paso dado por los constructores de armamentos cosmopolitas-fascistas para extender su influencia en el Ártico.

Sin embargo, la indiferencia oficial salió de su letargo, ligeramente, según nos aseguró Bocker. Una Comisión, en la que estaban representados los Servicios, se había reunido para inquirir y hacer recomendaciones. Otra Comisión similar, reunida en Washington, inquiría también en forma pausada, hasta que la llamó severamente al orden el estado de California.

Al californiano medio le tenía sin cuidado que el nivel del mar hubiese aumentado seis centímetros; otra cosa le había golpeado más

delicadamente. Algo estaba sucediendo en su ambiente. El nivel medio de su temperatura en la costa había disminuido, y estaba padeciendo nieblas húmedas y frías. Lamentaba esto, y gran número de californianos desaprobaba que se hablara excesivamente de ello. Oregón, y Washington también, se relacionaban para soportar su vecindad. Nunca, según las estadísticas, había hecho un invierno tan desapacible y frío.

Estaba claro que el aumento de los témpanos de hielo y de las aguas heladas que procedían del mar de Bering se estaba corriendo y extendiendo hacia el este, desde Japón, llevados por la corriente Kuroshio, siendo evidente, al menos en parte, que estaba sufriendo gravemente el hermoso clima de uno de los estados más importantes de la Unión. Algo *debía* hacerse.

En Inglaterra se aplicó la espuela cuando las mareas de la primavera abrileña sobrepasaron el muro del Embankment, en Westminster. Los que aseguraban que eso mismo había sucedido muchas veces antes y le quitaban toda significación especial, fueron barridos por el triunfante «ya lo decíamos nosotros», del *Nethermore Press*. Una histérica petición de «bombas para los *bathies*» se extendió por ambas costas del Atlántico y dio la vuelta al mundo (exceptuando al sexto intransigente).

A la cabeza del movimiento «Bombas para los *bathies*», como al principio, el *Nethermore Press* preguntaba mañana y tarde:

«¿PARA QUÉ ES LA BOMBA?

»Miles de millones se han gastado en esta bomba que parece no tener otro destino que el de sostenemos y el de sacudirnos con amenazas, o, de cuando en cuando, proporcionar fotografías a nuestras revistas ilustradas. Al pueblo del mundo, que ha contribuido y sufragado la construcción de esta bomba, le prohíben ahora que la utilice contra una amenaza que hunde nuestros barcos, que nos cierra nuestros océanos, que nos arranca hombres y mujeres de nuestras ciudades costeras, y que ahora nos amenaza con inundarnos. Desde el principio, la ineptitud y la dilación han marcado la actitud de las autoridades en este asunto...».

Y así continuaba, olvidando, al parecer, escritores y lectores por igual los primeros bombardeos de las profundidades.

-Ahora se está actuando en firme -nos dijo Bocker la primera vez que le vimos.

-A mí me parece muy tonto -le dijo Phyllis, enervada-. Los que se airean todavía son los mismos viejos argumentos contra el confuso bombardeo de las profundidades.

-¡Oh, no es eso! -replicó Bocker-. Probablemente, arrojarán unas cuantas bombas a tontas y a locas con mucha publicidad y escaso resultado. No. Lo que a mime urge es que se hagan proyectos. Nosotros estamos ahora en la primera etapa de estúpidas sugerencias, como la de construir inmensos diques con sacos terreros, naturalmente; pero, a través de todo eso, se hará algo.

Esa opinión tomó más fuerza después de las mareas de la primavera siguiente. En todas partes se habían construido defensas marinas. En

Londres, las murallas que costeaban el río habían sido reforzadas y coronadas en toda su longitud con sacos terreros. Como precaución, se había suspendido todo tráfico por el Embankment; pero la multitud lo recorría a pie lo mismo que los puentes. La Policía hacía todo lo posible por evitar que se parasen; pero las gentes haraganeaban de un lado para otro, observando el lento crecimiento de las aguas y los grupos de barcazas que ahora navegaban por encima del nivel de la carretera. Parecían igualmente dispuestos a indignarse si el agua se desbordaba o desanimarse si se originaba un anticlímax.

No había desánimo posible. El agua se vertía lentamente por encima del parapeto y golpeaba contra los sacos terreros. En algunos sitios empezaba ya a extenderse poco a poco por el pavimento. Los bomberos, la defensa civil y la Policía vigilaban sus secciones ansiosamente, arrastrando sacos para reforzar dondequiera que se producía una pequeña inundación, asegurando con troncos de árboles, los lugares que se mostraban más débiles. El paseo se fue animando cada vez más. Los mirones empezaron a ayudar, yendo de un lado para otro cuando se producían nuevos chorros. Ahora existían pocas dudas de que iba a suceder algo. Algunos de los grupos que observaban se marcharon, pero otros muchos permanecieron, en perpleja fascinación. Cuando se produjo la rotura, media docena de sitios, en el dique norte, la sufrieron simultáneamente. Chorros de agua empezaron a fluir por entre algunos sacos; luego, repentinamente, hubo un colapso, y, abriéndose una brecha de varios metros de ancho, el agua se coló por ella como por una esclusa abierta.

Desde donde nos hallábamos nosotros, en lo alto de un furgón de la E.B.C. estacionado en el puente de Vauxhall, podíamos ver tres ríos separados de agua cenagosa invadiendo las calles de Westminster, llenando sótanos y bodegas, y formando a continuación una sola y tumultuosa corriente. Nuestro comentarista subió a otro furgón, aparcado en Pimlico. Durante algunos minutos conectamos con la B.B.C. para averiguar en qué situación se hallaban sus muchachos, estacionados en el puente de Westminster. Llegamos a tiempo de oir a Bob Humbleby su descripción del inundado Victoria Embankment por las aguas que ahora se lanzaban contra la segunda línea defensiva del New Scotland Yard. Los muchachos de la televisión no parecían estarlo pasando muy bien; debieron de perderse bastantes aparatos en los lugares donde tuvo lugar la rotura; sin embargo, estaban haciendo un inaudito esfuerzo con ayuda de los teléfonos y de las cámaras portátiles.

A partir de ese momento, la cosa aumentó en cantidad y rapidez. En el dique Sur, el agua inundaba las calles de Lambeth, Southwark y Bermondsey en muchos lugares. Rio arriba, Chiswick se hallaba seriamente inundado; río abajo, Limehouse se encontraba gravemente amenazado, y muchos lugares estuvieron informando sobre las roturas que se producían hasta que perdimos todo contacto con ellos. Había poco que hacer, excepto permanecer vigilantes hasta que la marea bajase, y luego apresurarse a reparar los daños antes que subiese de nuevo.

El Parlamento hizo algunas preguntas. Las respuestas fueron más tranquilas que tranquilizantes.

Los ministerios y los departamentos ministeriales estaban dando activamente todos los pasos necesarios; las peticiones tenían que ser presentadas y solicitadas a través de los Ayuntamientos locales, y ya estaba arreglado lo de las prioridades de hombres y de material. Sí, se habían dado los avisos; pero en los cálculos oiiginales de los hidrógrafos se habían introducido factores inesperados. En todos los Ayuntamientos se promulgó una orden para requisar toda maquinaria que sirviera para remover la tierra. El pueblo debía tener absoluta confianza. No volvería a repetirse la anterior calamidad. Y estaban en marcha las medidas necesarias para asegurar toda futura inundación. Poco más se podía hacer ya en los condados orientales, una vez tomadas estas medidas de socorro. Como es natural, los trabajos de defensa continuarían. Pero, por el nionierito, el aiunto más urgente era asegurar que el agua no volviera a invadir las calles durante las próximas pleamares.

Una cosa fue la requisa de materiales, máquinas y mano de obra, y otra su reparto, con toda la comunidad costera y de las tierras bajas solicitándolo simultáneamente. Los secretarios de media docena de ministerios estaban locos ante tantas peticiones, permisos, adjudicaciones, etcétera, etcétera. De todas formas, en algunos sitios los trabajos comenzaban a hacerse. No obstante, existía gran amargura entre los elegidos y los que parecían que iban a ser arrojados a los lobos.

Phyllis bajó una tarde para observar el progreso de las obras en ambas orillas del río. Se estaban levantando, en medio de extraordinaria actividad, superestructuras de bloques de cemento en las dos orillas, sobre las murallas ya existentes. En las aceras, miles de supervisores observaban los trabajos. Entre ellos, Phyllis tuvo la suerte de encontrar a Bocker. Juntos, subieron hasta el puente de Waterloo, y observaron durante un buen rato la actividad de termita con ojos celestiales.

-Alph, el condenado río... y más de dos veces diez kilómetros de murallas y torres -observó Phyllis.

-Y también a ambos lados continuará habiendo grietas algo profundas, aunque no muy románticas -dijo Bocker-. Me gustaría saber qué altura deberían alcanzar para que fuera imposible la inundación, para llevar al ánimo de ellos la inutilidad de su empeño...

-Es difícil creer que algo, en tal escala como eso, pueda ser realmente imposible; sin embargo, creo que tiene usted razón -afirmó Phyllis.

Durante un buen rato continuaron observando la mezcolanza de hombres y máquinas.

-Bueno -observó Bocker, al fin-, debe de haber entre las sombras una cara, por lo menos, que ha de estarse riendo a carcajadas de todo esto.

-Es agradable pensar que sólo hay una -observó Phyllis-. ¿La de quién?

-La del rey Canuto -respondió Bocker.

En aquella época teníamos tantas noticias de nuestra propia cosecha que los efectos, en Norteamérica, encontraron poco eco en los periódicos, ya limitados por una escasez de papel. No obstante, Newcasts informó que ellos estaban padeciendo su propia perturbación. El clima de California ya no era el «problema número uno». En adición a las dificultades con que se enfrentaban los puertos y las ciudades costeras de todo el mundo hubo grandes perturbaciones en la línea costera situada al sur de los Estados

Unidos. Se produjeron casi a todo lo largo del golfo de México, desde Key West hasta la frontera mexicana. En Florida, los propietarios de haciendas empezaron a padecer lo indecible cuando los terrenos pantanosos y las tierras inundadas y encharcadas se extendieron por toda la península. En Texas, una amplia extensión de terreno situado al norte de Brownsville fue desapareciendo gradualmente bajo las aguas. La empresa de Tin Pan Alley consideró apropiado el momento para hacer la súplica: «Río, aléjate de mi puerta». Pero el río no hizo caso..., no, como tampoco lo hicieron otros ríos de la costa atlántica, en Georgia y en las Carolinas.

Pero es ocioso particularizar. La amenaza era la misma en todo el mundo. La principal diferencia se hallaba en que, en los países más desarrollados, toda la maquinaria útil para remover la tierra trabajaba noche y día, mientras que en los menos desarrollados eran miles de hombres y mujeres sudorosos los que trabajaban para levantar grandes diques y murallas.

No obstante, la tarea para ambos era demasiado ardua. Cuanto más se alzaba el nivel del mar, más había que ampliar y extender las defensas para evitar la inundación. Cuando los ríos retrocedían con la bajamar, el agua carecía de sitio adonde ir y se extendía por las tierras que los circundaban. Los problemas que se suscitaban en prevención de las inundaciones producidas por la retirada de las aguas eran también difíciles de solucionar puesto que las alcantarillas y conducciones no daban abasto. Antes de la primera y grave inundación que siguió a la rotura de la muralla del Embankment cerca de Blackfriars, en octubre, el hombre de la calle había sospechado que la batalla no se ganaría, y ya había comenzado el éxodo de los más juiciosos y de los que disponían de medios para ello. Por otra parte, muchos de los que huían se encontraron entorpecidos en su marcha por los refugiados procedentes de las regiones orientales y de las ciudades costeras más vulnerables.

Poco tiempo antes de la rotura del dique del Blackfriars, circuló una nota confidencial entre un grupo seleccionado de la E.B.C., entre los que nos encontrábamos el personal contratado como nosotros. Se había decidido, como medida eficaz para los intereses de la moral pública, que fuéramos aleccionados sobre las medidas de emergencia que se hacían necesarias, etcétera, etcétera... y continuaba de esa forma en dos páginas de papel ministro, con la mayoría de la información entre líneas. Hubiera sido más sencillo decir:

«Escuchen: La cuestión está cada vez mas seria. La B-B.C. ha ordenado permanecer en sus puestos; así, pues, por razones de prestigio, nosotros hemos de hacer lo mismo. Necesitamos voluntarios para mantener una estación aquí, y si usted se conceptúa uno de ellos, nos consideraremos satisfechos con disponer de usted. Se llevarán a cabo arreglos útiles. Habrá una bonificación, y pueden ustedes confiar en que nosotros cuidaremos de que ustedes sean recompensados si algo sucediera. ¿Qué dicen?».

Phyllis y yo hablamos sobre el asunto. Si hubiéramos tenido familia, decidimos, la necesidad nos hubiera obligado a hacer por ella lo mejor que

pudiéramos..., si es que alguien sabia lo que podría ser lo mejor. Como no la teníamos, podíamos darnos satisfacción a nosotros mismos. Phyllis decidió permanecer en el trabajo.

-Aparte de la conciencia, de la lealtad y de todas esas cosas tan bonitas -dijo-, Dios sabe lo que sucederá en otros lugares si la cosa se pone mal. De todas formas, huyendo no se consigue nada, a menos que tú tengas alguna idea buena de adónde hay que huir. Mi voto es que debemos quedarnos para ver lo que pasa.

Así, pues, enviamos nuestros nombres, y fue muy agradable enterarse de que Freddy Whittier y su esposa habían hecho lo mismo.

Después de eso, algún departamentalismo más inteligente hizo parecer como si nada fuera a suceder durante muchísimo tiempo. Pasaron algunas semanas antes que nos enterásemos de que la E.B.C. había alquilado los dos pisos altos de un amplio departamento comercial, cerca de Marble Arch, y que estaban trabajando a toda prisa para transformarlo en una estación que pudiera defenderse por sí sola tanto tiempo como fuera posible.

-Mi opinión es que hubiera sido mejor un sitio más alto como Hampstead o Highgate -dijo Phyllis cuando conseguimos el informe.

-En realidad, ninguno de los dos es Londres -señalé-. Además, la E.B.C. lo ha alquilado nominalmente para anunciar cada vez: «Aquí la E.B.C., hablando al mundo desde el Selvedge». Avisador benévolo durante el intervalo de emergencia.

-Como si el agua pudiese retirarse un día completamente -dijo.

-Aunque ellos no lo crean así, no pierden nada por dejar que la E.B.C. lo crea -indiqué.

Por entonces nos habíamos convertido en seres de conciencia con nivel muy alto, y yo observaba el lugar en el plano: los veintitrés metros de línea que contorneaba, calle abajo, el lado occidental del edificio.

-¿Cómo puede tenerse un cálculo de eso? -deseó saber Phyllis, recorriendo con el dedo el plano.

El edificio de la Radio parecía hallarse en mejor situacion. Nosotros juzgamos que se hallaría a unos veintiséis metros sobre el nivel del mar.

-¡Hum! -dijo-. Bueno, si algo falla cuando estemos en los pisos altos, también ellos tendrán que echar a correr escalera arriba. Mira -añadió, señalando a la izquierda del plano-, ¡mira sus estudios de televisión! Están por debajo de los siete metros y medio de nivel.

Durante las semanas que precedieron a la rotura de los diques, Londres pareció estar viviendo una doble vida. Las organizaciones y las instituciones hacían sus preparativos con la menor ostentación posible. Los funcionarios hablaban en público con afectada contingencia sobre la necesidad de hacer planes «sólo en caso preciso», regresando luego a sus despachos para ponerse a trabajar febrilmente en las disposiciones que habían de tomar. Los avisos continuaban dándose en tono tranquilizador. Los hombres empleados en las tareas eran en su mayoría unos cínicos respecto a su trabajo, estaban contentos con el sueldo que recibían y eran curiosamente descreídos. Parecían considerar el asunto como un ejercicio que realizaban agradablemente en beneficio propio; al parecer, la imaginación se negaba a admitir la amenaza que se relacionaba con

aquellas horas de trabajo extraordinario. Aun después de la primera rotura, la alarma quedó localizada solamente entre las personas que la sufrieron. La muralla se reparó apresuradamente, y el éxodo no fue todavía más que un ligero gotear de personas. La verdadera inquietud llegó con las mareas de la primavera siguiente.

Esta vez se advirtió concienzudamente a las partes que, probablemente, serían las más afectadas. Sin embargo, la población lo tomó obstinada y flemáticamente. Habían tenido ya experiencia para aprenderlo. La principal respuesta fue trasladar las cosas a los pisos más altos y gruñir en voz alta sobre la ineficacia de las autoridades, incapaces de protegerlos del mal que los envolvía. Se fijaron avisos indicando las horas de la marea alta con tres días de antelación, pero las precauciones sugeridas se hacían de forma tan solapada, para evitar el pánico, que fueron poco atendidas.

El primer día pasó sin peligro. Durante la tarde de la marea más alta, gran parte de Londres permaneció en pie esperando que pasara la medianoche y la crisis, con un humor de mil diablos. Fueron retirados los autobuses de las calles, y el metro suspendió su servicio a las ocho de la noche. Pero mucha gente permaneció fuera de sus casas, y paseó hasta el río para ver lo que pudiera verse desde los puentes. Para ellos era un espectáculo.

La tranquila y aceitosa superficie trepó lentamente hasta alcanzar los pilares de los puentes y chocó contra los muros de sustentación. Las cenagosas aguas se dirigían corriente arriba sin apenas ruido, y los grupos estaban también casi silenciosos, contemplándolas con aprensión. No había miedo a que alcanzaran lo alto de la muralla; la altura calculada era de unos diez metros, lo cual dejaba un margen de seguridad de un metro con veinte centímetros hasta la parte más alta del nuevo parapeto. Lo que producía más ansiedad e inquietud era la presión de las aguas.

Desde el extremo norte del puente de Waterloo, en donde nosotros nos hallábamos estacionados esta vez, podía verse toda la parte alta de la muralla, con el agua corriendo a gran altura a un lado de ella, y, al otro, el paseo de Embankment, con las farolas luciendo todavía, pero sin que se vieran en él vehículos ni personas. Más allá, hacia el oeste, las agujas del reloj de la torre del Parlamento giraban alrededor de la iluminada esfera. El agua subía mientras la aguja mayor se movía con insoportable lentitud hacia las once. La campana del Big Ben dando la hora llegó claramente a los silenciosos grupos, arrastrando su sonido por el viento.

El sonido de la campana hizo que los grupos murmurasen entre sí; luego, volvieron a quedar silenciosos de nuevo. La aguja grande empezó a descender: las once y diez, las once y cuarto, las once y veinte, las once y veinticinco... Entonces, justamente antes de marcar las once y media, llegó el ruido de un tumulto de algún lugar situado río arriba. El viento nos trajo un grupo de voces descompuestas. La gente que nos rodeaba alzó la nariz y comenzó a murmurar otra vez. Un momento después vimos acercarse el agua. Se extendía a lo largo del Embankment, en dirección a nosotros, formando una corriente amplia y cenagosa que arrastraba a su paso escombros y árboles, y que, tumultuosa, pasó por detrás de nosotros. De los grupos surgió un alarido. De repente se oyó un crujido a

nuestra espalda, y el alboroto producido por el derrumbamiento de una construcción, mientras una sección de la muralla, justamente donde había estado anclado últimamente el *Discovery*, se venía abajo. El agua se coló por la brecha, arrastrando bloques de cemento, mientras que la muralla se derrumbaba ante nuestros ojos y el agua caía en forma de enorme catarata cenagosa sobre el paseo.

Antes que llegase la marea siguiente, el gobierno arrojó el guante de terciopelo. Después de anunciarse el estado de emergencia, se dio una orden de permanencia y la proclamación de un ordenado plan de evacuación. No necesito relatar aquí las dilaciones y las confusiones a que dio lugar el plan. Es difícil creer que pudiese ser tomado en serio hasta por aquellos que lo lanzaron. Desde el principio pareció extenderse una atmósfera de incredulidad sobre todo el asunto. Era imposible toda labor. Algo hubiera podido hacerse, tal vez, si se hubiese tratado solamente de una ciudad; pero con más de las dos terceras partes de la población del país ansiosa por marchar a un territorio más elevado, sólo habrían tenido algún éxito en rebajar la tensión los métodos más duros, y no por mucho tiempo.

Sin embargo, aunque aquí se estaba mal, peor se estaba en otras partes. El holandés se había retirado a tiempo de las áreas peligrosas, dándose cuenta de que había perdido las duras batallas que contra el mar había llevado a cabo durante siglos. El Mosa y el Rin se habían desbordado sobre muchos kilómetros cuadrados de territorio. Toda una población emigraba hacia el sur, a Bélgica, o hacia el sudeste, a Alemania. La propia llanura norte alemana no se hallaba en mejor situación. El Ems y el Weser también habían crecido, haciendo que la gente abandonara sus ciudades y sus granjas, en incesante y creciente horda, hacia el sur. En Dinamarca se utilizó toda clase de embarcación para trasladar las familias a Suecia y a los territorios más elevados del país.

Durante breve espacio de tiempo nos la compusimos para seguir de un modo general los acontecimientos; pero cuando los habitantes de las Ardenas y de Wesfalia empezaron a desconfiar de salvarse en su lucha contra los desesperados y hambrientos invasores del norte, las noticias más graves desaparecieron en un cenagal de rumores y caos. Al parecer, lo mismo estaba ocurriendo en todo el mundo, aunque a escala diferente. En nuestro país, la inundación de los condados orientales hizo que sus habitantes se retirasen a las Midlands. Las pérdidas de vidas fueron escasas, porque allí se habían prodigado las advertencias. La verdadera catástrofe empezó en los Chiltern Hills, donde los que ya estaban en posesión de ellos se organizaron para evitar ser atropellados y arrastrados por las dos corrientes de refugiados procedentes del este y de Londres.

En las partes no invadidas del centro de Londres hubo durante varios días una especie de indecisión dominguera. Muchas personas, ignorando cómo debían actuar, se empeñaban en acercarse a los lugares inundados como antes. La Policía continuaba patrullando. Aunque el metro estaba inundado, mucha gente continuaba tomándolo para ir a su trabajo, porque algunos trabajos continuaban, bien por costumbre o de momento. Luego el desbarajuste se introdujo procedente de los suburbios. El fallo, una tarde, del suministro de emergencia eléctrica, seguido de una noche

de oscuridad, dio el *coup de grâce* al orden. Comenzó el saqueo de las tiendas, especialmente las de comestibles, extendiéndose en una escala que desbordó a la Policía y a los militares.

Decidimos que ya era hora de dejar nuestro piso y de trasladar nuestra residencia a la fortaleza de la E.B.C.

Por lo que nos decían por onda corta, poca diferencia existía en el curso de los acontecimientos en las ciudades bajas de cualquier país..., excepto que, en algunas, la ley feneció más rápidamente. No está en mi propósito detenerme en los detalles. No me cabe duda alguna de que, más adelante, serán relatados minuciosamente en innumerables relatos oficiales.

Durante aquellos días, la misión de la E.B.C. consistió, principalmente, en repetir las instrucciones del gobierno leídas por la B.B.C., instrucciones encaminadas a restaurar el orden de alguna forma: un modo monótono de recomendar, a aquellos cuyas casas no estaban amenazadas de momento, que permanecieran en ellas, y de dirigir la oleada de gente a ciertas áreas más elevadas y retirarla de otras que, según se decía, estaban superpobladas. Podíamos ser oídos, pero no teníamos ninguna prueba de que éramos atendidos. En el norte produciríamos algún efecto; pero en el sur, la enormemente desproporcionada concentración de Londres y el flujo de tantos ferrocarriles y carreteras echaban por tierra todo intento de dispersión ordenada. El número de personas en movimiento producía alarma entre los que hubieran podido esperar. La sensación de que, a menos que se alcanzase un refugio a vanguardia del grupo principal, no habría en absoluto un lugar adonde ir, le ganaba a uno..., como también la sensación de que cualquiera que hiciese eso en coche se hallaba en posesión de innegable ventaja. De repente, se consideró más seguro ir a cualquier parte..., aunque no completamente seguro. Era mucho mejor salir lo menos posible.

La existencia de numerosos hoteles y una tranquilizadora elevación de veintidós metros sobre el nivel normal del mar fueron indudablemente factores que influyeron sobre el Parlamento para que eligiera la ciudad de Harrogate, en Yorkshire, como sede suya. La precipitación con que se reunió allí fue debido, muy verosímilmente, a la misma fuerza que impulsaba a muchas personas particulares: el miedo de que alguien se les adelantara. Para una persona ajena al Parlamento aquello daba la impresión de que dentro de breves horas quedaría inundado Westminster, tantas fueron las prisas con que la vieja institución se trasladó a su nuevo hogar.

En cuanto a nosotros mismos, empezamos a caer en la rutina. Nuestros cuarteles vivientes se hallaban en los pisos altos. Las oficinas, los estudios, el equipo técnico, los generadores, los almacenes, etcétera, etcétera, en los pisos bajos. Una enorme reserva de aceite, gasolina y petróleo se hallaba almacenada en grandes tanques colocados en los sótanos, de donde se extraía a fuerza de bomba cuando era necesario. Nuestros sistemas aéreos estaban instalados en los tejados dos manzanas más allá, tendidos por puentes que colgaban altos sobre las calles medio inundadas. Nuestro tejado había sido desprovisto de toda clase de

obstáculos, con el fin de que pudiera posarse en él un helicóptero, y al mismo tiempo, que pudiese actuar como desagüe de agua de la lluvia. Mientras desarrollabamos gradualmente una técnica para vivir allí, nos dimos cuenta de que se trataba aquél de un lugar seguro.

Aun así, mi recuerdo es que, durante los primeros días, casi todas las horas libres las dedicaba todo el mundo en trasladar el contenido del departamento de provisión a nuestros propios cuarteles antes que pudiera desaparecer de alguna forma.

Eso parece que fue un falso concepto básico del papel que debíamos representar. Como yo la entendí, la idea era que nosotros estábamos allí para dar, en lo que fuera posible, la impresión de que el negocio continuaba como de cotumbre, y luego, cuando la cosa se hiciese más difícil, el centro de la E.B.C. seguiría a la administración a Yorkshire por etapas graduales. Esto parecía haber sido fundado sobre la base de que Londres estaba construido sobre celdas, de forma que cuando el agua inundase dichas celdas, habría de ser abandonado, mientras que el resto se mantendría como de costumbre. En lo que a nosotros concernía, las orquestas, los locutores y los artistas actuarían como siempre hasta que el agua lamiese los peldaños de nuestra puerta... si es que llegaba a ello..., trasladándose después a la estación de radio de Yorkshire. El único requisito que nadie había cumplido, en lo que se refería a los programas, fue el traslado de nuestra discoteca antes que se hiciese necesario salvarla. Se esperaba una merma más que un derrumbamiento. Cosa curiosa: un número bastante grande de radiodifusores se las compuso de alguna manera para actuar ante los micrófonos durante unos cuantos días. Sin embargo, después de eso volvimos casi por completo a nosotros mismos y a los discos. Y, ahora, empezábamos a vivir en un estado de sitio.

No tengo el propósito de relatar con todo detalle el año que siguió. Fue un inacabable periodo de decadencia, de pobreza. Un largo y frío invierno, durante el cual el agua inundó las calles con más rapidez de lo que habíamos esperado. A veces, cuando grupos armados recorrían las calles, a cualquier hora del día o de la noche, en busca de tiendas de comestibles aún no saqueadas, podían oírse ráfagas de disparos al enfrentarse dos bandas. Por nuestra parte, padecíamos poco; era como si, después de algunos intentos por invadirnos, estuviéramos convencidos de que nos hallábamos preparados para defendernos, y con tantos otros pisos invadibles con poco o ningún riesgo, podíamos estar seguros de que nos dejarían para lo último.

Cuando llegó la época del calor, se veían pocas personas. La mayoría de ellas, antes de enfrentarse con otro invierno en una ciudad ahora bastante escasa de alimentos y que empezaba a sufrir epidemias por falta de agua potable y de desagües, se marchaba al interior del país, y los disparos que oíamos se hacían cada vez más raros.

También se había reducido nuestro número. De los sesenta y cinco que éramos al principio, quedábamos ahora veinticinco. El resto se había marchado en helicóptero en diferentes etapas, cuando el foco principal se instaló en Yorkshire. De la categoría de centro, habíamos descendido al de puesto avanzado o avanzadilla sostenido por prestigio.

Phyllis y yo discutíamos si nos convendría marcharnos también; pero por la descripción que nos hicieron el piloto del helicóptero y su tripulación de las condiciones en que se hallaba el cuartel general de la E.B.C. comprendimos que estaba muy congestionado y se nos presentaba poco atractivo. Así, pues, decidimos permanecer aquí un poco más, contra viento y marea. En donde estábamos, nos encontrábamos bastante cómodos. Además, cuantos más abandonaban Londres, más espacio y alimentos nos quedaban.

En la última primavera se publicó un decreto que nos concernía a nosotros: todas las estaciones de radio quedaban controladas directamente por el gobierno. La totalidad de la Casa de la Radio se trasladó en avión cuando sus premisas fueron vulnerables, mientras que las nuestras estaban todavía en estado disponible; por lo que los pocos hombres de la B.B.C. que se quedaron vinieron a engrosar nuestro grupo.

Las noticias nos llegaban principalmente por dos conductos: de la cadena privada con la E.B.C., que corrientemente era moderadamente honrada, aunque discreta, y de las radiofusoras que, no importa de dónde procedieran, eran hinchadas con optimismo patentemente deshonesto. Estábamos empezando a cansarnos y a desanimarnos respecto a ellas, como les ocurriría a los demás, me imagino; pero, no obstante, proseguían. Al parecer, todo el país estaba unido y se alzaba sobre el desastre con una resolución que hacía honor a las tradiciones de su pueblo.

A la mitad del verano, bastante frío por cierto, la ciudad se había apaciguado mucho. Los grupos de saqueadores habían desaparecido; sólo permanecían los obstinados. Eran, indudablemente, muy numerosos; pero en veinte mil calles aparecían muy dispersos. Todavía no estaban desesperados. Era posible andar otra vez por las calles con relativa seguridad, aunque con la precaución de llevar una pistola.

El agua continuó subiendo cada vez más durante el período que todos los cálculos habían supuesto. Las mareas más altas alcanzaban ahora un nivel de quince metros. La línea fronteriza de la marea se hallaba al norte de Hammersmith, incluyendo la mayor parte de Kensington. Se extendía por el lado sur de Hyde Park, continuaba por el sur de Piccadilly, atravesaba Trafalgar Square, seguía el Strand y Fleet Street, y por último corría hacia el nordeste, subiendo por el lado occidental del Lea Valley. De la ciudad solamente quedaban libres las tierra altas que rodeaban St. Paul. En el sur se había extendido por Barness, Battersea, Southwark, la mayor parte de Deptford y la parte más baja de Greenwich.

Un día fuimos andando, dando un paseo, hacia Trafalgar Square. La marea ocupaba la plaza, y el agua casi alcanzaba la parte alta de la pared norte, debajo de la National Gallery. Llegamos hasta la balaustrada y contemplamos el agua que lamía los leones de Landseer, preguntándonos qué pensaría Nelson de la vista que su estatua distinguía ahora.

Casi a nuestros pies, la linde del agua estaba marcada con espumas y con una fascinante y variada colección de objetos arrastrados por la corriente. Más allá, las fuentes, las farolas, las luces del tráfico y las estatuas se reflejaban por todas partes. Al otro extremo de la plaza, y mirando hacia Whitehall tan lejos como podíamos, la superficie del agua

estaba tan tranquila como la de un canal. Unos cuantos árboles permanecían aún en pie, y, en ellos, piaban los gorriones. Los estorninos aún no habían desertado de la iglesia de San Martin; pero las palomas se habían marchado todas, y en muchas de sus habituales perchas se posaban ahora, en su lugar, las gaviotas. Durante algunos minutos contemplamos la escena y escuchamos cómo se deslizaba el agua en medio del silencio. Luego, pregunté:

-¿No dijo alguien en cierta ocasión que el fin del mundo tendría lugar de esta forma, con un sollozo y no con un estallido?

Phyllis pareció extrañada.

-¿*Alguien*? -repitió-. ¡Fue míster Eliot!

-Bueno; pues parece como si en aquella ocasión hubiera tenido una excelente idea -dije.

Phyllis observó a continuación:

-Creía que, en este momento, estaba atravesando una fase. Durante mucho tiempo conservé la intuición de que algo se podría hacer para salvar el mundo en que vivimos... si podíamos descubrir qué. Pero considero que pronto seré capaz de sentir: «Bueno, todo ha terminado. ¿Cómo podremos hacer algo mejor de lo que ha cesado? »... De todas formas, no podría decir que, viniendo a lugares como éste, me considero dichosa.

-No hay ningún lugar como éste. Este es..., era..., el único: el único de los únicos. Y esto es lo malo: que está un poco más que muerto, pero no listo aún para un museo. Pronto, tal vez, seremos capaces de sentir: «¡Oh! Toda nuestra pompa de ayer es como la de Nínive y Tiro»... Pronto, sí; pero no todavía.

Hubo una pausa, que se prolongó.

-Mike -dijo Phyllis de pronto-. Vámonos de aquí... ya.

Asentí.

-Quizá sea lo mejor. Aún tendremos que ser un poco más fuertes, querida. Estoy asustado.

Me cogió del brazo y nos dirigimos hacia el oeste. A medio camino de la esquina de la plaza nos paramos. Acabábamos de oír el ruido de un motor. Cosa inverosímil: parecía provenir del sur. Esperamos, mientras se acercaba. En aquel momento, procedente del Admiralty Arch, llegaba una motora a toda velocidad. Giró en un arco muy cerrado y se lanzó Whitehall abajo, dejando que las ondulaciones de su estela barriesen las ventanas de las augustas oficinas gubernamentales.

-Precioso -dije-. No habrá muchos de nosotros que, en nuestros momentos de vigilia, no haya pensado en algo semejante.

Phyllis contemplaba las anchas ondulaciones y, bruscamente, volvió a mostrarse práctica.

-Creo que será mejor ver si podemos procurarnos una de esas motoras -dijo-. Tal vez nos sea útil más adelante.

La marea continuaba subiendo. Al finalizar el verano, el nivel había experimentado un aumento de dos o tres metros. El tiempo era malísimo y más frío aún de lo que fuera en la misma época del año anterior. Muchos

de los nuestros habían solicitado el traslado, y a mitad de septiembre nos habíamos quedado reducidos a dieciséis.

Hasta Freddy Whittier anunció que estaba enfermo y agotado de malgastar el tiempo como un marinero naufragado, e iba a ver si podía encontrar algún trabajo útil que hacer. Cuando el helicóptero se llevó a su esposa y a él, volvimos a reconsiderar una vez más nuestra propia situación.

Nuestra labor de componer material siempre palpitante sobre el tema de que nosotros hablábamos..., el corazón de un imperio ensangrentado, pero aún no subyugado..., se suponía, y nosotros lo sabíamos, que tenía un valor estabilizador aun entonces; pero nosotros dudábamos de ello. Muchas personas silbaban el mismo tema en la oscuridad. Algunas noches antes que se marcharan los Whittier, celebramos una última reunión en la que alguien, en las primeras horas de la madrugada, consiguió conectar con una emisora de Nueva York. Un hombre y una mujer, desde el Empire State Building, estaban describiendo la escena. El cuadro que ellos evocaban de las torres de Manhattan, en pie, como helados centinelas a la luz de la luna, mientras las brillantes aguas lamían sus paredes por su base, era magistralmente hermoso, casi líricamente hermoso... No obstante, fallaba en su propósito. En nuestras mentes podíamos ver esas torres brillantes..., pero no eran centinelas, sino lápidas sepulcrales. Nos produjo la sensación de que nosotros estábamos aún menos capacitados para disimular nuestras propias lápidas sepulcrales; que era hora de salir de nuestro refugio y de encontrar trabajo más útil. Nuestras últimas palabras a Freddy fueron que nosotros, seguramente, le seguiríamos antes que pasara mucho tiempo.

Sin embargo, aún no habíamos alcanzado el punto culminante de nuestra decisión definitiva, cuando, un par de semanas más tarde, Freddy nos habló por la radio. Tras los saludos de rigor, nos dijo:

-Esto no es una mera cortesía. Es un consejo desinteresado a los que contemplan cómo salta el aceite en la sartén..., ¿comprendes?

-¡Oh! -exclamé-. ¿Qué sucede?

-Te lo diré: tengo motivos suficientes para mi regreso a tu lado inmediatamente, si no tuviese mis razones para rechazar tan espantoso convencimiento. Quiero decir con esto que debéis quedaros en donde estáis... los dos.

-Pero... -empecé a decir.

-Espera un momento -me interrumpió.

De nuevo llegó su voz a mis oídos.

-Perfectamente. Creo que no hay vuelta de hoja. Escucha, Mike: aquí hay exceso de población; estamos hambrientos y hay una mezcolanza de mil demonios. Han desaparecido los alimentos de toda clase, así como la moral. Vivimos, virtualmente, en estado de sitio, y si esto no se convierte, dentro de unas semanas, en guerra civil, será por milagro. La población exterior está mucho peor de lo que nosotros estábamos en Londres; pero, al parecer, nada los convence de que no estamos viviendo en la parte más rica de la Tierra. Por lo que más quieras, comprende lo que quiero decirte y quédate en donde estás, si no por tu salvación, por la de Phyllis.

Pensé de prisa.

-Si ahí estás tan mal, Freddy, y no haces nada provechoso, ¿por qué no regresas aquí en el primer helicóptero? Métete de polizón a bordo, o acaso podamos ofrecer al piloto algo que le agrade.

-Efectivamente. Aquí no hacemos nada útil. No sé por qué dejaron que viniésemos. Activaré este asunto. Estate pendiente del próximo vuelo. Acaso lleguemos en él. Mientras tanto, os deseamos mucha suerte a ambos.

-Suerte a ti, Freddy, y nuestro cariño a Lynn..., y nuestros respetos a Bocker, si está ahí y nadie le ha matado aún.

-Bueno, considerando que es Bocker, podía hallarse mucho peor... Adiós. Procuraremos verte pronto.

Fuimos discretos. No dijimos nada más que habíamos oído decir que la ciudad de Yorkshire estaba ya hasta los topes y que, por tanto, nos quedábamos. Un matrimonio, que había decidido abandonar Londres en el primer vuelo, cambió de idea también. Esperábamos que el helicóptero nos devolviera a Freddy. Un día después de lo debido estábamos esperando aún. Conectamos con la radio. No se tenían noticias, excepto que el helicóptero había abandonado el aeródromo. Pregunté por Freddy y Lynn. Nadie parecía saber en dónde estaban.

Nunca más se tuvo noticias de aquel helicóptero. Nos dijeron que no tenían otro para enviarnos.

El frío estío se convirtió en un otoño más frío aún. Hasta nosotros llegó el rumor de que los tanques marinos habían hecho de nuevo su aparición por primera vez desde que el agua había empezado a aumentar de nivel. Por ser las únicas personas ahora que habíamos tenido contacto personal con ellos, asumimos la condición de expertos..., aunque el único consejo que podíamos dar era el de llevar siempre un cuchillo afilado y en posición tal que pudiese asestar un rápido tajo con cualquiera de las manos. Pero los tanques marinos quizá encontraran escasa caza en las casi desiertas calles de Londres, porque no volvimos a oír nada más de ellos. Sin embargo, por la radio nos enteramos que no era lo mismo en algunas partes. Pronto hubo informes sobre su reaparición en muchos lugares donde no solamente las nuevas líneas costeras, sino el colapso de la organización, hizo difícil destruirlos en un número alentador.

Mientras tanto, la cuestión empeoraba. Noche tras noche las emisoras combinadas de la E.B.C. y de la B.B.C. abandonaron toda pretensión de infundir tranquila confianza. Cuando vimos el mensaje que nos trasmitieron por radio simultáneamente con todas las demás emisoras, nos dimos cuenta de la razón que tenía Freddy. Se trataba de una llamada a todos los ciudadanos leales para que ayudaran al gobierno legítimamente elegido contra cualquier intento que pudiera hacerse para derribarlo por la fuerza, y, en la forma en que estaba dicho, no cabía duda alguna de que ya se estaba llevando a cabo alguna intentona. El mensaje era una mezcla de exhortación, amenazas y súplicas, que terminaba justamente con la falsa nota de confianza..., la misma nota que sonó en España y luego en Francia cuando hubo de dar las noticias, aunque tanto los locutores como los oyentes sabían que el final estaba cercano. El mejor locutor del servicio de información no podía darle un tono de convicción.

La cadena de emisoras no quería, o no podía, aclararnos la situación. Decían que el fuego continuaba. Algunos grupos armados intentaban penetrar a la fuerza en el recinto de la Administración. Los militares tenían la situacion en sus manos y terminarían rápidamente con la algarada. Las locuciones radiadas tenían como única finalidad echar por tierra los rumores y restablecer la confianza en el gobierno. Nosotros decíamos que ni lo que ellos nos contaban ni el propio mensaje nos inspiraba ninguna confiana, y que nos gustaría saber qué estaba sucediendo en realidad. Todo lo que llegaba a nuestros oídos era oficial, breve y frío.

Veinticuatro horas después, en medio de otra radiación dictada para infundirnos confianza, la emisora interrumpió su emisión, repentinamente. Nunca más volvió a funcionar.

Hasta que uno se acostumbra a ello, la situación de ser capaces de oír de todas partes del mundo, aunque ninguna diga lo que está sucediendo en el propio país de uno, resulta extraña. Recogimos informes sobre nuestro silencio de América, Canadá, Australia y Kenya. Radiábamos con toda la potencia de nuestra emisora lo poco que sabíamos, y podíamos oírlo después repetido por emisoras extranjeras. Pero nosotros mismos estábamos lejos de comprender lo que sucedía. Aunque los cuarteles generales de ambas cadenas, en Yorkshire, hubieran sido invadidos, como parecía, quedaban aún muchas emisoras en el aire independientemente, por lo menos en Escocia y en el norte de Irlanda, a pesar de que no estuvieran mejor informadas que nosotros. Sin embargo, desde hacía una semana no se tenía noticia de ellas. El resto del mundo parecía estar demasiado ocupado en enmascarar sus propias catástrofes para preocuparse de nosotros..., aunque una vez oímos una voz que hablaba con diapasón histérico sobre *l'écroulement de l'Anglaterre*. La palabra *écroulement* no me era muy familiar, pero poseía un sonido terriblemente mortal.

El invierno se echó encima. Ahora se veía poca gente por las calles, en comparación el año anterior. Eso se notaba. Frecuentemente era posible andar un par de kilómetros sin ver a nadie. Presumiblemente, todos ellos poseían depósitos procedentes de los almacenes de comestibles saqueados que servían para mantenerlos, a ellos y a sus familiares, y, evidentemente, no era motivo de censura. Se notaba tambien como muchas de esas personas hacían alarde de poseer armas como cosa lógica. Nosotros mismos adoptamos la costumbre de llevar las... pistolas, no fusiles..., colgadas del hombro, más que con la esperanza de utilizarlas, con el fin de evitar la ocasión de ser atacados. Existía una especie de estado cauto de prevención que se hallaba aún bastante lejos de la hospitalidad instintiva. El peligro hace que los hombres estén atentos a los chismes y a los rumores, y, algunas veces, a las malas noticias de interés local. Por eso nos enteramos de que, alrededor de Londres, existía actualmente un cordón completamente hostil; de cómo los distritos exteriores se habían constituido, en cierto modo, en estados miniaturas independientes y prohibían la entrada, tras echarlos, a muchos de los que habían buscado

refugio allí; de cómo los que intentaban cruzar la frontera de una de esas comunidades eran recibidos a tiros sin que mediara cuestión alguna.

En el nuevo año, se hizo más intenso el sentido de las cosas que nos presionaban. La marca de la marea alta se hallaba ahora a un nivel de veintidós metros y medio. El tiempo era abominable y espantosamente frío. Apenas transcurría una noche sin que soplara un ventarrón del sudoeste. Se hizo más raro aún ver a alguien en las calles, aunque cuando el viento cesaba durante un rato, podía verse desde el tejado un sorprendente número de chimeneas expeliendo humo. La mayoría era humo procedente de madera y de muebles quemados, se suponía; porque el carbón que se hallaba en los almacenes y en las estaciones del ferrocarril había desaparecido por completo el invierno anterior.

Desde un punto de vista puramente práctico, dudaba que hubiera en todo el país alguien más favorecido ni tan seguro como nuestro grupo. Los alimentos, adquiridos al principio, junto con los conseguidos después, constituían un depósito que bastaría para alimentar durante varios años a las dieciséis personas que quedábamos. También poseíamos una inmensa reserva de petróleo y gasolina. Materialmente, estábamos mejor que un año antes cuando éramos más. Pero sabíamos, como muchos lo habían sabido antes que nosotros, que el factor comida no bastaba para cubrir nuestras necesidades. La sensación de desolación empezaba a pesar sobre nosotros y se hizo más intensa cuando, a finales de febrero, el agua empezó a lamer los peldaños de nuestra puerta por primera vez y el edificio se llenó de los ruidos que producía el agua al caer en cascadas en nuestros sótanos.

Algunos de nuestro grupo empezaron a mostrarse más inquietos.

-Seguramente, *no puede* subir mucho más. Treinta metros es el límite, ¿verdad? -decían.

Tranquilizarse falsamente no tenía ningún objeto y, además, era contraproducente. No podíamos decir nada más que repetir lo que Bocker había dicho: que era una aventura. Nadie sabía, dentro de un ancho límite, cuánto hielo había en el Antártico. Tampoco nadie estaba completamente seguro de cuántas superficies del norte que parecían tierra firme, tundra, eran en realidad simplemente un depósito sobre una base antigua de hielo. Nosotros ignorábamos por completo todo eso. El único consuelo era que Bocker parecía creer ahora, por alguna razón, que el nivel de agua no subiría por encima de los treinta y siete metros y medio..., lo cual dejaría intacto nuestro refugio aéreo. Sin embargo, se requería un gran dominio sobre sí para encontrar tranquilizador ese pensamiento cuando se tumbaba uno en la cama por las noches, mientras escuchaba el eco del chapoteo de las olas que el viento traía a lo largo de Oxford Street.

Una luminosa mañana de mayo, una soleada, aunque no calurosa mañana, eché de menos a Phyllis. Las pesquisas en busca de ella me condujeron eventualmente a la azotea. La encontré en el rincón sudoeste,

mirando fijamente hacia los árboles que punteaban el lago de lo que había sido Hyde Park, y llorando. Me apoyé en el parapeto, al lado de ella, y la abracé con un brazo. Phyllis dejó de llorar. Se limpió los ojos y se sonó la nariz. Luego, dijo:

-Después de todo, no he sido capar de mantenerme fuerte. No creo que pueda soportar esto por mucho tiempo, Mike. Sácame de aquí. Por lo que más quieras, sácame de aquí.

-¿Y adónde vamos..., suponiendo que pudiéramos ir a alguna parte? -pregunté.

-Al *cottage*, Mike. En el campo, la cosa no será tan espantosa. Habrá algo cultivado..., no como aquí, que todo está muerto. Aquí no hay ya esperanza..., y puesto que no hay esperanza, debemos saltar el muro.

Medité unos instantes sobre lo que acababa de decirme.

-Aun suponiendo que consiguiéramos salir, tendríamos que vivir -dije-. Necesitaríamos alimentos, combustibles, cosas...

-Hay... -empezó a decir, pero cambió de idea tras la ligera vacilación-. Podríamos encontrar lo suficiente para mantenernos durante una temporada, hasta que pudiéramos cultivar algo. Y habrá pescado, y restos de embarcaciones naufragadas que nos servirán de combustible. Encontraremos algo, de alguna forma. Será duro..., pero yo no puedo permanecer en este cementerio por más tiempo. Mike... no puedo...

Hizo una pausa.

-¡Míralo, Mike!¡Míralo! Nunca hicimos nada para merecer esto. Muchos de nosotros, la mayoría, no seríamos muy buenos, pero, seguramente, tampoco lo suficientemente malos para merecer esto. ¡Y no tener ni una oportunidad! Si siquiera fuera algo contra lo que pudiéramos luchar... ¡Pero estar anegados, muertos de hambre y forzados a destruirnos los unos a los otros para poder subsistir... y por cosas que nadie ha visto nunca, que viven en un lugar donde no podemos alcanzarlas!...

Hizo otra pausa.

-Algunos de nosotros saldrán de este atolladero, seguramente... los más fuertes. Pero, entonces, ¿qué harán las cosas que están abajo? Algunas veces sueño con ellas, permaneciendo en esos profundos y oscuros valles; otras, me producen la impresión de ser monstruosos calamares o gigantescos zánganos; otras, como si fueran enormes nubes de células luminosas colgando de las grietas de las rocas... Supongo que nunca sabremos cómo son en realidad; pero, sean como sean, permanecen aquí todo el tiempo, pensando y proyectando lo que han de hacer para acabar con nosotros radicalmente, a fin de que todo pase a su poder... Algunas veces, a pesar de Bocker, creo que las cosas se hallan quizá en el interior de los tanques marinos, y que si pudiéramos capturar solamente uno para examinarlo, sabríamos cómo luchar, al fin, contra ellos. Varias veces he soñado que habíamos encontrado uno y nos las habíamos arreglado para descubrir el trabajo que hacía, pero nadie nos había creído, excepto, excepto Bocker. Sin embargo, lo que le habíamos dicho le había dado una idea para construir un arma maravillosa que terminaba por destruirlos... Sé que todo esto suena a estúpido, pero es maravilloso en sueños, y, al despertar, siente uno como si hubiéramos salvado a todo el mundo de una pesadilla... Pero luego oigo el ruido del

agua azotando las paredes, en la calle, y me doy cuenta de que nada ha terminado, que todo sigue, sigue, sigue... No puedo permanecer aquí por más tiempo, Mike. Enloqueceré si tengo que estarme sentada aquí sin hacer nada mientras una gran ciudad muere centímetro a centímetro a mi alrededor. Sería diferente en Cornwall, en cualquier parte del campo. Para continuar como ahora, tendría que estar trabajando noche y día. Considero que es preferible morir intentando huir que haciendo frente a otro invierno como el pasado.

No comprendía que fuese tan malo como ella decía. Pero no era momento de discutir.

-Muy bien, querida -dije . Nos iremos.

Cuanto oíamos nos precavía contra todo intento de huir por medios normales. Nos contaron de zonas donde todo había sido arrastrado para habilitar campos de visualidad espaciosos, con trampas, señales de alarma y guardianes. Todo cuanto existía más allá de esos campos se suponía que estaba basado sobre un frío cálculo del número que cada distrito autónomo podía soportar. Los oriundos de esos distritos se habían agrupado para echar a los refugiados y a los inútiles a un terreno más bajo, donde tenían que valerse por sí mismos. En cada una de las áreas existía la acusada sensación de que otra boca que alimentar incrementaría la escasez para los demás. Cualquier forastero que conseguía introducirse, podía tener la seguridad de que su presencia no sería ignorada por mucho tiempo, y, cuando le descubrieran, le tratarían sin consideración: la supervivencia lo exigía. Así, pues, todo eso nos produjo la sensación de que deberíamos intentar nuestra huida por otros caminos, como lo exigía nuestra propia supervivencia.

Intentarlo por el agua, a lo largo de pasos que constantemente se alargaban y alcanzaban grandes distancias, parecía lo mejor; pero si no hubiera sido por la suerte de encontrar una pequeña, aunque potente motora, la *Midge*, no sé qué hubiera sido de nosotros. Llegó a nuestro poder a causa del accidente sufrido por su dueño, al que tirotearon cuando intentaba escapar de Londres. La encontró Ted Jarvey y nos la trajo, puesto que sabía los vanos intentos que llevábamos haciendo durante semanas para conseguir una embarcación.

La desagradable sensación de que alguno de los nuestros deseara marcharse también y presionara para venir con nosotros resultó completamente infundada. Sin excepción, nos consideraban unos locos. La mayoría de ellos se las compuso para llevar aparte a cualquiera de nosotros, cuando surgía la ocasión, para indicarnos que era descabellado e improcedente abandonar un cuartel general cómodo y caliente para realizar un viaje, con toda seguridad frío y, probablemente, lleno de peligros, hacia un lugar cuyas condiciones serian seguramente peores y posiblemente intolerables. Nos ayudaron a llenar la motora *Midge* de provisiones y combustible hasta que su línea de flotación sobresalía apenas unos centímetros del agua; pero ninguno de ellos hubiera sido sobornado para venir con nosotros.

Nuestro progreso río abajo fue cauto y lento, porque no teníamos la intención de hacer el viaje más peligroso de lo necesario. Nuestro principal problema, que nos asaltaba continuamente, era dónde parar para pasar la

noche. Teníamos plena conciencia de nuestra probable destrucción como transgresores de la ley, y también del hecho de que la *Migde*, con su contenido, constituía un botín tentador. Nuestro usual anclaje lo efectuábamos en las calles más ocultas de alguna ciudad inundada. Algunas veces, cuando el viento soplaba huracanado, permanecíamos en tales lugares durante varios días. El agua potable, que habíamos considerado nuestro principal problema, no resultó difícil obtenerla. Casi siempre podían encontrarse residuos de agua en los tanques de las azoteas de alguna casa sumergida parcialmente. Así, pues, un viaje que siempre hacíamos por carretera en pocas horas, tardamos más de un mes en realizarlo.

Cuando llegamos al mar libre, contemplamos los blancos acantilados, tan normales que era difícil creer en la inundación..., hasta que contemplábamos más de cerca las hondonadas donde debían de haber estado las ciudades. Un poco después comprendimos que íbamos por buen camino, porque empezamos a ver nuestros primeros icebergs.

Nos acercamos con precaución al final de nuestro viaje. De lo que habíamos sido capaces de observar de la costa, mientras la recorríamos, dedujimos que las tierras altas estaban frecuentemente ocupadas por campamentos de chozas. Donde la tierra era escarpada, existían ciudades y pueblos en los que las casas más altas estaban ocupadas aún, a pesar de que sus bases estuvieran sumergidas. No teníamos idea ninguna en qué condiciones encontraríamos Penllyn, en general, y Rose Cottage, en particular.

Desde el río principal giramos hacia el norte. Con el agua ahora a un nivel de treinta metros, la multiplicación de los caminos acuosos nos confundía. Perdimos nuestra ruta media docena de veces antes de dar la vuelta a un recodo de un paraje completamente nuevo y encontrarnos a la vista de una ladera que nos era familiar y que conducía hacia nuestro *cottage*.

En él había estado la gente, mucha gente; pero aunque el desorden era considerable, los daños no eran grandes. Era evidente que habían ido en busca de cosas comestibles principalmente. De las estanterías de la despensa habían desaparecido hasta el último bote de salsa y el último paquete de pimienta. También habían desaparecido el aceite, las velas y la pequeña reserva de carbón.

Phyllis echó una rápida mirada a los despojos y desapareció por una escalera que conducía a la bodega. Reapareció inmediatamente y echó a correr hacia el cenador que había construido en el jardín. Por la ventana vi cómo examinaba el suelo con todo cuidado. Después, regresó a la casa.

-Gracias a Dios, todo está bien -dijo.

No parecía momento oportuno para dar gran importancia a los cenadores.

-¿Qué es lo que está bien? -inquirí.

Las provisiones –dijo-. No quise decirte nada hasta estar segura. Hubiera constituido una desilusión muy amarga si hubiera desaparecido.

-¿Qué provisiones? -pregunté, sin saber de qué me hablaba.

-No eres muy intuitivo, ¿verdad que no, Mike? ¿De verdad creíste que una persona como yo iba a hacer una obra de albañilería sólo por

divertirme? Tapié media bodega, que colmé de provisiones; y debajo del cenador hay muchas también.

La miré fijamente.

-¿Quieres decir que...? ¡Pero eso fue hace años!... ¡Mucho antes que empezara la inundación!...

-Pero no antes que empezaran a hundirse los barcos con tanta rapidez. Me pareció que sería una idea excelente formar un almacén de provisiones antes que las cosas se hicieran difíciles; pues era evidente que se harían difíciles más adelante. Así, pues, pensé que no estaría mal poseer una reserva aquí; sólo que no podría decírtelo, porque sabía que te hubiera molestado extraordinariamente.

Me senté y la miré.

-¿Molestado? -pregunté.

-Bueno, existen algunas personas que consideran más lógico pagar precios de mercado negro que tomar ciertas precauciones.

-¡Oh! -exclamé-. ¿Y lo hiciste todo tú sola?

-No quería que nadie de la localidad lo supiera; por tanto, el único camino era hacerlo yo sola. Como se esperaba, el transporte de mercancías por avión se organizó mucho mejor de lo que todo el mundo pensaba; por tanto, no necesitamos echar mano de lo nuestro. Pero ahora nos va a venir muy bien.

-¿Cuánto? -pregunté.

Phyllis pensó durante unos instantes.

-No estoy completamente segura, pero hay aquí todo el contenido de un vagón grande de mercancías... Además, tenemos lo que hemos traído en la *Midge*.

Podía ver, y veía, varios ángulos a la cuestión; pero hubiera sido groseramente desagradable mencionarlos en aquel momento. Por tanto, lo dejé en paz, y empezamos a trabajar en el arreglo de la casa.

No tardamos mucho tiempo en comprender por qué había sido abandonado el *cottage*. No había más que subir a la cumbre para ver que nuestro cerro estaba destinado a convertirse en una isla, y dentro de pocas semanas dos riachuelos se unirían por la parte de atrás de nosotros, formando uno solo.

Según podíamos ver, los acontecimientos fueron lo mismo aquí que en otras partes..., con la excepción de que aquí no había habido invasión: el movimiento fue hacia fuera. Primero, hubo la cauta retirada cuando el agua empezó a subir de nivel; luego, la huida llena de pánico, para alcanzar tierras más altas cuando aún existía la posibilidad de encontrarlas. Los que se quedaron, y aún penmanecían aquí, eran una mezcolanza de testarudos, negligentes y siempre esperanzados que habían estado diciendo desde el principio que mañana, o tal vez pasado mañana, cesaría de subir el nivel del agua.

Se había establecido un perfecto estado de guerra civil entre los que se quedaron y los que intentaban establecerse allí. Los moradores de las tierras altas no querían admitir a recién llegados en su territorio estrictamente racionado, y los de las tierras bajas portaban armas y establecían trampas para evitar las invasiones de su territorio. Se decía, aunque no sé con qué visos de verdad, que las condiciones aquí eran

buenas comparadas con las de Devon y otros lugares situados más al este; por lo cual, una vez que los habitantes de las tierras bajas fueron arrojados de sus casas y se pusieron en camino, muchísimos de ellos decidieron continuar la marcha hasta alcanzar el magnífico territorio situado más allá de los páramos. Se contaban cosas terroríficas sobre la guerra defensiva contra los grupos hambrientos que intentaban penetrar en Devon, Somerset y Dorset; pero aquí sólo se oía algún disparo de vez en cuando, y siempre en pequeña escala.

Nuestro completo aislamiento fue una de las cosas más difíciles de soportar. La radio, que podía habernos puesto al corriente de algo de lo que pasaba por el resto del mundo, si no de nuestro país, estaba estropeada. Se estropeó pocos días después de nuestra llegada y no teníamos medios para arreglarla ni reemplazarla por otra.

Nuestra isla ofrecía poca tentación, así que no fuimos molestados. La población de aquí había conseguido una excelente cosecha el verano anterior, que, con la pesca, que era abundantísima, bastaba para sacarla adelante. Nuestra situación no era enteramente como la de los forasteros; pero tuvimos mucho cuidado en no hacer peticiones ni encargos. Supongo que creían que nos sustentábamos a base de pescado y de las provisiones que habíamos traído en la motora... y por lo que podía quedar de ellas ya no merecía la pena hacer una incursión contra nosotros. Hubiera sido diferente si la cosecha del último verano hubiese sido más escasa.

Empecé este relato a principios de noviembre. Ahora estábamos a finales de enero. El agua continuaba subiendo de nivel muy lentamente; pero desde Navidad, aproximadamente, parecía haber aumentado tan poco que apenas se notaba. Teníamos la esperanza de que hubiese alcanzado su límite. Aún se veían icebergs en el canal, pero eran escasos.

No obstante, había frecuentes incursiones de tanques marinos, a veces de uno solo; pero más frecuentemente de cuatro o cinco. Por lo regular, eran más molestas que peligrosas. La población que vivía a orillas del mar poseía grupos de vigías que daban la voz de alarma. Al parecer, a los tanques marinos no les gustaba escalar; corrientemente no se aventuraban más allá de medio kilómetro de la orilla del agua, y cuando no encontraban victimas se iban inmediatamente.

Con mucho, lo peor que tuvimos que arrostrar fue el frío del invierno. Aun siendo indulgentes por la diferencia que notábamos en nuestra circunstancia, nos pareció mucho más frío que el anterior. El río que se extendía a nuestros pies permaneció helado muchas semanas, y, con el aire calmado, el propio mar se helaba a poca distancia de la costa. Pero la mayor parte del tiempo no hubo aire calmado. Durante días, las tierras del interior se vieron cubiertas de nieve que arrastraba el aire huracanado. Afortunadamente, estábamos protegidos del impetuoso viento del suroeste; pero fue bastante malo. ¡Dios sabe la vida que se llevaría en los campamentos instalados en los páramos cuando soplaban estos huracanes!...

Decidimos que, cuando llegara el verano, intentaríamos marcharnos. Nos dirigiríamos hacia el sur, en busca de algún lugar más caliente. Con

toda probabilidad podríamos resistir aquí otro invierno; pero ello nos dejaría menos aprovisionados y menos aptos para enfrentarnos con el viaje que tendríamos que realizar en algún momento. Era posible, pensábamos, que en lo que quedaba de Plymouth o de Devonport encontráramos algún combustible para el motor; pero, en cualquier caso, instalaríamos un mástil y, si no teníamos suerte o no encontrábamos combustible, navegaríamos a vela.

¿Hacia dónde? Aún no lo sabíamos. A algún sitio más caliente. Tal vez encontraríamos balas solamente en donde quisiéramos desembarcar; pero, aun así, sería mejor que morir lentamente de inanición en medio de un frío horrible.

Phyllis estuvo conforme.

-Hasta ahora nos ha favorecido la suerte -dijo-. Después de todo, ¿para qué nos serviría la buena suerte que nos han otorgado, si no continuamos haciendo uso de ella?

4 de mayo. No iríamos hacia el sur. No dejaríamos este manuscrito en una caja de lata para que el azar lo pusiera en manos de alguien algún día. Lo llevaríamos con nosotros.

Y aquí está la razón:

Hace dos días vimos el primer avión desde que estamos aquí... o desde antes de estar aquí. Un helicóptero, que llegó procedente de la costa, giró hacia las tierras del interior y pasó a continuación por encima de nuestro riachuelo.

Habíamos bajado a la orilla del agua para trabajar en la motora y tenerla preparada para el viaje. Oímos un zumbido lejano; luego, el helicóptero vino en línea recta hacia nosotros. Lo miramos, haciendo pantalla a los ojos con la mano. Iba a contraluz, pero pudimos distinguir el círculo de la R.A.F. en sus costados, y pensé que, desde su cabina, podría ver algo que se moviera. Agité la mano. Phyllis hizo señas con la brocha de pintar.

Contemplamos cómo se dirigía a nuestra izquierda y luego giraba hacia el norte. Desapareció detrás de nuestro cerro. Nos miramos el uno al otro, mientras el ruido del motor se amortiguaba. No hablamos. No sé cómo reaccionó Phyllis; pero a mí me hizo sentirme un poco extraño. Nunca pensé encontrarme en una situación en la que el zumbido del motor de un avión sonara en mis oídos como una especie de música nostálgica.

Entonces me di cuenta de que el zumbido no había desaparecido por completo. El aparato reapareció, dando la vuelta a la otra ladera del cerro. Al parecer, estaba examinando minuciosamente nuestra isla. Vimos cómo se paraba encima y luego empezaba a bajar hacia la curva del cerro que nos protegía. Yo tiré mi destornillador y Phyllis su brocha, y echamos a correr cerro arriba hacia él.

Bajó más, pero era evidente que no se arriesgaría a aterrizar entre las piedras y los brezos. Mientras permanecía allí, se abrió una portezuela en uno de sus costados. Cayó un bulto que golpeó sobre los brezos. A continuacion lanzaron una escala de cuerda, que se desenrolló a medida que caía. Una forma empezó a bajar por ella, sujetándose con sumo cuidado. El helicóptero se movía lentamente encima de la cresta del cerro, y el hombre que descendía por la escala estaba oculto ahora a nuestros

ojos. Nosotros continuábamos ascendiendo por la ladera opuesta. Aún nos encontrábamos a mitad de camino de lo alto del cerro cuando el aparato se elevó y pasó por encima de nuestras cabezas, mientras alguien de su interior recogía la escala.

Haciendo grandes esfuerzos continuamos escalando la ladera. Al fin alcanzamos un punto desde donde fuimos capaces de ver una forma vestida de oscuro entre los brezos, al parecer examinándose si tenía alguna fractura.

-Es... -empezó a decir Phyllis-. Sí, ¡es él! ¡Es Bocker! -gritó.

Y echó a correr temerariamente por el árido terreno.

Cuando yo llegué, mi mujer estaba arrodillada a su lado, con ambos brazos rodeándola el cuello y llorando a lágrima viva. Él le estaba dando golpecitos en la espalda, cariñosamente. Me alargó la otra mano cuando llegué a su lado, cogiéndome las dos mías, y estuve a punto de echarme a llorar también. Era Bocker, efectivamente, y apenas parecía cambiado desde la última vez que le vi. En aquel momento no parecía haber mucho que decir, sino:

-¿Se encuentra usted bien?... ¿Está herido?

-Sólo un rasguño. No tengo nada roto. Se necesita más práctica para hacerlo de lo que yo creía -dijo.

Phyllis alzó la cabeza para contestarle:

-¡Nunca debió usted intentarlo, A. B.! Pudo haberse matado.

Luego se echó de nuevo y se puso a llorar más cómodamente.

Durante unos segundos, Bocker miró pensativo el mechón de pelo que reposaba sobre su hombro. Luego, levantó los ojos hacia mí, interrogadores.

Moví la cabeza.

-Otros han tenido que enfrentarse con cosas peores; pero ha sido agotador, deprimente... -le dije.

Asintió, y de nuevo dio golpecitos cariñosos a Phyllis en la espalda. Mi mujer empezaba ya a dormirse. Bocker esperó un poco más para decir:

-Si usted fuera tan amable de separar a su esposa un momentito, vería si aún soy capaz de sostenerme en pie.

Fue capaz.

-Nada, excepto un par de rasguños -anunció.

-Mucho más afortunado de lo que se merecía -le dijo Phyllis, con severidad-. Ha sido ridículo hacer esto a su edad, A. B.

-Exactamente lo mismo pensé yo cuando me hallaba a mitad de la escala -dijo, de acuerdo con ella.

Los labios de Phyllis temblaban cuando ella le miró.

-¡Oh, A. B.! -exclamó-. Es maravilloso volver a verle de nuevo. Aún no puedo creerlo.

Bocker le echó un brazo alrededor del cuello y apoyó el otro en mi hombro.

-Tengo hambre -anunció-, En algún sitio de por aquí habrá un paquete que hemos arrojado del helicóptero.

Bajamos hacia el *cottage*. Phyllis charloteó como una loca durante todo el camino, excepto en las pausas que hacía para mirar a Bocker y

convencerse de que estaba realmente allí. Cuando llegamos a la casa, desapareció en la cocina. Bocker se sentó con todo cuidado.

-Ahora vendría bien un trago..., pero hace tiempo que se terminaron todas las bebidas -le dije apesadumbrado.

Bocker sacó un frasco achatado. Durante un momento contempló una gran abolladura.

-¡Hum! -exclamó-. Esperemos que la subida sea más cómoda que la bajada.

Echó *whisky* en tres vasos y animó a Phyllis.

-Con esto nos recuperaremos -dijo.

Bebimos.

-Y ahora -dije-, puesto que en toda nuestra experiencia nada ha sido más inverosímil que su bajada del cielo en un trapecio, nos gustaría que nos diera una explicación.

-Eso no estaba en el plan -admitió-. Cuando nos enteramos por la gente de Londres de que ustedes habían partido para Cornwall, supuse que sería aquí donde estarían, si habían conseguido llegar. Así, pues, cuando me fue posible, vine a echar una ojeada; pero al piloto no le gustaba este terreno en absoluto y no quería arriesgarse a aterrizar con su aparato. Por tanto, dije que bajaría, y después ellos volarían hasta un sitio donde pudieran aterrizar, regresando a recogerme al cabo de tres horas.

-¡Oh! -exclamé.

Phyllis estaba mirándole.

-Es lógico que consideren ustedes las cosas así; pero yo hubiera dado con ustedes antes si hubiesen permanecido en donde estaban. ¿Por qué no se quedaron en Londres?

-Teníamos que marcharnos, A. B. Creíamos que usted había muerto cuando fue inundado Harrogate. Los Whittier nunca regresaron. La radio cesó de emitir. El helicóptero dejó de venir. En el aire no había ninguna emisora que pudiera oírse, ninguna emisora británica. Después de todo, parecía como si las cosas estuvieran a punto de terminar. Por eso nos marchamos. Hasta las ratas prefieren morir en lugares abiertos...

Phyllis se puso en pie y empezó a poner la mesa.

-No creo, A. B., que usted hubiera permanecido allí aguardando un fin inevitable -dijo.

Bocker movió la cabeza.

-¡Oh, qué poca fe! Como ustedes saben, éste no es el mundo de Noé. El siglo veinte es algo que no se puede destruir tan fácilmente como parece. El paciente está todavía en situación grave; está enfermo, muy enfermo, y ha perdido muchísima sangre..., pero se recuperará. ¡Oh, sí! Se recuperará completamente, ya lo verán.

Por la ventana miré el agua que se extendía por los campos, y los nuevos brazos de mar que se dirigían hacia la tierra, hacia las casas que habían sido hogares y que ahora estaban anegadas por la riada.

-¿Cómo? -pregunté.

-No será fácil, pero se hará. Hemos perdido muchas de nuestras mejores tierras; pero el agua casi no ha aumentado de nivel durante los últimos seis meses. Reconocemos que, una vez que estemos organizados,

deberemos ser capaces de cultivar lo suficiente para alimentar a cinco millones de personas.

-¿Cinco millones? -repetí.

-Ese es el cálculo en bruto de la población actual... Por supuesto, todo no es más que una hipótesis.

-¡Pero era de cincuenta y seis millones, aproximadamente! -exclamé.

Ése era un tema que Phyllis y yo habíamos evitado siempre tocar... o en el que habíamos pensado más de lo que nos convenía. En nuestros momentos de mayor depresión yo había tenido, supongo, una vaga idea de que en el transcurso del tiempo habría unos cuantos supervivientes que vivirían en plena barbarie, pero nunca los había considerado en cifras.

-¿Cómo sucedió? Sabíamos que se estaba luchando, claro está; pero eso...

-Algunos murieron en la lucha, y, por supuesto, hubo lugares donde muchos fueron hechos prisioneros y sumergidos; pero eso, en realidad, constituye un pequeño porcentaje de bajas. No. Fue la pulmonía quien causó el mayor daño. La mala alimentación y la peligrosa situación durante tres amargos inviernos. Con cada dosis de flujo, en cada frío, aumentaban las pulmonías. No había servicio médico, ni farmacias, ni medicamentos, ni comunicaciones. Nada podía hacerse para evitarlo.

Se encogió de hombros.

-Pero, A. B. -le recordó Phyllis-, acabamos de beber para «recuperarnos»... ¿Recuperarnos... cuando ha desaparecido el noventa por ciento?

La miró firmemente y asintió.

-Claro que sí -dijo, con confianza-. Cinco millones pueden constituir todavía una nación. Porque, en el tiempo de Isabel I, no éramos más, ya lo sabe usted. Entonces, pudimos ser una nación; ahora volveremos a serlo. Pero habrá que trabajar... Por eso estoy aquí. Hay trabajo para ustedes dos.

-¿Trabajo? -repitió Phyllis.

-Sí, y esta vez no se tratará de vender jabones ni quesos, sino moral. Así, pues, cuanto antes hayan recuperado ustedes su moral, tanto mejor.

-Espere un momento. Según mi opinión, esto necesita una explicación -dijo Phyllis.

Trajo la comida y acercamos las sillas a la mesa.

-Perfectamente, A. B. -dijo Phyllis-. Sé que la comida no le impide nunca hablar. Por tanto, adelante.

-De acuerdo -dijo Bocker-. Imaginen un país en donde no existen más que pequeños grupos y comunidades independientes esparcidos por su territorio. No existen comunicaciones. Casi todos ellos están atrincherados para defenderse. Apenas existe alguien con idea de lo que está ocurriendo a dos o cuatro kilómetros más allá de su propia área. Bueno, ¿qué se puede hacer para que tal situación vuelva al orden de nuevo? Primero, según mi opinión, encontrar una forma de penetrar en esos cerrados y aislados cotos para poder trabajar dentro de ellos. Para conseguir esto, se tiene que establecer ante todo alguna especie de autoridad central, y luego hacer saber al pueblo que *existe* una autoridad central... y hacer que confíe en ella. Se necesita establecer partidas o grupos que serán las

representaciones locales de la autoridad central. ¿Cómo conseguir eso?... Pues hablándole de ello y contando con ellos... por radio.

Hizo una pausa.

-Se busca una fábrica y se empieza a trabajar en la construcción de receptores y baterías de radio pequeños, que se lanzan desde el aire. Cuando se pueda, se empieza a transmitir con los radios transmisores, emitiendo dos clases de comunicaciones: primero, con los grupos mayores; segundo, con los más pequeños. Así se destruye el aislamiento y la sensación de ello. Un grupo comienza a oír lo que otros grupos están haciendo. Y empieza a revivir la confianza en sí mismo. Se inculca la sensación de que en el timón de la nave hay una mano firme que les da esperanzas. Comienza a experimentarse el deseo de que hay algo *por qué* trabajar. Entonces, un grupo empieza a colaborar, y a traficar, con el de al lado. Y ése es el momento en que uno comienza a creer que ha conseguido algo realmente. Es el mismo trabajo que nuestros antepasados tuvieron que hacer con las generaciones de los hombres que montaban a caballo... Por radio debemos ser capaces de organizar un cambio radical en un par de años. Pero habrá que actuar en conjunto... Habrá que formar un grupo de personas que sepan decir lo que es conveniente decir. ¿Qué les parece?

Phyllis continuó mirando su plato durante unos segundos. Luego, alzó los ojos, que le brillaban, y los posó en Bocker, al mismo tiempo que ponía su mano sobre la de él.

-¿Ha pensado usted alguna vez, A. B., que se hallaba casi muerto y que, de repente, recibía una inyección de adrenalina? -preguntó impulsiva.

Se levantó de la mesa, dio la vuelta a su alrededor y besó a Bocker en la mejilla.

-¿Adrenalina? -dije-. No opino lo mismo, pero estoy de acuerdo con Phyllis. Me adhiero a la causa con todo entusiasmo.

-Me produce más embriaguez que todo el alcohol que pudiera beber -afirmó Phyllis.

-Magnífico -dijo Bocker-. Entonces, lo mejor será que hagan las maletas. Enviaremos un helicóptero más grande para que venga a recogerles dentro de tres días... Y no se dejen ninguna provisión aquí. Pasará mucho tiempo todavía antes que podamos desperdiciar cualquier clase de alimento.

Continuó explicando y dando instrucciones; pero dudo que ninguno de los dos pusiéramos atención en ellas. Luego empezó a contarnos cómo él y otros pocos habían escapado al ataque a Harrogate; pero en nuestra mente había poco espacio para albergar nada de eso. Respecto a mí, debió transcurrir una hora completa, por lo menos, antes que saliera del deslumbramiento que me produjo el repentino cambio de situación. Sin embargo, eso no impidió que comprendiese que estábamos comportándonos un poco ingenuamente. Tal vez la operación de deshelar las masas compactas de agua hubiese llegado a un punto que no podía constituir ya amenaza para nosotros; pero eso no quería decir que a aquello no siguiera alguna nueva, y tal vez igualmente devastadora, forma de ataque. Por lo que nosotros sabíamos, la verdadera fuente de nuestros

males estaba aún acechándonos libremente en las profundidades, en algún sitio que no podíamos alcanzar. Se lo hice ver a Bocker.

Sonrió.

-Creo que nunca me he dejado llevar por un desenfrenado optimismo...

-Desde luego que no -admitió Phyllis.

-Por tanto, considero que ha de tener algún peso mi afirmación de que, para mí, la perspectiva es claramente esperanzadora. Por supuesto, ha habido muchas desilusiones, y habrá muchas más tal vez; pero, en la actualidad, parece ser que nosotros estamos encargados de hacer algo que baste para desquiciar a nuestros xenobatéticos amigos.

-¿Qué sería, sin esas circunspectas calificaciones...? -pregunté.

-Las ondas ultrasónicas -proclamó.

Le miré fijamente.

-Se han *intentado* las ondas ultrasonicas media docena de veces por lo menos. Puedo recordar claramente...

-Mike, cariño, cierra la boca. Es un capricho -me dijo mi delicada esposa, y, volviéndose a Bocker, le preguntó-: ¿Qué han hecho, A. B.?

-Bueno, se sabe muy bien que ciertas ondas ultrasónicas en el agua matan a los peces y a otros seres; por eso hubo mucha gente que opinó que ésa sería, muy verosímilmente, la verdadera respuesta que habría de dar a los *bathies*...; pero, evidentemente, no con el iniciador de ondas actuando en la superficie, en un radio de diez kilómetros o así. El problema estuvo en poder profundizar en el mar, tanto como fuera necesario para producir daño, el emisor ultrasónico. Y no fue posible dejarlo en el fondo, porque su cable se electrificó o se cortó... y, juzgando por lo precedente, lo mismo sucedería ahora, mucho antes que alcanzara profundidad suficiente para que produjera resultados satisfactorios... Ahora bien: parece que actualmente los japoneses han encontrado una fórmula. El japonés es un pueblo muy ingenioso y, en sus momentos sociables, constituye un crédito para la ciencia. En cierto modo, sólo tenemos una descripción general de su proyecto, que nos han dado por radio. Al parecer, se trata de una esfera autopropulsora que navega lentamente, emitiendo ondas ultrasónicas de gran intensidad. Lo ingenioso de todo esto es que no solamente produce ondas letales, sino que hace uso de ellas por sí misma, sobre el principio de un eco más sonoro, y las gobierna. Eso quiere decir que puede conseguir que se separen de cualquier obstáculo cuando reciben un eco de él a una distancia dada. ¿Comprenden la idea? Poner un conjunto de esos aparatos para un despeje de, digamos, ciento cincuenta metros y empezar a actuar desde el extremo de una profundidad cercana. Luego, irán avanzando a lo largo de ella, manteniéndose a cincuenta metros del fondo, a cincuenta metros de todo obstáculo, a cincuenta metros unos de otros, y expeler ondas ultrasónicas letales a medida que van avanzando. Ése es justamente el sencillo principio de tales aparatos... El verdadero triunfo de los japoneses no ha sido solamente el ser capaces de inventarlos, sino el de haberlos construido bastante fuertes para soportar la presión.

-Todo el asunto me parece de lo más sencillo -le dijo Phyllis-. Ahora bien: lo importante para mi es saber si realizarán bien su misión.

-Bueno, los japoneses aseguran que sí, y no hay por qué dudar de su palabra. Afirman que han limpiado ya un par de pequeñas profundidades. Subieron a la superficie amplias masas de gelatina orgánica; pero no han sido capaces de obtener fruto de ello, porque el cambio de presión las destruyó y los rayos del sol las descompusieron rápidamente. Ahora están actuando en otras pequeñas Profundidades hasta que consigan práctica suficiente para poner manos a la obra en otras mayores. Han enviado planos del aparato a todos los estados, y los norteamericanos..., que no han sido dañados en su territorio tanto como nosotros en esta pequeña isla..., van a construirlos, lo cual es un testimonio a su favor... Desde luego, tendrá que pasar algún tiempo antes que lo construyan en gran escala. Sin embargo, por el momento, ésa no es cuestión nuestra... Cerca de aquí no tenemos ninguna gran profundidad, y, de todas formas, pasará algún tiempo antes que nosotros podamos hacer algo más que atender a las inmediatas necesidades. Esta isla estaba superpoblada, y por eso hemos pagado con exceso. Lo que tenemos que procurar es que tal cosa no vuelva a suceder.

Phyllis arrugó el ceño.

-En otros tiempos le dije, A. B., que tiene usted la costumbre de dar siempre un paso más allá de lo que la gente desea para seguirle -le dijo con cierta severidad.

Bocker sonrió levemente.

-Tal vez -admitió-. Pero no puedo evitarlo.

Estábamos sentados los tres en el cenador de Phyllis, contemplando el panorama que tanto había cambiado en tan poco tiempo. Durante un rato, ninguno habló. Capté una amplia mirada de soslayo de Phyllis. Estaba tan rígida como si estuviera sometida a un tratamiento de belleza.

-Vuelvo a la vida de nuevo, Mike -dijo-. Existe algo por qué vivir.

Yo también experimentaba lo mismo; pero cuando miré el azulado mar, en el que aún sobrenadaban algunos chispeantes témpanos de hielo, añadí:

-De cualquier forma, esto no es muy apropiado para pernoctar. Este clima es horrible, y cuando pienso en los inviernos...

-¡Oh! -exclamó A. B.-. Actualmente se hacen investigaciones, y los primeros informes indican que el agua tiende a aumentar de temperatura gradualmente. En realidad -continuó, chasqueando la lengua-, ahora que ha desaparecido el hielo, tal vez consigamos tener un clima mejor que antes, en el espacio de tres o cuatro años.

Continuamos sentados allí. Al fin, Phyllis habló:

-Estaba pensando que, en realidad, nada es nuevo, ¿verdad? En cierta ocasión, hace muchísimos siglos, hubo aquí una gran extensión de terreno cubierta de bosques y repleta de fieras. Estoy segura de que algunos de nuestros antepasados acostumbraban a vivir en tal extensión, a cazar y a hacer el amor aquí. Luego, un día, el agua subió el nivel y lo anegó todo..., formándose el mar del Norte... Creo que estuvimos aquí antes, que vivimos en esa época...

Durante un rato no habló nadie. Bocker miró su reloj y dijo:

-No tardará en llegar el helicóptero. Será mejor que esté preparado para hacer mi escalada de la muerte.

-Me agradaría que no lo hiciera, A. B. -le dijo Phyllis-. ¿No puede usted enviarles un mensaje y quedarse aquí hasta que llegue el otro helicóptero mayor?

Negó con la cabeza.

-No puedo desperdiciar el tiempo. En realidad, me estoy comportando como un haragán...; pero creí mi deber, y además era para mí una satisfacción, que debía ser yo quien les diera la noticia. No se preocupe, querida. Todavía el viejo no está tan poco ágil que no pueda subir por una escalera de cuerda.

Valía él tanto como su palabra. Cuando el helicóptero descendió sobre la cresta del cerro, Bocker cogió con habilidad la escala colgante, se mantuvo agarrado a ella un instante y comenzo a subir a continuación. Unos brazos le agarraron para ayudarle a entrar en el aparato. En la portezuela se volvió a nosotros y nos saludó con la mano. El helicóptero emprendió el vuelo, comenzando a elevarse. Pronto no fue más que una mancha que desaparecía en la lejanía...